

MEXICO, 1894.

ITURBIDE.



Drama Histórico

EN DOS PARTES.

ESCRITO EN VERSO, POR

ANTONIO DE P. MORENO.



MEXICO.

—
TIPOGRAFIA DE EL TIEMPO.

Cerca de Santo Domingo núm. 4.

—
1896

6
8

PQ7296

.M6

I7



1080019229

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

MEXICO, 1894.

ITURBIDE

Drama Histórico

EN DOS PARTES.

ESCRITO EN VERSO, POR

ANTONIO DE P. MORENO.



MEXICO.

TIPOGRAFIA DE EL TIEMPO.

Cerca de Santo Domingo núm. 4.

1896

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

038376



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Queda asegurada la propiedad de esta obra, y no podrá representarse ni reimprimirse, sin consentimiento del autor.

*Ami respetable y antiguo
amigo el Sr. Doctor D. Dome-
stio Salas Valverde un re-
cuerdo del afecto que le*

*profundo
del autor
Antonio del Amor*

México 3 Abril 96

038378

México, 17 de Abril de 1895.

Sr. Lic. D. Agustin Verdugo.

Presente.

Muy respetable señor mío:

Al dedicarle á vd. la presente obra, fruto de muchos desvelos y estudios, y de no pocas contrariedades, sólo he querido demostrarle á vd. mi gratitud por las deferencias inmerecidas, que siempre se ha servido dispensarme, y por que, participando vd. de las mismas ideas que yo, acerca de D. Agustin de Iturbide, estoy seguro de que mi pequeño libro tendrá un lugar entre los millares de volúmenes que forman la magnífica biblioteca de vd.

Muy léjos está de mi la pretension de creer que la presente obra es una tragedia, pues para serlo carece

000618

de las reglas que han establecido los preceptistas y que en casos como éste, es muy difícil aplicar, porque asunto tan variado y de tanta importancia histórica, tendría que reducirse á uno que otro episodio de la vida del personaje, protagonista del drama, y no lo presentaría en las diversas é interesantes situaciones á que las circunstancias lo condujeron. Así pues, el asunto me obligó á escribir una serie de cuadros dramáticos, procurando solamente salvar la unidad de accion, ya que no era posible salvar las de tiempo y lugar. En cuanto á la parte histórica, consulté diversos autores, de distintas ideas políticas, tanto amigos como enemigos de Iturbide, y sin que sea un sentimiento de vanidad ajeno de mi carácter y humilde posicion en el mundo de las letras, me atrevo á decir de mi obra, lo que dice el inmortal Racine en el prólogo á su tragedia «Alejandro el Grande:»
Il n'y a guère de Tragedie, où l'histoire soit plus fidèlement suivie que dans celle-ci. Le sujet en est tiré de plusieurs auteurs.

Tal fué mi ideal perseguido á emprender este trabajo que si carece de ingenio, porque éste no es general en todos los que nos dedicamos á cultivar las letras, á lo ménos no carece de verdad.

Dramas históricos hay actualmente escritos en la misma forma que el mio, y entre ellos señalaré á los titulados «María Antonieta» y «Napoleon I,» que no por carecer de las rigurosas reglas de los preceptistas, dejan de interesar al público y conmovirlo. Por lo mismo no he vacilado en dar á mi obra el título de «Drama Histórico,» por más que adolezca de los defectos en que sólo dejan de incurrir los grandes dramaturgos.

Despues de esta breve explicacion, sólo me resta suplicar á vd., Señor Licenciado, acepte con benevolencia la pequenez del obsequio, y admita una vez más la consideracion con que soy de vd. atento y respetuoso servidor Q. B. S. M.

Antonio de P. Morena.



Primera parte.



El Libertador.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Personajes del acto primero.

D. JUAN RUIZ DE APODACA, Conde del Venadito y Virrey de Nueva-España.

D. MIGUEL BATALLER, Oidor.

D. MATÍAS MONTEAGUDO, Inquisidor.

D. MIGUEL BADILLO, Encargado de Guerra.

D. PASCUAL LIÑAN, Brigadier.

D. AGUSTÍN DE ITURBIDE, Coronel realista.

FRAY JOSÉ MARÍA MARCHENA,

LA VIRREINA.

D^a LEONOR DE CASTRO. (*)

Ayudantes del Virrey, oficiales, caballeros y damas de la Corte.

Uniformes y trajes de la época.

La acción principia en Noviembre de 1820 y termina el 27 de Septiembre de 1821.

[*] Se llamó D^a Ignacia Rodríguez de Velasco.

ACTO PRIMERO.

LA TERTULIA DEL VIRREY.

Salon en el palacio virreinal de México. Gran puerta al fondo, dos á la derecha y dos á la izquierda que comunican con las habitaciones en que tiene lugar la tertulia. Muebles de la época; mesa de centro sobre la cual se verán papeles, libros y una elegante escribanía. Entre las dos puertas de la derecha, se verá un retrato de busto del Rey D. Fernando VII. Es de noche y la escena estará profusamente iluminada.

ESCENA I.

Badillo, Bataller y Liñan.

LI.— Todo es inútil, señores: Nueva-España se desquicia al golpe que ha recibido la secular monarquía por la mano de las Cortes.

BAT.—¿Lo creéis?

BAD.— Todo lo indica.

BAT.— Si Nueva-España es fiel,
la Constitución incua
aquí será planta exótica
que no dé flor ni semilla.

LI.— Os engañais. Las ideas
de independencia germinan,
como nunca, en el cerebro
de los ciollos.

BAT.— Osadía
fuera rebelarse ahora
que ya la paz se concilia
y apenas si queda un hombre
sin prestigio y sin valía
en las montañas del Sur
con unas cuantas guerrillas.

LI.— Señor Bataller; Guerrero,
no lo olvidéis, en la cima
de las abruptas montañas,
el fuego alimenta, y viva
guarda la idea profunda
que Morelos con la vida
en Ecatepec pagara,
pero dejándola escrita
con sangre, á quienes formaron
la independiente milicia.

BAT.— ¡Guerrero! pronto, señores,

se extinguirá la ceniza
que se propone el rebelde
ver en lumbre convertida.
Lo que importa es que el Virrey
no promulgue en muchos días
la Constitución de Cádiz,
y que Nueva-España siga
la senda que sus deberes
le señalan.

BAD.— Significa
Vuestro deseo lo justo;
que imperen las leyes de Indias
é independientes de España,
mientras en España exista
la Constitución, quedemos.
¿No es así?

BAT.— Justo!

LI.— ¡Teorías!

BAT.— ¡Señor Brigadier!.....

LI.— Las nubes
se forman, crecen, concitan
á los demás elementos,
á la borrasca y sus iras,
devastan cuanto á su alcance
encuentran en su caída.
Así las revoluciones
comienzan por una chispa
que se convierte en incendio

y cuanto toca, aniquila.
Pensad que los liberales
pueden saltar á la lisa
como están otros partidos
ejemplo: los borbonistas.

BAT.—Consérvese la Colonia
y en ella la monarquía
sin Constitucion absurda,
y la independencía exista
Las juntas de la Profesa,
ya lo sabeis, encaminan
á este objeto sus trabajos;
y sólo se necesita
darle forma indispensable
al asunto.

LI.— Algunos días
bastarán.

BAT.— Sin duda.

LI.— ¿Vamos
á la tertulia? Me incita
acompañar á las damas
mucho más que la política.

BAT.— Debe esperarme el Virrey:
Voy á verle. Hasta la vista,
señores. ¿Venís, Badillo?

BAD.— También yo, la compañía
voy á buscar, de las damas.
[Bataller se dirige á la derecha;

*Liñan y Badillo á la izquierda.
En este momento se escuchan den-
tro los acordes de la música y en-
tran por el fondo algunas pare-
jas de convidados que se dirigen á
los salones. Trás ellas se va Li-
ñan y al hacerlo Badillo, sale Do-
ña Leonor en traje de baile.]*

—
ESCENA II.

Leonor, Badillo.

LEO.— Con afan os he buscado:
¿qué habeis hecho?

BAD.— Lo que vos.

LEO.— ¿Buscarme tambien?

BAD.— Por Dios,
que lo habeis adivinado.

LEO.— Y . . . ¿arreglásteis el asunto?

BAD.— El Virrey ha consentido.

LEO. . . ¿Deveras?

BAD.— Ya prevenido
estaba.

LEO.— ¿Por quién?

BAD.— Barrunto

que una recomendacion
de Monteagudó

LEO.—*[Impaciente.]* (Lo siento. Quise que á mi valimiento debiera todo.) La accion nada le quita á la nuestra: ¿verdad, Badillo?.....

BAD.— Sin duda: Monteagudo nos ayuda, y esto sólo demuestra que lo merece Iturbide. El Virrey lo ha llamado y acaso no tardará.

LEO.—Pero... ¿ereis que vendrá esta noche?

BAD.— ¿Qué le impide venir en el acto?.....

LEO.— Nada.

(Le hablaré.)

(A Badillo.) ¿Venís?

BAD.— Espero me otorgueis el wals primero si es que no estais fatigada.

(La toma del brazo y se van por la izquierda, mientras que por la derecha salen el Virrey, Monteagudo y Bataller.)

ESCENA III.

Virrey, Monteagudo, Bataller.

VI.—*(Tomando asiento é invitando á los demás á que lo hagan.)* Lo que acaba de exponernos la fiscalía de audiencia es la verdad. Sordamente agítanse por do quiera pasiones tan encontradas, tan tumultuosas ideas, que necesitan remedio pronto y eficaz.

MON.— Pluquiera á Dios que con esto solo se aplacara la tormenta.

BAT.— ¿Aún hay algo más que agrave la situacion?

MON.— Si la prueba á que las Cortes de España desde ha tiempo nos sujetan, resistimos, no hay temores.

VI.— La situacion es violenta.

MON.—*(Insinuante.)* El camino está expedito.

VI.— ¿Cuál?

MON.—*(Resuelto.)* Hacer la independendia.

VI.—(*Sorprendido.*)

¿La independencia?

MON.— ¿Os asombra
en mis labios tal propuesta?

VI.— Como á vos mismo. Hay cosas
que se callan si se piensan.

MON.— (*En voz baja, pero con fuerte
entereza.*)

Vos tolerásteis las Juntas
de nuestra Casa Profesa, (1)
encaminadas al bien
de las Colonias. La testa
coronada, en la Metrópoli,
á un partido se doblega
que impone leyes absurdas
matando la noble idea
de Religion y Monarca,
que la hecatombe francesa
hundió en mares de sangre
con Luis y con Antonieta.

¿Qué debemos esperar
de situaciones como ésta?

VI.— Mas yo consentir no puedo
Soy el Virrey.

BAT.— Su Excelencia

(1) Algunos historiadores están de acuerdo
en que el Virrey de Apodaca consentía las
juntas de la Profesa, conociendo sus fines.

lo ha dicho hace muy poco:

«¡La situación es violenta!»
y cuando el mal es muy grave,
á todo recurso apela.

VI.— Pero . . . ¿debo yo faltar
á mis deberes?

MON.— No queda
otro medio que nos salve
en el terrible dilema
que tenemos á la vista,
si no es la independencia.
Porque la Constitución,
Señor Virrey, es la pérdida
del trono, de las colonias,
de la católica Iglesia.

VI.— (*Con notable vacilacion.*)

¡Ah! no puedo: no, mi sangre
á la falta se revela!

MON.— Entónces, si no admitís,
puede gobernar la Audiencia.

VI.— ¿La Audiencia decís? [*Mirando
fijamente á Bataller.*]

BAT.— En caso
de que al fin no se resuelva
el Señor Virrey

VI.— Entónces
la intriga será pospuesta
á los deberes sagrados

que al monarca nos sujetan.

MON.—¡El monarca! ¿puede ya ser hoy lo que en ántes era?

VI.—Si romper logra ese yugo que las Córtes le impusieran...

MON.—Hay noticias de una carta de su Majestad, secreta para el vulgo, que camina hácia Nueva-España. Cuentan que el Rey á vos se dirige y aguarda luego respuesta. Pronto, quizá, la tendreis. (1)

VI.—¿Y su contenido?

MON.— Encierra las ideas que sostienen las Juntas de la Profesa. Las que vos mismo teneis grabadas en la conciencia. Nueva-España independiente.

(1) El Rey D. Fernando VII negó haber escrito la carta dirigida á Apodaca, dándole instrucciones para hacer la independencia de Nueva España. Otros suponen esa carta hechura del Dr. Monteagudo, con objeto de apoyar la monarquía absoluta una vez hecha la independencia.

La carta en efecto circuló en México, pero con fecha posterior á la proclamacion del plano de Iguala.

sin Constitucion. Gobierna el mismo rey D. Fernando, viniendo á México.

VI.—(*Altamente sorprendido.*) Apénas me atrevo á creer tal cosa. ¿Quién, ántes que yo, saberla debía?... Tal vez suponen... que es verdad lo que desean.

MON.—Ya sabeis: la Inquisicion es un poder que penetra los más profundos secretos aunque ocultársele quieran.

VI.—(*Con cierto temor.*)

(*Ap.*) ¡Es verdad: la Inquisicion!

(*A Monteagudo violentamente.*)

Pero... ¿olvidais que la guerra en el Sur, nos amenaza...?

MON.—Ser obstáculo pudiera, más no tan insuperable ¿Os decidís?...

BAT.—(*Ap.*) Que consienta es muy difícil?

VI.— Mañana... mañana, os daré respuesta.

(*Ayudante que sale por el fondo.*)

ESCENA IV.

Dichos y ayudante, y pronto Iturbide.

AYU.—(Anunciando.)

D. Agustin de Iturbide.

BAT.—¡Iturbide!

MON.— A tiempo llega.

VI.—(Al aparecer Iturbide, foro derecha.)

Pasad, señor de Iturbide.

ITU.—(Bajando al proscenio.)

Dios os guarde!

BAT.— El á Vuescencia.

(Monteagudo le da la mano y hablan unos instantes.)

VI.—(Al ayudante.)

¿Sabeis acaso si está el Secretario de Guerra en Palacio?

AYU.— En los salones de la señora Virreina.

VI.— Llamadle.

ITU.—(Al Virrey.) Cumplo la órden que me llamó á la presencia del Señor Virrey.

VI.— Celebro exactitud tan completa.

(Indica á Iturbide que se acerque.)

habla con animacion unos momentos, mostrándole varias veces el retrato de Fernando VII, mientras hablan aparte Monteagudo y Bataller.)

BAT.—(A Monteagudo.)

Hablásteis vos, al Virrey, de Iturbide?

MON.— Sí; la empresa

solo él puede llevarla á término: su carrera lo acredita y lo enaltece.

BAT.—Pero su misma grandeza puede presentar obstáculos.

MON.—No lo creo.

(Siguen hablando en voz baja.)

VI.—(A Iturbide.) Los pesares que abruman al rey, empeñan nuestro valor.

ITU.— Si mi brazo y mi espada dieron muestra de adhesion á los legítimos derechos de la bandera que la monarquía encarna en la americana tierra, contad conmigo.

VI.— Las proezas que á término habeis llevado,

señor de Iturbide, alientan
 la fé que tengo en el triunfo
 de la causa verdadera.
 Veamos al Rey Fernando
 libre de opresion artera,
 destrozando para siempre
 de las córtes la cadena,
 y habremos cumplido entónces
 como buenos.

ITU.— Excelencia,
 de mí disponed.

VI.— *(A Bataller y Monteagudo.)*
 Señores;
 para terminar la guerra
 del Sr, oportuno creo
 dar la comandancia entera
 de aquella provincia, al hombre
 que sustituye á Calleja
 en pericia militar,
 valor y grandes proezas.

ITU.— Señor . . . perdonad . . .
(Ap. con rapidez.)

(Al fin

puedo hacer la independenciam.)

MON.— Bien hecho: quien fué terror
 de los insurgentes, lleva
 el prestigio de su nombre
 para terminar la guerra.

BAT.— *(Ap.)* Su elevacion puede ser
 á nuestra causa funesta.
*(Badillo, que sale por la izquier-
 da.)*

—
 ESCENA V.

Dichos, Badillo.

BAD.— *(Ap. rápidamente.)*
*(¡Iturbide!) ¿Me ha llamado
 el Señor Virrey?*

VI.— Los pliegos
 de instrucciones, extendidos
 así como el nombramiento
 para el Señor de Iturbide,
 entregádselos.

BAD.— Voy luego. *(Váse.)*

—
 ESCENA VI.

Dichos, menos Badillo.

*(El Virrey habla aparte con Bata-
 ller.)*

MON.— *(A Iturbide.)*
 Sin querer hemos llegado
 al decisivo momento.

¿Qué pensais?

ITU.— En breves días

señor de Iturbide, alientan
 la fé que tengo en el triunfo
 de la causa verdadera.
 Veamos al Rey Fernando
 libre de opresion artera,
 destrozando para siempre
 de las córtes la cadena,
 y habremos cumplido entónces
 como buenos.

ITU.— Excelencia,
 de mí disponed.

VI.— *(A Bataller y Monteagudo.)*
 Señores;
 para terminar la guerra
 del Sr, oportuno creo
 dar la comandancia entera
 de aquella provincia, al hombre
 que sustituye á Calleja
 en pericia militar,
 valor y grandes proezas.

ITU.— Señor . . . perdonad . . .
(Ap. con rapidez.)

(Al fin

puedo hacer la independenciam.)

MON.— Bien hecho: quien fué terror
 de los insurgentes, lleva
 el prestigio de su nombre
 para terminar la guerra.

BAT.— *(Ap.)* Su elevacion puede ser
 á nuestra causa funesta.
*(Badillo, que sale por la izquier-
 da.)*

—
 ESCENA V.

Dichos, Badillo.

BAD.— *(Ap. rápidamente.)*
*(¡Iturbide!) ¿Me ha llamado
 el Señor Virrey?*

VI.— Los pliegos
 de instrucciones, extendidos
 así como el nombramiento
 para el Señor de Iturbide,
 entregádselos.

BAD.— Voy luego. *(Váse.)*

—
 ESCENA VI.

Dichos, menos Badillo.

*(El Virrey habla aparte con Bata-
 ller.)*

MON.— *(A Iturbide.)*
 Sin querer hemos llegado
 al decisivo momento.

¿Qué pensais?

ITU.— En breves días

sabreis el vasto proyecto
que me propongo seguir.
Trabajad en tanto.

MON.— Espero
pronto, de Guadalajara,
noticias.

VI.— *(A Iturbide.)* Os recomiendo
evitar que se derrame
sangre inútil. Pedro Asencio
es un valiente, lo mismo
que D. Vicente Guerrero.
Antes que todo, intentad
al buen camino atraerlos.

ITU.— Descuidé Vuestra Excelencia:
(Con tono muy particular.)
Serán tales mis intentos,
que podría yo juraros
obtener en corto tiempo,
triunos de tal cuantía,
que asegurasen el éxito
de lo que el señor Virrey
pone á mi cargo.

VI.— Lo creo.

ESCENA VII.

*Dichos y Badillo, que sale por
la derecha.*

BAD.— *(Dando al Virrey unos pliegos.)*
Aquí están las intrucciones

y tambien el nombramiento:
faltan las firmas.

(El Virrey se sienta y firma.)

ITU.— *(A Montecagudo, (Ap.)*

La suerte
corona nuestros deseos.
VI.— *(Dando á Iturbide los pliegos.)*
Tomad, señor de Iturbide,
y que os acompañe el cielo.

*(Iturbide se inclina guardando
dichos pliegos, á tiempo que se
oyen dos ó tres tiros lejanos.)*

MON.— ¿Habeis oído? *(Al Virrey.)*

VI.— Sí.
(Se oyen más tiros.)

Vuelven:
Badillo, mirad que es ello.
(Váse Badillo.)

ESCENA VIII.

Dichos ménos Badillo.

ITU.— Permite Vuestra Excelencia
que me informe? . . .

VI.— Esperaremos. . .

ESCENA IX.

Dichos y un ayudante que entra por el foro.

AYU.— Señor: el pueblo instigado por Fray José de Marchena recorre la calle en grupos y ya cercano se encuentra a la plaza.

VI.— ¡Vive el cielo!
¡Mi guardia!

ITU.— Yo, á su cabeza iré; permitidlo...

BAD.— *(Saliendo.)* Es tarde... Cerradas están las puertas de palacio, y sólo viene el Dominico Marchena que dice traer noticias de interés, á su Excelencia. *(Sale Marchena por el fondo.)*

ESCENA X.

Dichos y Marchena.

(Los actores formarán dos grupos: uno á la derecha y otro á la izquierda del proscenio, dejando á Marchena en el centro.)

MAR.— *(Inclinándose ante el Virrey.)*
Dios guarde á su Señoría.

VI.— Qué quereis?

MAR.— Unos instantes de atencion.

VI.— Decidme ántes, porque oíros no podría, con qué derecho ó razon se permite el religioso un motin escandaloso acaudillar?...

MAR.— Por el hecho responde la comision que á mi celo se confía.

VI.— Es que costaros podria bien cara vuestra mision.

MAR.— No lo dudo: y si me atrevo á llegar hasta vosotros, culpado por ello á otros cuyo poder aquí llevo.

VI.— Sed breve.

MAR.— Representadas

en esta reunion se miran las clases que sólo aspiran á ser las privilegiadas.

Está el monarca, la Audiencia, el Clero, la Inquisicion y el ejército, que son

el todo de la existencia
 para el Virreynato. Empero
 la clase desheredada,
 el pueblo, no tiene entrada
 al lado del caballero.
 Yo vengo á ser delegado
 del pueblo, para exigir
 á quien no sabe cumplir
 lo que ya tiene ordenado.

VI.—¿Qué quereis decir? . . .

MAR.— Existe
 la sábia Constitucion
 de las Córtes, ¿qué razon
 al Señor Virrey asiste
 para que haya retenido,
 de manera bien extraña,
 su promulgacion, si España
 en hacerlo ha consentido?

VI.—(Toca una campanilla.)

La respuesta voy á daros.
 (Sale un ayudante.)

ESCENA XI.

Dichos, Ayudante.

VI.—(Al ayudante.)

Prended á este religioso!

MAR.—Si os creis más poderoso
 que yo, sabré respetaros.

ITU.—¡Tal insolencia! . . .

MAR.—(Dirigiendo una mirada de
 odio á Iturbide y dando al Virrey
 un pliego.)

Tomad:

y si despues de leído
 este pliego, he delinquido,
 quedo á vuestra voluntad.

VI.—(Toma el pliego, lo lee, é inmu-
 tándose.)

¡Cielos!

MON.— ¿Qué pasa?

VI.— Señores,

el pueblo tiene razon,
 pide la Constitucion
 y está en su derecho. Flores!

(Dirigiéndose al ayudante.)

Dejad al padre Marchena
 en libertad.

MAR.— Perdonadme . . .

VI.— Id con Dios.

MAR.— Habéis de darme

una respuesta: me apena
 molestar vuestra atencion.

VI.— Solamente contestad

que, mañana, la ciudad
sabr  mi resoluci3n. (2)
(V nse Marchena y el ayudante.)

ESCENA XII.

Dichos m enos Marchena y el ayudante.

VI.—Señores, lo habeis 3ido:
mañana promulgará
la Constituci3n, y hará
que se cumpla. Decidido
punto de tal magnitud
para Nueva-España, cesa
la Junta de la Profesa
que autorizaba en virtud
de crueles vacilaciones.

(Con irona.)

MON.—Decid al m enos,   quién
debe la Naci3n el bien
de vuestras resoluciones?

[1] El incremento que las l3gias habían
tomado en México, con la venida de los cuer-
pos expedicionarios de España, hizo temer  
Apodaca una revoluci3n, si no promulgaba
la Constituci3n de Cádiz, como pas3 en la
Península, y se vi3 precisado   promulgarla
violentamente

También se cree que Apodaca estaba a i-
liado en la fraemasoner a de una manera ocul-
ta, y así lo indicó el historiador Alaman.

Debe ser muy poderoso,
puesto que os ha decidido
  veros escarnecido
por un audaz religioso.

VI.—Si cre is debilidad
lo que presenciado habeis,
sea: más no juzgueis
ajada mi dignidad
por el poder misterioso
que sus dominios ensancha;
aquí teneis esta plancha
de un partido poderoso.

MON.—(Tomando el papel y leyendo.)

(Ap.)   De las l3gias un decreto
para acrecentar el mal! . . .
La Arquitectura Moral
nos lanza su altivo reto! . . .
  El Virrey un fraemason!

VI.—  Qué dice Vuestra Excelencia?

MON.—Digo, que tanta insolencia
debía la Inquisici3n
con la hoguera castigar.

BAT.—Aún queda tiempo.

VI.— Cercana
está la hora. Mañana
destruidas han de quedar
la Inquisici3n y la Audiencia.

MON.—Pero han de quedar grabadas
sus grandezas traicionadas
del Virrey en la conciencia.

ITU.—Mande Vuestra Señoría,
que yo juro por mi sér
humillar ese poder
que impone su cobardía.

VI.—No pongais vuestro valor
con ese poder á prueba,
porque en su sér mismo lleva
todo gérmen destructor.
Ni os aventuréis jamás
en lucha que ha de venceros...

ITU.—Pero... quiénes son?

VI.—(Con tono reconcentrado.)

Obreros
de Dios... ó de Satanás! (1)

(Variando de entonación.)

(Siguen los murmullos del pueblo.)

Oíd: el pueblo prosigue
en su fecunda tarea,

[1] Las lógias influyeron siempre en contra de Iturbide, desde la proclamación del Plan de Iguala hasta su muerte en Padilla. Las frases atribuidas en el drama al virrey y dirigidas á Iturbide, se realizaron con el transcurso del tiempo, aunque aquí sólo se toman como resorte dramático

porque más grande es la idea
cuanto más se la persigue.

(Los rumores son cada vez más
ceranos y las voces más claras
de unos ú otros.)

VOZ.—(Dentro.) ¡Viva el Virrey!

OTRA.—¡Abajo la Inquisicion!

OTRA.—¡Viva Fernando VII!

MON.—Sarcasmo ruin de la suerte!

Al rey así vitorear
cuando le acaba de dar
la Constitucion la muerte!!.....

(Se presenta la Virreina seguida
de Doña Leonor y acompaña-
miento de damas y caballeros.)

—
ESCENA XIII.

Dichos, la Virreina y demás.

VIª—Señor, ¿habeis escuchado
los alarmantes rumores?

VI.—No temais: son los albores
de un régimen transformado.

VIª—Pero si llegan aquí....

VI.—Continuad en el salon;
voy á hacer os compañía.

Señores: hoy todavía
demo curso á la expansion.

(Váse el Virrey, tomando á la Virreina de la mano y acompañado de los demás. Leonor procura acercarse á Iturbide.)

MON.—(A Iturbide, aprovechando la retirada del Virrey.)

Ha muerto un régimen ya
y el pueblo revancha toma.

ITU.—Del mundo que se desploma
otro nuevo surgirá.

(Doña Leonor, separándose de los demás y acercándose á Iturbide.)

LE.—Venid: necesito hablaros:
dadme el brazo.

ITU.— Iré en seguida.

LE.—Qué os detiene? . . .

MON.—(A Iturbide.) La partida

abreviad.

ITU.— Mañana.

MON.— Daros
quiero algunas instrucciones
antes de la marcha.

ITU.—(Yéndose con Doña Leonor.)
Bien.

ESCENA XIV.

Monteagudo solo.

(Con la mirada vuelta al salon del baile.)

¡Gozad y reid! . . . Tambien
Hubo en Trianon reuniones
que la fatal Convencion
y las lógias destruyeron
y en mares de sangre hundieron
el Trono y la Religion!

(Transicion.)

La lucha es un deber. En las pasiones
la humanidad encuentra su grandeza:
Defiendan los partidos la nobleza
de su bello ideal: las emociones
sucédense al impulso generoso
que alentó el corazon á lo grandioso,
Luchemos por el bien, mientras España,
sombra de lo que fué, nos amancilla,
sembrando entre sus hijos la cizaña:
recojamos el guante: nos humilla
y á la revolucion nos abandona.
¡Arranquemos al fin de su corona
la que fuera el orgullo de Castilla!
Engastemos la joya americana
que pierde la Metrópoli,
en un trono de España independiente.

Ella lo quiere así, alce la frente
al soplo animador de otra existencia
la hija que comprende su destino;
si el Virrey ha dejado ese camino,
hagamos los demás la Independencia!

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

TELON LENTO.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

EL ÚLTIMO INSURGENTE.

Personajes.

ITURBIDE.

D. VICENTE GUERRERO.

MIER Y VILLAGÓMEZ.

QUINTANILLA.

D. PEDRO GUERRERO.

MARTIN.

CUADRO PRIMERO.

*Campamento de D. Vicente Guerrero
en el punto llamado «Campo del
Gallo.» Montañas al fondo en pers-
pectiva. Caminos á derecha é iz-
quierda. Antes de levantarse el te-*

Ella lo quiere así, alce la frente
al soplo animador de otra existencia
la hija que comprende su destino;
si el Virrey ha dejado ese camino,
hagamos los demás la Independencia!

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

TELON LENTO.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

EL ÚLTIMO INSURGENTE.

Personajes.

ITURBIDE.

D. VICENTE GUERRERO.

MIER Y VILLAGÓMEZ.

QUINTANILLA.

D. PEDRO GUERRERO.

MARTIN.

CUADRO PRIMERO.

*Campamento de D. Vicente Guerrero
en el punto llamado «Campo del
Gallo.» Montañas al fondo en pers-
pectiva. Caminos á derecha é iz-
quierda. Antes de levantarse el te-*

lon se escucharán varias detonaciones lejanas. Una vez levantado cesarán, apareciendo en escena D. Vicente Guerrero, su ayudante y secretario el capitán Figueroa, y Martín, soldado, asistente de Guerrero, que se supone baja de la montaña.

ESCENA I.

Guerrero, Figueroa, Martín.

GUE.—¿Qué sucede, Martín? . . .

MAR.— Mi general; de Iturbide quedó la retaguardia por el valiente coronel Ascencio, en el puerto cercano, derrotada: el capitán González, prisionero, fué pasado en el acto por las armas, y

GUE.—(Interrumpiéndole.)

Mal hecho: la vida del valiente debe ser respetable y respetada. Y González lo era. Continúa.

MAR.—Situado el coronel en la montaña, dejó pasar el grueso de la fuerza que Iturbide, en persona comandaba,

y Quintanilla con el centro; entonces, cargó sobre la corta retaguardia, como tuvo la honra de deciros, acabando con ella. La distancia impidió regresar á Quintanilla con oportuno auxilio hasta la falda del escarpado cerro en donde tuvo la sorpresa lugar. Se retiraba el coronel Ascencio, cuando vimos asomar las realistas avanzadas, y apoderarse de cercana altura creyendo que los nuestros atacaban otra vez. Iturbide prosiguió dirigiéndose rumbo á Teloloápam.

GUE.—Regresa al campamento y felicita al bravo coronel por la batalla, diciéndole, que pronto, de mi mano, recibirá de brigadier la faja.

(Váse Martín.)

ESCENA II.

Dichos ménos Martín.

GUE.—Elocuente es la lección que acaba de recibir Iturbide y al medir nuestras fuerzas, la razón

verá de mi negativa
á la carta en que propone
que las armas abandone.

(Con intencion.)

Mi debilidad activa
ha de haber desconcertado
los planes del coronel
realista.

FI.— Sin duda él
no pensó ser derrotado.

La revancha buscará.

GUE.— Y á fé que se la daremos.

FI.— Mi general; no olvidemos
que pronto se vengará.

Iturbide siempre fué
terror de los insurgentes.

GUE.— Y valiente entre valientes,
y militar, ya lo sé:

Pero, nuestro corazon,
no mide valor ni talla,
porque en la justicia halla
su noble compensacion.

FI.— Pero en su carta segunda
ya se mira el pensamiento
de acercarse á vos.

GUE.— Consiento,
si nuestra causa secunda.

Su prestigio, su carrera,

brillante nombre y valor
son títulos á favor
de nosotros, si quisiera
por la causa combatir.

FI.— El os pide una entrevista.

GUE.— Como en su deseo insista
mi deber es acudir.

Mas, si quiere provocar
al tigre, en su madriguera,
peor para él.

FI.— Sincera
encuentro su carta.

GUE.— Obrar
debemos con precaucion.

FI.— Prabadle que no temeis
acudiendo, y le dareis
de lealtad una leccion.

GUE.— Está bien: lo pensaremos:
disponed la marcha.

FI.— ¿Hoy?

GUE.— *(Reflexionando.)*

Sí, luego, resuelto estoy
á que el tiempo aprovechemos.

*(Se oyen voces, por el camino de la
izquierda y pronto aparecerá D.
Pedro Guerrero, seguido de varios
soldados.)*

ESCENA III.

Dichos, D. Pedro y soldados.

PE.—¿A dónde está mi hijo? Conducid-
(me (1))

GUE.—(Yendo á su encuentro.)

¡Padre mio! . . . ¡en mis brazos! . . .

PE.—[Abrazándolo.] Ah! . . . te veo
y parece mentira. Sí, el deseo
es una realidad.

GUE.— Pero decidme:

¿habéis llegado sin peligro?

PE.— Sí,

¡Dios gracias. Halléme con un hom-
(bre

de tus soldados á quien dí mi nombre
y con mis criados me condujo aquí.

Ah! tu esposa y tu madre envidiarían
mi ventura de verte,

GUE.—(Conmovido.)

Habladme, habladme
de las dos; de mi hija.

PE.— Su tristeza
no reconoce límites, consuelo

(1) La entrevista de D. Vicente Guerrero con su padre, es rigurosamente histórica, pero tuvo lugar antes de la fecha en que el autor la presenta aquí.

por tu separacion, piden al cielo
y tú las abandonas.

GUE.—(Ap.) La entereza
voy á perder.

PE.— ¡Ingrato!

GUE.— No lo he sido,
pero es preciso soportar ausencia
tan cruel para todos.

PE.— Tu presencia
es el único bien quemehan pedido . . .

GUE.—Y que no puedo darles. Los de-
(beres

me retienen aquí.

PE.—(Con tierno reproche.)

La patria llora
los desastres de lucha destructora
que devastó su suelo. ¿Tú prefieres
extraviado seguir y verla hundida
en la desgracia con sus nobles hijos?..
Quieres acrecentar males prolijos
con el horror de guerra fratricida?..
(Enternecido más y más á medida
que sigue hablando.)

Vuelve, hijo mio, al seno
de tu familia amada

que por tu ausencia llora
interminables lágrimas!

Mira, tambien las más

brotan en abundancia
de mis cansados ojos;
el llanto que derraman
los padres, hijo mío,
á Dios Eterno clama.

Si no tienes de triunfo
ningunas esperanzas,
piensa, si continúan
obcecaciones tantas,
en los acerbos males
que sufrirá la patria
cuando se mira aún
por el dolor exhausta

(Guerrero oculta su emoción.)

¿Pero, no me respondes?

No hallan eco en tu alma,
familia, religion
y paternal desgracia?

De tu querida hija
no sientes en las auras
suspiros que del pecho
tu recuerdo le arrancan?

Ah! si pudieras verla . . .

y si tú la escucharas
decir á cada instante:

¿por qué mi padre tarda?

¿por qué mi madre llora

y me dice cuitada:

«tu padre, está muy léjos
de nuestra pobre casa.»
Y luego, sus bracitos
con efusion abarcan
mi cuello, y con caricias
que el pecho me desgarran,
me ruega la inocente
que á tu lado la traiga . . .
Al ver amor tan puro
y decision tan santa,
por enfadarme acabo
contigo, que del alma
esos pedazos dejas
en abandono . . .

[Enjuga el llanto que vierte.]

GUE.—*(Suplicante.)* ¡Basta!

Ceder no puedo, padre

Es imposible.

PE.— ¡Calla!

Paréceme que no eres
vástago de mi raza.

GUE.—*[Dominándose.]*

Vuestra adhesion al rey, (1)

el grado que os confiaran
en las milicias, hace

[1] D. Pedro Guerrero pertenecía á las milicias realistas organizadas para defender á los pueblos de la insurreccion.

que censureis mi causa.
La independenciam es justa,
es noble y necesaria;
el pueblo así lo quiere,
lo quiere y . . . esto basta.

PE.— ¡Es tarde!

GUE.— No: la chispa,
por el incendio acaba.

PE.— ¡Desventurado! piensa
que sólo tú amenazas
con una débil nube
el cielo de la patria!

GUE.— Nube que va creciendo
y que será borrasca,
que al fin, un pueblo libre,
hará de Nueva-España.

FI.— *(Conmovido.) (Ap.)*
Son dignos uno de otro
en lucha tan sagrada.

PE.— *(Ap.)* ¡En vano todo! cielos,
Valor dadme y palabras.

[*A Guerrero.*]

Terminémos: escucha.
El Virrey Apodaca
el indulto conmigo
te envía en esta carta,

[*Le da un pliego.*]
y nombramiento honroso

de jefe de las armas
en el Sur, si te adhieres
á la española causa.

Tambien aquí te envía
tu esposa con sus lágrimas,
más que con tinta, escritas,
ternezas y desgracias.

*(Guerrero, trémulo, toma sólo la
carta de su esposa, y la lee aparte,
mientras D. Pedro y Figueroa, ha-
blan bajo.)*

GUE.— [*Leyendo.*]

¡En la miseria! y yo,
proscrito en las montañas!

Reglones incoherentes
borrados con sus lágrimas

y el nombre de mi hija
en esta triste página!

[*Besa la carta con pasión.*]

¡Dios mio! No hay remedio
á desventura tanta!

PE.— [*Acercándose.*]

¿Estás al fin resuelto,
ó tu actitud me engaña?

GUE.— [*Completamente sereno.*]

Amado padre mio,
os agradece mi alma
bondades y ternura:

y al Señor Apodaca
decidle que rehusó
tan generosa dádiva.

PE.—¿Qué haces, insensato?

GUE.—Lo que el deber me manda.

Oidme. Vos, mi esposa,
mi hija idolatrada,
mi madre y el terruño
de la querida patria,
sois para mi existencia
cuanto ambiciona el alma.

(Le toma cariñosamente la mano.)

Mas, perdonad si digo
que el amor á la patria,
es antes que mi dicha,
antes que todo.

PE.— Acaba
de arrebatarme, impío
mi última esperanza! . . .

GUE.—*(Transición violenta.)*

Partid, padre, en el acto:

Vuestra presencia santa
me haría vacilar.
en lucha tan amarga.
¡Adios! no me culpeis:
besad á mí adorada
madre, y en un abrazo
dad á mi esposa el alma

que desde aquí le envío

(Sumamente enternecido.)

Y á mi hija cuidadla
como á mí en los días
de mi dichosa infancia

*(Lo estrecha en sus brazos, y luego
repuesto:)*

Capitan Figueroa,
ordenad que la marcha
de mi padre, una escolta
custodie en la montaña.

¡Adios!

PE.— ¡Adios! El cielo

escuche mi plegaria
y no sean estériles
mis pasos y mis lágrimas!

*(Vánse D. Pedro y Figueroa. Guerre-
ro los sigue con la vista y se despi-
de por la última vez.)*

ESCENA IV.

GUE.—¡Indulto! . . ¡Servilismo! . . Cuan-

*(do el eco
de libertad repiten por do quiera
estas montañas? . . ¡Nunca! . . De mi
padre*

*la venerable voz y la presencia,
mi suerte decidieron. ¡No creía*

resistir de sus ruegos á la prueba!

(Reflexiona unos instantes.)

¿Acudiré á la cita de Iturbide? . . .

Si es noble su deseo: si la idea
de independender por fin á Nueva-España,

su valeroso corazon alienta,
el talento y valor que lo distinguen
pueden llevar á término la empresa:
y yo que soy el último insurgente
que aún desafia en esta sierra
el poder Virreinal, iré gustoso
de Iturbide á las órdenes, en prueba
de que sólo patrióticos deberes
me llevan al teatro de la guerra.

(Aparece Figueroa por la izquierda.)

ESCENA V.

Dicho y Figueroa.

FI.—Vuestro padre partió, el buen
alma de niño tiene.

GUE.— ¡Noble alma!

FI.—Me dijo entre sollozos que alejaros
de todos los peligros procurara;

que os condujese á prescindir muy
(pronto

de vuestras engañosas esperanzas.

GUE.—Ah! ¡pobre padre mío! Figureoa,
intentad, si podeis. estas montañas
de su base arrancar.

FI.— Le admiro!

GUE.— Ahora,
¡Que Dios proteja nuestra noble causa!

MUTACION.

CUADRO SEGUNDO.

*Sala de alojamiento de Iturbide en
Acatempam. Puerta al fondo: dos
balcones á la izquierda que dan á
la plaza y dos puertas á la derecha.
Mesa con carpeta: recado de escri-
bir: muchos pliegos doblados. Un si-
tial de cuero y varias sillas. En
el ángulo derecho, una caja lar-
ga de pie, dentro de la cual estará
colocada la bandera tricolor cu-*

resistir de sus ruegos á la prueba!

(Reflexiona unos instantes.)

¿Acudiré á la cita de Iturbide? . . .

Si es noble su deseo: si la idea
de independender por fin á Nueva-España,

su valeroso corazón alienta,
el talento y valor que lo distinguen
pueden llevar á término la empresa:
y yo que soy el último insurgente
que aún desafia en esta sierra
el poder Virreinal, iré gustoso
de Iturbide á las órdenes, en prueba
de que sólo patrióticos deberes
me llevan al teatro de la guerra.

(Aparece Figueroa por la izquierda.)

ESCENA V.

Dicho y Figueroa.

FI.—Vuestro padre partió, el buen
alma de niño tiene.

GUE.— ¡Noble alma!

FI.—Me dijo entre sollozos que alejaros
de todos los peligros procurara;

que os condujese á prescindir muy
(pronto

de vuestras engañosas esperanzas.

GUE.—Ah! ¡pobre padre mío! Figureoa,
intentad, si podeis. estas montañas
de su base arrancar.

FI.— Le admiro!

GUE.— Ahora,
¡Que Dios proteja nuestra noble causa!

MUTACION.

CUADRO SEGUNDO.

*Sala de alojamiento de Iturbide en
Acatempam. Puerta al fondo: dos
balcones á la izquierda que dan á
la plaza y dos puertas á la derecha.
Mesa con carpeta: recado de escri-
bir: muchos pliegos doblados. Un si-
tial de cuero y varias sillas. En
el ángulo derecho, una caja lar-
ga de pie, dentro de la cual estará
colocada la bandera tricolor cu-*

bierta con una cortinilla que se descorrerá á su tiempo. La escena es en las primeras horas de la madrugada.

ESCENA I.

Iturbide, sentado: Mier y Villagómez, de pié.

ITU.—(Dándole varios pliegos cerrados.)

Podeis partir en el acto: aquí está todo. Al Virrey es necesario dejarle para el último. Veréis al Arzobispo, á Espinosa, á Monteagudo y despues á D. Juan Ruiz de Apodaca. Asi es necesario.

VI.— Bien.

¿Tiene otra cosa Vuesencia que ordenarme?

ITU.— Dejareis la ciudad en el momento en que los pliegos estén entregados, y en seguida á Guadalajara ireis llevando los que dirijo á Negrete, para quien

llevais además mi carta confidencial, y las que ha de entregar el Obispo.

VI.— Adios, señor.

ITU.— Id cou él.
(Váse Villagómez.)

ESCENA II.

Iturbide.

(Despues de breves momentos de reflexion, saca del bolsillo una cartera y la recorre.)

Guerrero es en verdad hombre de (hierro,

estas letras lo dicen:

Pero no ha comprendido todavía cuánto mi ardiente corazon ansía las cadenas destruir que contradi-

(cen denuestra noble madre la hidalguía.

«Decidíos;» medice el insurgente (1)

«con vigoroso acento,

«á levantar del polvo nuestra fren-

(te,

«y me veréis luchar con ardimento

(1) Este fragmento está tomado en esencia, de las cartas cruzadas entre Iturbide y Guerrero.

«cual último soldado,
«teniendo por caudillo denodado
«á vos que vinculais en esta tierra
«el genio de la guerra
«siempre por la victoria coronado.
«Mas, si mi pobre voz es desofda
«por quien llevar á término la em-
«presa
«ahora puede con propicia suerte,
«nada quiero de vos, porque mi lema
«encierra un solo fin para el problema:
«Independencia, libertad ó muerte!»

(Pausa breve.)

Es así como el hombre se levanta.
Son para mí el valor y la firmeza
las dotes más brillantes. . . .
No creí encontrar tal entereza
en el bravo Guerrero.
Mi respuesta le dí: vendrá su acero
á poner junto al mío,
y el Dios de las Naciones
hará que dos patriotas corazones
el triunfo sellen, que si fué tardío
por culpa de la forma que le dieron
los que luchar quisieron
con un sistema destructor, impío,
ha de brillar al fin esplendoroso.
Nada nos detendrá: hemos llegado

al punto decisivo: las naciones
se forman al esfuerzo de campeones
que se han amamantado
en los fecundos senos de la historia,
ó en los prácticos hechos de la guerra.

(Pausa reflexiva.)

La Iberia legendaria
al darnos su valor, saber y gloria,
fué la depositaria
de la filial herencia que hoy pedimos
los hijos de matrona esclarecida,
porque podemos ya con propia vida
engrandecer el suelo en que nacimos.
Desatemos los lazos
que nos dieran tres siglos de existen-

(cia

tutelar. Transformemos en señora
la que de España recibió la esencia
de cuantos elementos atesora
para lanzar su vuelo poderoso
y libre decidir de su destino.

Cada pueblo ha cruzado este camino
para llegar á su Tabor glorioso.

(Poniéndose en pié.)

Yo combatí la forma, no la idea:
ella nació en la tierra americana
grandiosa, colosal y gigantea,

000618

como nació en la España musulmana;
 como ha vivido y vive todavía,
 despues de combatir con ardimiento
 del audaz Bonaparte el pensamiento
 llevado á España en desgraciado día.
 ¿Qué mucho que los hijos
 no sintiéramos llama tan fecunda
 impulsar nuestra mente
 al bien de libertad que el hombre
 y que de dicha su existencia inunda?
(Toma de la mesa un papel.)

Aquí está ya la forma
 encarnada en principios salvadores;
 ahogados los rencores
 y la justicia y gratitud por norma.
*(Se acerca á la caja donde está la
 bandera, y descubre la cortinilla que
 la cubre.)*

Aquí tambien el lábaro. Que sea
 el poderoso escudo de la idea;
 sombra de las futuras alegrías
 de la nueva Nacion; cielo en que bri-
 sin que nada sus glorias amancillen
 estas tres inmortales garantías!
*(Un ayudante que sale por el foro
 derecha.)*

ESCENA VI.

Iturbide, el ayudante.

AYU.—El vigía de la torre
 avisa que se adelantan
 hácia acá, de D. Vicente
 Guerrero, las avanzadas.

ITU.—Que forme inmediatamente
 mi escolta, al pié de esta casa
 y avisad á Quintanilla
 que se encuentra en la antesala,
 que lo espero.

AYU.—*(Ap.)* El coronel
 tiene verdadera calma.

(Váse.)

ESCENA VII.

Iturbide.

El triunfo es mío; lo siento
 latir en mi pecho ardiente;
 en este fuego cándente
 que agita mi pensamiento.

ESCENA VIII.

Dicho y Quintanilla.

ITU.—Quintanilla, ya sabreis

que Guerrero se adelanta
hacia acá.

QUI.— Lo batiremos.

ITU.— La guerra de insurrección
en este momento acaba.

QUI.— ¿Qué decis?

ITU.— Viene Guerrero
á cumplirme su palabra.
Leed.

(Le da una carta.)

QUI.— *(Leyendo.)* «Como os ofrecí,
«en Acatémpam, mañana,
«me tendréis á vuestras órdenes
«abrigando la esperanza
«de que sea la entrevista
«fecunda para la patria,
«en bienes que vos podeis
«con vuestro prestigio darla.»

ITU.— *(Recogiendo la carta.)*

No interesa lo demás.

Mi escolta está preparada.

Id á recibir con ella

á Guerrero, y de Ordenanza
prodigadle los honores
conduciéndolo á esta casa.

(Váse Quintanilla.)

ESCENA IX.

Hurbide.

El genio de un estadista,
honra de la noble España,
presintiendo lo futuro
con penetrante mirada,
al Rey D. Carlos Tercero
grandioso plan que agiganta
al ministro y al patriota
ofreció cuando acababan
de firmarse los tratados
de Paris. El plan tocaba
la independencia política
de las Colonias que España
en las Américas tiene,
asegurando el de Aranda,
autor del grandioso plan,
que al fin en estas montañas
el sol que Océano no tuvo
en tres centurias pasadas,
lo tendría emancipándose
de la que fué madre patria.
¡Profeta del porvenir,
desoyeron tus palabras!
Tus vaticinios se cumplen
y de la obra comenzada
ha dos lustros. queda poco
para que cima tan alta

toquemos, haciendo libre
 á lo que fué Nueva-España!
(Se oye á lo lejos batir marcha.)
 Ya están ahí: los fulgores
 del nuevo sol que mañana
 ha de alumbrarnos, confío
 en que serán de esperanza!

ESCENA X.

Dicho, Guerrero, seguido de Quintanilla, quien á una señal de Iturbide se retira.

ITU.—No sé si debo estrechar (1)
 hoy, la mano del amigo
 ó esperar del enemigo
 campo abierto en que luchar.

GUE.—De vos depende, Señor,
 lo que demandáis de mí.
 Me llamásteis y heme aquí,
 confiado en el honor.

[1] Los historiadores no están de acuerdo en si tuvo ó no lugar la entrevista y «Abrazo de Acatémpam.» El autor la pone aquí por el interés dramático que ofrece, y porque no cabe duda en que Guerrero reconocía á Iturbide superioridad y méritos, y así lo expresa en documentos irrefutables.

ITU.—Y no os arrepentiréis,
 pues que yo por él, os juro,
 que amigo ó nó, iréis seguro
 al punto donde gustéis,
 si la entrevista no agrada
 ó no satisface á quien
 ha luchado por el bien
 de la patria subyugada.

GUE.—¿Qué escucho! ¿Vos, defensor
 de la España y de sus reyes,
 habláis así.....?

ITU.— En las leyes
 que el Soberano Creador
 del Universo nos diera,
 hay una: La libertad.

GUE.—Que con cruel tenacidad
 combatisteis.....

ITU.— Bien pudiera
 quien así habla, decir
 con la historia entre sus manos
 que combatimos hermanos
 persiguiendo un porvenir,
 si bien por distinta senda,
 para la patria querida.

GUE.—Vos la queríais oprimida,
 otros, libre.

ITU.— Con la venda
 que suele cegar al hombre

para juzgar á los otros,
sólo veáis vosotros
no mi corazón, mi nombre;
el nombre del militar
que la insurrección batía
porque en el alma sentía
que aquel modo de luchar
por idea tan sagrada,
era lanzar al abismo
de ruina y muerte, lo mismo
que pretendía abnegada
aquella falange ardiente
de mil ochocientos diez,
libertar con honra y prez
haciéndola independiente.
Dignos de suerte mejor
los caudillos inexpertos
de aquella guerra, despiertos
soñaban con que el furor
de las masas inconscientes
la obra terminaría.
Ya lo veis: la tumba fría
guarda de sus nobles frentes
los gigantes pensamientos.
Guarda también sus errores,
ambiciones y rencores,
que ahogaron sus sentimientos,
sembrando la división

el ansia de oro y poder
en quienes nunca perder
debieron fuerza y unión.

GUE.—(Aparte.) Es verdad...

ITU.— ¿Os explicais

mi aparente indiferencia?
Yo amaba la independencia
como ellos y vos. Estais
en vuestro derecho ahora
para dudar ó creer.
Pero pronto habeis de ver
que del destino la hora
ha de sonar por do quiera
conmoviendo á la Nación
para su emancipación,
en torno de mi bandera.

GUE.—(Sorprendido.) ¿De vuestra ban-
(dera?)

ITU.— Sí.

GUE.—(Dudando.)

Pero entónces...

ITU.— Os llamé,

para jurar por mi fé
delante de Dios aquí,
que han llegado los momentos
de plan regenerador
que convertirá en amor
pasados resentimientos.

Para deciros que ansío
como vos, la libertad,
y que unidos con lealtad
vuestro corazon y el mío,
darán al fin existencia
propia al pueblo mexicano
cumpliendo divino arcano
de la Sabia Providencia.

GUE.—(*Aparte.*)

Aún el temor me asalta. . . .

ITU.—¿Vacilais?

GUE.— Hay una idea
que dudo. Señor, no sea
lo que á nuestro anhelo falta.

ITU.—Hablad.

GUE.— ¿El plan salvador
llena las aspiraciones
de todos los corazones
que palpitan por el bien
que la libertad entraña?

ITU.—Sin olvidarnos que España
fué nuestra madre y sosten
hasta cumplir esa edad
en que, con nueva familia,
el hijo bueno concilia
gratitud y libertad.

GUE.—(*Confuso.*)

¿Qué quereis decir? . . .

ITU.— Temiera
que os creyéseis engañado
si el plan por mí vinculado
en la futura bandera
que vida nos ha de dar
libre, grande y venturosa,
no fuera la enseña hermosa
que podeis ó no aceptar.

(*Con fuego.*)

Ella es de las ansias mías
el fin, el constante anhelo;
ella el magnífico cielo
de tres nobles garantías:
la religion sacrosanta
de nuestros padres herencia,
la sublime independéncia
que á las naciones levanta
de humillante postracion;
y hacer dos pueblos hermanos
de Iberos y Americanos
por medio de santa union.

GUE.—¿Y cómo simbolizar
los principios salvadores
que proclamais? . . .

ITU.— Tres colores
los han de significar.
El blanco la Religion
que Dios puso en la conciencia;

el verde la *Independencia*,
y el encarnado la *Union*. (1)
Si de buena voluntad
quereis admitir mi alianza,
lo que hoy es esperanza,
mañana la realidad
abrirá del porvenir,
senda de progreso y gloria;
pensadlo bien, que la historia
en un tiempo ha de escribir
nuestro invariable destino. . .
No os impulso á que acepteis;
libre estais, y bien podeis
buscar por otro camino

[1] Algunos escritores han sostenido, sin fundamento alguno, que los colores de la bandera nacional formada por Iturbide, significan el verde la Religion, el blanco la Independencia y el encarnado la Union. Así lo dice el Sr. D. Juan de Dios Peza en su monólogo «Recuerdos de un Veterano.» Sin embargo, no es así. El blanco simboliza la Religion, y se tomó este color para significar la pureza de ella. El verde representó la Independencia, y el encarnado, que es uno de los colores de la bandera española, significa la union de españoles y mexicanos proclamada en el Plan de Iguala.

Véase Alaman, Historia de México, Tomo V., Cáp. 111, pág. 108.

la senda de salvacion
para la patria.

GUE.— Si fuera
en verdad vuestra bandera,
bandera de redencion . . .

ITU.—En el caos de opiniones
en que estamos divididos,
entre logias y partidos,
temor y vacilaciones,
el plan que pronto en Iguala
ha de librar de anarquía
á la nacion, es la guía
que la libertad señala
para conquistar por fin
sin dolo, rencor ni saña,

lo que ansía Nueva-España
del uno al otro confin.

GUE.—(Aparte. Durante él, Iturbide
hojea algunos papeles como dándole
le tiempo á que medite).

Me subyuga su talento,
su palabra me seduce,
y me parece que luce
el venturoso momento
que once años de lucha incierta,
tras patriótico ideal,
abre por siempre el raudal
á nuestra esperanza muerta.

Lo quiere la Providencia
y yo prescindo de mí . . .
¡Oh, patria! todo por tí,
todo por la independencia!
(*A Iturbide*). Ya no debo vacilar;
cúmplase nuestro destino
siguiendo el mismo camino
para morir ó triunfar.
Si fuisteis asaz funesto
para nuestra causa un día,
hoy una noble hidalguía
os coloca en vuestro puesto.
No serán esta ocasión
cual en otra intentos vanos
nuestros deseos.

ITU.— Hermanos,
seremos la salvación
de la patria. Disidentes,
la discordia encenderemos
y sin piedad secaremos
de la libertad las fuentes.

GUE.— Lo pasado ha muerto ya
y brilla lo porvenir . . .
Ordenad: voy á partir,
y Dios nos bendecirá.
Pero ántes de separarnos
dadme la forma precisa,
la patriótica divisa

que por fin ha de salvarnos.
Ya de ansiedad verdadera
por vencer mi pecho late.
¿Cuál ha de ser del combate
la señal?

ITU.— (*Saca de la caja la bandera y
la da á Guerrero.*)

¡Esta bandera! . . .

(*Guerrero se precipita vehementemente y
sorprendido á tomar la bandera.*)

GUE.— ¡Ah! libertador emblema,
por tí mi sangre, mi vida.
Está mi ambición cumplida.

ITU.— Y está resuelto el problema.

Tremolad vos el primero
nuestra enseña salvadora
que será la precursora
de nuestro triunfo postrero! . . .

(*Guerrero empuña la bandera con
entusiasmo respetuoso, se abstrae
unos momentos, toma el centro te-
niendo á Iturbide á su derecha y
exclama.*)

¡Héroes que habeis sucumbido
por nuestra sagrada idea;
perdonadme que me crea
por vosotros investido
del patriótico poder

que la muerte os arrancó,
y lo deposite yo
en quien lo debe ejercer.

(Señalando á Iturbide.)

El ha sabido adunar
cuanto de grandioso entraña
la Nueva y la Vieja España,
en un simbólico altar.

Terminen aciagos días
de incertidumbre y de duelo
y que viva nuestro suelo
bajo estas tres garantías.

(A Iturbide, tomándolo de una mano.)

Venid: hablemos de unión
á esa falange guerrera,
que de nosotros espera
la muerte ó la salvacion.

*(Se asoman al balcon: suponiendo
dirigir la palabra á los soldados
que están en la plaza.)*

¡Soldados! Aquí teneis
al magnánimo Iturbide,
que desde ahora preside
la causa que defendeis.

Juradle vuestra obediencia,
pues de hoy en adelante,
esta enseña trigarante
es el sol de Independencia!

(Devuelve á Iturbide la bandera, saca la espada y la cruza significando el juramento militar. La tropa vitorea á Iturbide y á Guerrero: las bandas baten marcha; se escuchan los acordes de la música y cae lentamente el Telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

¡CONSUMACION DE LA INDEPENDENCIA!

Personajes.

EL VIRREY.	GUERRERO.	} <i>Generales.</i>
LIÑAN.	VICTORIA.	
D. FRANCISCO NOVELLA, <i>(Mariscal de Campo).</i>	BRAVO.	
ESPINOSA, <i>Brigadier.</i>	HERRERA.	
D. JUAN O'DONOJÚ.	ECHÁVARRI.	
ITURBIDE.	FILISOLA.	
BUCELI.	CORTAZAR.	
LLORENTE.	SANTA-ANNA.	
CARBALLO.	LA VIRREINA.	
EL OBISPO DE PUEBLA.	D ^a . LEONOR DE CASTRO.	
GRAL. BUSTAMANTE.	EL P. MARCHENA.	
GRAL. NEGRETE.	UN AYUDANTE DEL VIRREY. ORMACHEA.	

Alcalde Municipal y Regidores.— Varios oficiales de graduacion.— Tropas del Ejército Triguarante.— Personas de ámbos sexos y pueblo.

CUADRO PRIMERO.

Sala de acuerdos en el Palacio Virreinal: muebles de la época. Una mesa con carpeta en la que estará el escudo de las armas españolas; habrá sobre la mesa tintero y recado de escribir: algunos papeles. Puerta al fondo: dos balcones á la izquierda y dos puertas á la derecha.

ESCENA I.

*En Junta de guerra aparecen reunidos, el Virrey que ocupará el centro de la mesa: Liñan y Espinosa, lo mismo que Novella, ocuparán el de-
rredor.*

VI.—(Firmando un pliego.)

Ya está fuera de la ley
Iturbide, á quien juzgaba
siempre fiel á sus principios
y á la Corona de España.
Pero al fin, es mexicano
y debe latir en su alma
la idea de libertad

tanto tiempo acariciada
por los criollos.

Nov.— No debía,
si de antemano pensaba
en la independencía, hacer
lo que hizo.

VI.— Humanas
debilidades. En tanto,
el famoso Plan de Iguala
incendia el reino.

Esp.— Sí.

Liñ.— Todos

lo aceptan y lo proclaman,
salvo algunos militares
españoles, que rechazan
toda forma que no sea
la Constitución de España.

VI.— Esfuerzo inútil, señores;
y sin embargo, reclama
urgente atención un hecho.

Al abrirse la campaña
contra Iturbide, las tropas
se desertan, ó se pasan
á los rebeldes y apenas,
las tres ó cuatro fragatas
ancladas en Acapulco,
han hecho que aquella plaza
vuelva al orden.

Nov.— Ya tambien,
obtuvieron nuestras armas
victorias indiscutibles.

Esp.— Almela, partió de Iguala
con su batallon de Murcia
y á las dos horas de marcha,
mandólos formar y todos
con digno valor aclaman
al Rey y luego abandonan
de los rebeldes la causa. (1)

Vi.— Conducta noble sin duda,
pero de poca importancia.
Desengañaos.

Liñ.— (*Aparte.*) Es cierto.

Vi.— Al menos el Plan de Iguala
salvará los intereses
de la península y tantas
existencias que podrían
perecer en represalias.

(*Salte un ayudante por el foro.*)

(1) Almela, jefe del batallon de Murcia que
aceptó el Plan de Iguala, recibió despues ór-
den de las logias para sostener la Constitu-
cion de Cádiz, y su ejemplo fué seguido de
muchos oficiales españoles y mexicanos aña-
liados en la francmasonería, abandonando á
Iturbide para unírsele más tarde nuevamen-
te muchos de ellos.

ESCENA II.

Dichos, ayudante.

Ayu.— Los regimientos «Castilla,»
«Infante D. Carlos» y «Ordenes
Militares,» el palacio
rodean; y los señores
Buceli, Carballo y otros
oficiales, se disponen
á penetrar por la fuerza,
si Vuescencia, señor Conde,
no accede á la peticion
que os dirigieron anoche.

Vi.— (*Poniéndose en pié, lo mismo que
los demás.*)

¡Vive el cielo!

Esp.— ¡Qué osadía!

Vi.— Contestadles que mi nombre
y autoridad, no se ultrajan
con motines.

Liñ.— (*A Novella.*)

(Los masones
ante nada retroceden.)

Vi.— (*Irónicamente.*)

¿Qué pretenden los señores
jefes de los regimientos? . . .

Ayu.— Hablaros á vos.

VI.—(*Después de reflexionar.*)
 Dad orden
 de que pasen y mi guardia
 que al pié del palacio forme.
 (*Váse el ayudante.*)

ESCENA III.

*Dichos ménos el ayudante, y luego
 VERI Buceli, Carballo y Llorente.*

VI.—[*Aparte.*]
 Por Dios, que me va faltando
 la paciencia!

Esp.— ¡Qué imprudentes!

LIÑ.— Si el señor Virrey lo manda,
 iremos á los cuarteles
 y con la fuerza tambien
 contestad á los rebeldes.

(*Entran Buceli, Carballo y Llorente,
 foro derecha.*)

VI.—(*Con dignidad y altivez.*)

Y bien, señores: ¿por qué
 actitud que no se entiende,
 tomáis, formando motines
 que á vuestro carácter pierde?

Buc.—Permita Vuestra Excelencia
 que solamente conteste
 que soy el representante

del ejército que tiene
 de expedicionario el nombre
 y que es tiempo ya que cese
 esta inaccion.

VI.— Bien, seguid;
 mas no se olvide el teniente
 coronel, que está en presencia
 de su legitimo jefe.

Buc.— El descontento que reina
 en el ejército, tiene
 por motivo, el desacuerdo
 con que al osado rebelde
 D. Agustin de Iturbide
 se le tolera y protege.
 (*Movimiento de ira del Virrey, sor-
 presa de los demás.*)

VI.—(*Dominándose.*)
 Continúa!

Buc.— Ahora, en Córdoba,
 está el personaje célebre,
 sin facultades ningunas
 tratando con el Teniente
 general O'Donjú
 asunto que no concierne
 á su carácter. En tanto
 sacrifica inútilmente
 el Señor Virrey, las tropas
 españolas y perdiéndose

han ido, por todas partes
del reino, plazas y fuertes.
La heroica Valladolid,
sorpresa últimamente,
testigo fué del valor
de nuestros soldados fieles,
que, al rendirse al enemigo
porque su cobarde jefe
los vendió, han destrozado
sus armas heroicamente,
antes que manchar su gloria,
su valor y sus laureles;
mas se conoce que fueron
soldados de otros virreyes.

Vi.— Osais insultarme?

Buc.— Quiero
decir la verdad.

Vi.— Sed breve.

Buc.— D. Agustin de Iturbide
ha logrado, en pocos meses,
lo que en diez años de lucha
no lograron insurgentes
de la talla de Morelos
con el entusiasmo, siempre
ardoroso y fecundo,
que hace del hombre el héroe.

Vi.— Esto sólo significa
que cuando llega el torrente

á desbordarse, su curso
ninguna mano contiene.
La opinion de Nueva-España
es del todo independiente,
y ejecutor Iturbide
de la voluntad solemne
del pueblo que la tutela
española ya no quiere;
yo, Virrey, depositario
de sagrados intereses,
y español, he combatido
por cuantos medios sugieren
la fidelidad y honor,
los intentos del rebelde.
Pero Juan Ruiz de Apodaca,
como vosotros comprende,
que México debe ser
un reinado independiente.

Buc.— Vos dísteis mando y recursos
á Iturbide, sin ponerle
dique á su loca ambicion
de preponderancia.

Vi.— Jefe
lo nombré del Sur: la guerra
lo requería. Hábilmente
aprovechó mi confianza
engañándose. ¿Se puede

providencial prevision
ejercer, señor Buceli?

Buc.—Si vos hubiérais querido,
la cabeza del aleve
y ambicioso coronel
con las de los insurgentes
primeros, en Granaditas
estuviera.

Vi.— Me parece
que de terminar es tiempo
esta explicacion. ¿Qué quieren
el ejército y sus jefes?

Buc.—La pronta destitucion
del actual Virrey.

[*Movimiento de sorpresa en Apodaca.*]

Liñ.— ¿Se atreven
á tanto?...

Vi.— Sea. Indicadme
en quién declino poderes
cuya horrible pesadumbre
ya contener no se puede.

Llo.—El ejército designa,
por bien de los intereses
patrios, al Señor Novella,
ó en su lugar....

Nov.—(A parte.) ¡Imprudente!

(*El Virrey se inmuta, y los ve irónicamente.*)

Buc.—Al Señor Liñan.

Liñ.— Yo?... Nunca!

Nov.—No creais, señor, que acepte.

Vi.—¿Por qué, si sois elegido?.....

Debeis aceptar: no siempre,
(*Con marcada ironía.*)
hay elecciones así....
tan espontáneas.

Esp.— Se puede
un medio poner, señores;
que el Señor Novella acepte
la militar jefatura,
y la política quede
al Señor Virrey.

Llo.— Veremos
si el ejército lo quiere;
consultaré: permitidme....

Vi.—Id pronto, Señor Llorente.

(*Váse éste.*)

(*A tiempo que sale éste entra un ayudante.*)

ESCENA IV.

Dichos ménos Llorente, más el ayu-
dante.

Ayü.—Un oficial aprehendido

hace muy poco, estos pliegos conduce.

[*Se los da al Virrey.*]

VI.—(*Los desdobra.*)

Son de Iturbide, para su padre. Veremos.

(*Leyendo.*)

«Querido padre mío:

«Vencidas las dificultades que habían surgido para la terminacion del Tratado de Córdoba, hoy lo hemos firmado Don Juan O'Donojú y yo.

He dado mis órdenes para que el ejército de las «Tres Garantías,» ponga sitio á México y bueno será que vos y mi familia salgais de esa capital.

Pronto estaré á la cabeza de mis valientes compañeros de armas y entonces tendrá el gusto de abrazaros vuestro hijo

AGUSTIN.»

Buc.—¿Lo veis?

VI.— Lo veo, señores:

Inútil es resistir.

Buc.—Pero se debe morir con honra.

(*Se oyen rumores amenazantes en la plaza.*)

VI.— ¡Esos rumores!

ESCENA V.

Dichos, Llorente, que sale precipitadamente.

LLO.—El ejército no admite que sigáis en el poder: si no rehusais, puede ser que á todo se precipite.

VI.—¿Opongo yo resistencia?

(*A Novella y Liñan.*)

Admitid, señores: ¿Cuál de vosotros.....

(*Mirando que no responden.*)

(*Aparte.*) El mal pesa siempre en la conciencia.

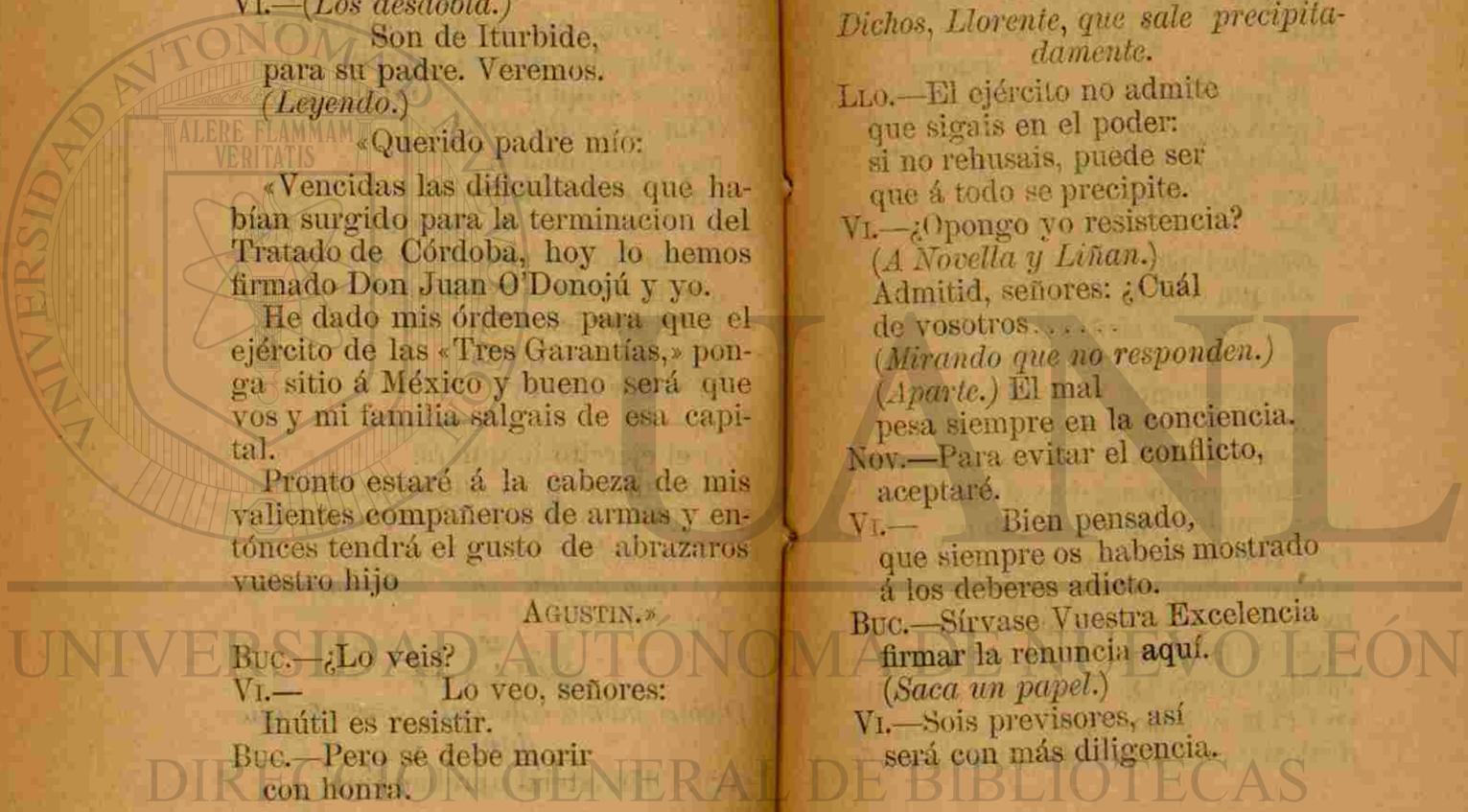
Nov.—Para evitar el conflicto, aceptaré.

VI.— Bien pensado, que siempre os habeis mostrado á los deberes adicto.

Buc.—Sírvasse Vuestra Excelencia firmar la renuncia aquí.

(*Saca un papel.*)

VI.—Sois previsores, así será con más diligencia.



(Toma el papel y lee.)
 «No permitiendo el estado
 de mi salud, continuar»
 (Rompe el papel.)
 Así no!

Buc. — ¿Qué haceis?

Vi. — Rasgar
 la intriga que habeis fraguado
 para dejar un padron
 de cobardía en mi frente.

Buc. — Entonces

Vi. — Señor Llorente,
 escribid esta cesion,
 porque cesion es la que hago,
 (Llorente se sienta y escribe.)
 y vuestra condueta azas
 inconsecuente, con más
 generosidad os pago.
 (Dirigiéndose á Llorente.)

«Entrego libremente el mando político y militar de estos reinos, á petición respetuosa que me han hecho los señores oficiales y tropa, expedicionarios, por convenir así al mejor servicio de la nación, en el Señor Mariscal de Campo D. Francisco Novella, con toda la autorizacion para dar las disposiciones y órdenes relativas á la

tranquilidad pública y entenderse, en vista de esta cesion que hago, con las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas y militares del reino.»

(Firma el Virrey y da el pliego á Buceli.)

Tomad, señor Buceli, mi renuncia; ella en estos momentos sintetiza un poder de tres siglos que agoniza y que su muerte á la nación anuncia.
 Buc. — Perdone su excelencia el paso

dado,
 obra de circunstancias solamente, y el noble caballero siempre cuente con el respeto

Vi. — (Interrumpiéndole con sarcasmo.)

Que me habeis guardado: sí, su recuerdo queda en mi memoria al lado del honor que me acompaña; os aseguro que en la Vieja España ecco tendrá tan peregrina historia.

(Indica á todos que salgan.)

Dejadme ya, señores: Diosos guarde.
 Liñ. — ¿Tiene algo que mandar Vuestra Excelencia?

Nov. — Ordenad

VI.— No olvidéis que la experiencia
la compra el hombre demasiado tar-

(de.

(Señala á todos la puerta con dig-
nidad.)

(Vánse todos.)

ESCENA VI.

El Virrey solo.

Misera humanidad! De tu grandeza
la voluble fortuna te despoja;
eres del árbol amarilla hoja,
signo cruel de la invernal tristeza!

¡Turbide! el hombre te perdona
lo que al Virrey hiciste. Quiera el

(cielo

que des la dicha al mexicano suelo
por el que mi alma tu doblez abona!
*[Sale la Virreina precipitadamente
por el foro derecha.]*

ESCENA VII.

Dicho, la Virreina.

VI^a.—Decidme, señor: ¿es cierto
que amenaza vuestra vida
un peligro?...

VI.—*[Tomándola una mano.]*

Esposa mía,

disponeos á salir
del palacio.

VI^a.— ¡Ah!

VI.— Por dicha,
nos respetarán, sin duda:
mañana, al rayar el día,
iremos á San Fernando
y pronto nuestra partida
para España, llevaremos
á cabo.

VI^a.— ¡Tanta perfidia!
¿qué crímenes os imputan?

VI.— Ningunos, pero la hidra
revolucionaria, enciende
la tea cruel y mortífera
y en caos será muy pronto
Nueva-España convertida.
Vamos, señora; la patria
que abandonamos un día
por la América española
nos acogerá benigna,
en sus brazos; y á la bella
hija de España querida,
que desde allá miraremos
á través de la opalina
sombra del recuerdo, Dios
la proteja y la bendiga.
(Vánse tomados de la mano.)

MUTACION.

CUADRO SEGUNDO.

La escena representa un corredor ó vestíbulo en la Hacienda de la «Patera.» cercana á la Villa de Guadalupe. Gran puerta al fondo, cubierta con una cortina que se descorrerá á su tiempo. Esta puerta se supone dar al salon en que D. Juan O'Donojú, D. Agustín de Iturbide y D. Francisco Novella celebran la última conferencia para la rendición de México al Ejército Libertador. Las entradas y salidas laterales serán por entre las columnas de los rompimientos.

Momentos despues de levantarse el telon, penetrarán al vestíbulo los Generales Guerrero, Victoria, Bustamante y Negrete: los Coroneles Santa-Anna, Echávarri, Filisola y algunos otros oficiales de graduacion. Concurrencia numerosa de personajes particulares de distincion, la que formará indistintamente

grupos que vagarán en la escena hablando en voz baja entre unos y otros y el centro del proscenio lo ocuparán los personajes siguientes:

ESCENA I.

Aparecen el Obispo de Puebla, Negrete, Victoria.

OBI.—La conferencia dilata ya demasiado.

NEG.— Dos horas.

VIC.—Para antesala, es bastante.

OBI.—En efecto; pero hay cosas en extremo delicadas.

Nada menos se decide en este instante, la norma que ha de servir al gobierno en lo futuro: y las otras bases del sabio tratado que formularon en Córdoba, de política modelo, como el de Iguala.

NEG.— Y de sobra diga Vuestra Señoría tambien de ambicion. ¿Ignora su Ilustrísima, el artículo tercero en que la Corona

por no admision de los príncipes,
queda libre para otra
entidad á quien designe
nuestro Congreso?

OBI.— Se toma
en el sentido de que
nos negara Europa,
que no lo liará, al rey
que ceñirá la corona.

NEG.—Fuera mejor elegir
la republicana forma

Vic.—*[Interrumpiéndole.]*
¿Qué decís, general?
eso es imposible.

NEG.— Toma:
no me explico la razon.

OBI.—La razon es perentoria.
Un pueblo que nace apénas,
que no tuvo vida propia,
y sólo de monarquía
ha conocido la forma,
debe primero educarse
para república: ahora,
constitucional monarca
conviene á México.

Vic.— Loca

pretension de los partidos.
¡República! . . .

*Doña Ana María Huarte, esposa de
Iturbide, atraviesa el escenario de
izquierda á derecha, seguida de va-
rias damas y caballeros lujosamente
vestidos: la concurrencia le abre
paso prodigándole atenciones, que
ella contesta con saludos y sonrisas*

NEG.— La señora
de Iturbide.

[Al verla que desaparece.]

Ya la corte
en este lugar se nota.

Mirad: caballeros, damas,
militares, lujo, pompa

OBI.—Es digno el libertador
de respeto y ceremonias.

NEG.—¡Quién lo duda! y ceñirá
á sus sienes la corona;
no lo dudeis.

OBI.— Y muy pronto.

*(La cortina se descorre. Negrete, ad-
virtiéndolo:)*

NEG.—Ah! por fin llegó la hora.



ESCENA II.

Dichos, un ayudante que anuncia á Iturbide, O'Donojú y Novella.

AYU.—Sus excelencias, señores, anuncian que ha terminado la conferencia.

(El ayudante se retira y bajan al proscenio los personajes expresados ante quienes todos se descubren.)

OBI.—*(A Victoria.)* ¡Qué grupo!

Vic.—Digno de puesto tan alto.

(Quedan en el centro Iturbide, O'Donojú y Novella.)

O'Do.—A un compatriota vuestro es-
(clarecido

debeis el bien de libertad ansiado que será patrimonio venerado del pueblo que le aclama agradecido.

Yo también, ambicioso de esta gloria, quiero tener en ella, permitidme, un noble participio.

VARIOS.— Hablad.

O'Do.— Oídme.
Ser el primero en anunciar, señores, que terminó la guerra independien-
(te;

mañana brillarán en el Oriente

para la Nueva-España otros fulgores.
ITU.—Mañana hemos de estar dentro

(los muros de esa bella ciudad y satisfechos latir podrán nuestros ardientes pe-

(chos de libertad y porvenir seguros.

¿Quereis partir, señores? Impacien-

(tes en México estarán. Hasta la vista.

O'Do.—¿Y vos?

ITU.— Quiero en persona la revista esta tarde pasar, de mis valientes.

(Vánse todos, ménos el Obispo que se queda con Iturbide.)

ESCENA III.

Iturbide y el Obispo.

OBI.—Al fin, amigo mío, puedo acer-
(carme

á vos, y libremente tributaros admiracion y afecto.

ITU.— Os doy las gracias: ya sabeis de qué modo ha terminado la situacion difícil que Novella estaba sosteniendo.

OBI.— A vuestro sabio

parecer y valor indiscutibles
debemos todo.

ITU.— Exagerais . . .

OBI.— No en vano
sois el libertador.

ITU.— Mucho les debo
á personas cual vos, asegurando
que mi gloria es la vuestra.

OBI.— En el tratado
de Córdoba, salvais dificultades
que nadie hubiera hecho. D. Fernan-
(do

Séptimo aceptará difícilmente
asentarse en el Solio mexicano.

ITU.— Nos quedan otros príncipes y
(creo
que alguno de ellos deberá aceptarlo.

OBI.— *(Con voz insinuante.)*

Opino de otro modo; más aún,
ya miro en lontananza al soberano
capaz de gobernar el nuevo imperio:
el sentir general está dotado
de gran penetracion; mañana mismo
quizá tendreis la prueba.

ITU.— *(Aparte.)* Es muy extraño!

OBI.— Pocas veces los pueblos se equi-
(vocan

en su eleccion. Vereis . . . Ya . . . pero
(vamos,

debeis tener aún mil atenciones
y perdonad si os dejo. Gran trabajo
es ser libertador.

ITU.— *(Cortésmente.)* Su Señoría
me colma de bondades.

OBI.— *(Más insinuante.)* En palacio
mañana mis respetos al caudillo
ilustre, á presentar iré, y en tanto
Dios lo bendiga y lo ilumine.

ITU.— El vaya
con el amigo noble y el prelado.
*(Váse el Obispo por la derecha.
Iturbide lo deja en la puerta.)*

ESCENA IV.

Iturbide.

*(Pasea la escena con carácter refle-
xivo.)*

¿Por qué le oí pronunciar
tan intencionadas frases? . . .

Ah, fortuna, ya tus facces
he comenzado á probar.

No seduzcan, corazón,
tus impulsos generosos,

oropeles vanidosos
que desprecia la razon.

(Pausa.)

¡Honda tristeza me asalta
cuando inundarme debía
un torrente de alegría,
alegría que me falta!

(Transición.)

Ya libre la patria está;
satisfecha mi ambición:
unánime aclamación
muy pronto saludará
el triunfo más verdadero
que un pueblo puede tener:
pero... ¿le basta vencer
en el combate al guerrero?
Trás la gloria conquistada
suele hallar en su redor,
valladares que el valor
no vence, porque la espada
puede saltar en pedazos,
si la política emprende
sus divisiones y tiende
arteros y ocultos lazos
en derredor del poder:
Fácil será libertar
pero muy difícil dar
á lo libertado el sér,
la dicha que lo engrandezca
de la paz en el santuario

sin que el hombre temerario
que lo intente no perezca
(Se oye á lo léjos el toque de generala,
que hace variar de idea á Iturbide.)

¡El toque de generala!
Pensemos en otra cosa
mientras brille esplendorosa
la estrella feliz de Iguala!

(Váse rápidamente por el foro y
cae un telonillo.)

MUTACION.

CUADRO TERCERO.

Terrado de una casa por donde pasa
el Ejército Trigarante: balcon á la
izquierda y puerta á la derecha.
Oyense á lo léjos exclamaciones en-
tusiastas y salvas de artillería, co-
hetes y músicas, bandas de tambo-
res y clarines: todo, como lo raya
indicando la escena.

ESCENA I.

Marchena, Buceli, Llorente y dos ó tres oficiales españoles del cuerpo expedicionario, que salen por la derecha para dirigir sedespues al balcon de la izquierda. Marchena con hábito de dominico.

MAR.—En vano hemos trabajado en la lógia y el ejército, despues que se promulgó la Constitucion; haciendo que Don Juan Ruiz de Apodaca nos dejara libre el puesto para nombrar á Novella y poner impedimentos á O'Donojú y á Iturbide para lograr sus deseos.

BUC.—¿Qué hacer ahora?

MAR.— Dar tiempo.

BUC.—Inútil para nosotros que hácia España partiremos en breve.

MAR.—Pero en el puesto quedan aquí los hermanos, y vosotros desde léjos en las lógias españolas trabajareis. Yo presiento

las tempestades que habrá ántes que el primer imperio con su futuro monarca se consolide.

BUC.— Veremos.

¿Pero creis que D. Fernando admita venir á México?

LLO.—Si él no, cualesquiera otro.

MAR.—Ni lo dudo ni lo creo.

(Se escuchan aclamaciones y músicas dentro y Llorente se acerca al balcon.)

LLO.—Venid: ya la comitiva se acerca.

MAR.— Sí, el guerrero que llama libertador el impresionable pueblo, miéntras no sienta su pié oprimirle el dócil cuello.

BUC.—*(Acercándose al balcon.)*

Mirad qué pompa!

LLO.— Pardiez!

Hermoso recibimiento.

MAR.—¡Imbéciles!

LLO.— Flores, joyas.

lo envidia.

MAR.—*(Aparte.)* Yo. . . . ¡lo aborrezco!

y no obstante, me parece
muy grande en este momento.

*(Se oyen aclamaciones dentro, más
entusiastas.)*

LLO.— Sobre tapices de flores
marcha su caballo negro,
orgulloso del jinete.

MAR.— Del tirano.

LLO.— Yo comprendo
así la gloria del hombre,
verse hoy como Iturbide,
ídolo de todo un pueblo.

MAR.— *(Aparte.)*
Tiene razon.

LLO.— Ha llegado
al arco de triunfo, vedlo:
recibe las llaves de oro
que le da el Ayuntamiento
Por más que no le queramos
es preciso que ese vértigo
feliz de las multitudes
que lo aclaman, respetemos.

MAR.— *(Distraído se retira del balcon.)*

A los postres del banquete
le van á ofrecer el cetro
los serviles Si pudiera
acercarme á él y temo
pero si yo yerro el golpe,

pierdo en la lógia mi ascenso
 hoy no es posible.

BUC. A palacio

va llegando.

MAR.— Esperaremos.

Los hombres olvidan pronto,
y son ingratos los pueblos.

Para quien sabe esperar
todo llega siempre á tiempo.

LLO.— Terminó la comitiva.

BUC.— Ahora sigue el ejército.

MAR.— Iremos á confundirnos
con la multitud.

LLO.— Iremos.

MAR.— *(Aparte.)*

¡Ay del tirano despues
si no abandona su puesto!

(Vanse por la derecha.)

MUTACION.

CUADRO CUARTO.

Este cuadro puede suprimirse, cuando no se pueda presentar con la pro-

y no obstante, me parece
muy grande en este momento.

*(Se oyen aclamaciones dentro, más
entusiastas.)*

LLO.— Sobre tapices de flores
marcha su caballo negro,
orgulloso del jinete.

MAR.— Del tirano.

LLO.— Yo comprendo
así la gloria del hombre,
verse hoy como Iturbide,
ídolo de todo un pueblo.

MAR.— *(Aparte.)*
Tiene razon.

LLO.— Ha llegado
al arco de triunfo, vedlo:
recibe las llaves de oro
que le da el Ayuntamiento
Por más que no le queramos
es preciso que ese vértigo
feliz de las multitudes
que lo aclaman, respetemos.

MAR.— *(Distraído se retira del balcon.)*

A los postres del banquete
le van á ofrecer el cetro
los serviles Si pudiera
acercarme á él y temo
pero si yo yerro el golpe,

pierdo en la lógia mi ascenso
 hoy no es posible.

BUC. A palacio
 va llegando.

MAR.— Esperaremos.
 Los hombres olvidan pronto,
 y son ingratos los pueblos.
 Para quien sabe esperar
 todo llega siempre á tiempo.

LLO.— Terminó la comitiva.

BUC.— Ahora sigue el ejército.

MAR.— Iremos á confundirnos
 con la multitud.

LLO.— Iremos.

MAR.— *(Aparte.)*
 ¡Ay del tirano despues
 si no abandona su puesto!
 (Vanse por la derecha.)

MUTACION.

CUADRO CUARTO.

Este cuadro puede suprimirse, cuando no se pueda presentar con la pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN TOMÁS DE AQUINO LEÓN

ALERE VER

pedad que exige para su lucimiento; pero sólo en la parte relativa á la entrada de las tropas en la escena, decoracion de calles, etc. La escena representa la Avenida de las calles desde el Puente de San Francisco hasta Plateros, terminando la perspectiva con el frente del Palacio Virreinal: en los balcones de las casas, en las azoteas, etc., se verá en perspectiva inmenso gentío demostrando su entusiasmo patriótico, con ademán de arrojar coronas y flores al Ejército Trigarante que hace su entrada por dichas calles en el orden siguiente: Descubierta de Gastadores, bandas de músicas y varios cuerpos en seguida con sus diversos uniformes de aquella época. Los cuerpos harán, entrando y saliendo á la escena, distintas evoluciones y al terminarlas se levantará el telon del fondo, apareciendo el salon de palacio desde el cual se supone que Iturbide presenciara el desfile, en compañía de O'Donojú y varias personas de ambos sexos, y de distincion. El salon y sus puertas

laterales estarán adornados con grandes colgaduras: representando la del fondo el balcon principal de palacio, desde donde dirigirá la palabra Iturbide al pueblo y al ejército.

ESCENA I.

Iturbide y O'Donojú. Este trayendo de brazaleté. D^a Ana Maria, esposa del primero salen por la puerta izquierda, dirigiéndose al fondo, acompañados de varias personas de ámbos sexos. Al desaparecer dichos personajes, sale Doña Leonor por la misma puerta recatándose. A lo lejos se escuchan aclamaciones populares y ecos de música.

ESCENA II.

Leonor.

Díjeme que hablarle quiero y vendrá. ¡Cuánta emoción agita mi corazón por ese noble guerrero! Si yo no le amara tanto,

hoy su gloria bastaría
para ser idolatría
mi sentimiento. El encanto
con que la nación lo aclama
su libertador, no mide
límite alguno. ¡Iturbide,
eterna será tu fama! . . .

Cada voz que lo enaltece,
cada ovacion que recibe,
más mi ternura revive
y á mis ojos lo engrandece!

Y siendo libertador
su ser al mío esclaviza
y subyuga y tiraniza
mi libertad y mi amor!

Es grande y grande será:
lo que quiere una mujer
lo consigue con querer
y mi amor conseguirá
el trono que acaso sueña
su noble y justa ambicion,
el trono que la nación
para su ídolo diseña.

En los círculos sociales
ya germina el pensamiento;
hoy mismo acaso el intento
proclamarán sus parciales.
Yo seré la oculta tea

que avive el fuego latente;
mi amor, la fuerza potente
que lleve al triunfo la idea.
El poeta, el Pensador (1)
Lizardi, me dijo ayer
con entusiasmo: «ha de ser
Iturbide, emperador.»

(En este momento aparece por la
puerta lateral derecha, el P. Marchena,
entrando cautelosamente al
salon, ocultándose trás de la cortina,
al mismo tiempo que se siguen
escuchando las aclamaciones populares.
Leonor se habrá ido acercando al balcon.)

ESCENA III.

Marchena en la puerta y Leonor en el balcon.

MAR.—¡Leonor! ¡Estrella fatal

[1] Vease el folleto núm. 28 que se titula «El Pensador Mexicano,» al Exmo. señor General del Ejército Imperial Americano D. Agustín de Iturbide. José Joaquín Fernández de Lizardi. México, Septiembre 29 de 1821, primero de nuestra libertad. México, 1821. Imprenta Imperial, calle de Santo Domingo.

la coloca en este instante
entre mi brazo y su amante
deteniendo mi puñal!

Logré llegar hasta aquí
astuto... ¡nueva esperanza
perdida! ¿Por qué me lanza
la suerte, burlando así
de mis planes el intento?

Si valor no me faltara,
en ella y en él vengara
mi hondo resentimiento...

Pero viviendo tendré
á lo ménos la ilusion
del triunfo... ¡ah!... corazón...
caos de dudas y de fé!.....

LEO.—(Oyendo los rumores ya muy
cercanos.)

Oigo su voz! domina los rumores
y varonil al pueblo se dirige.

ITU.—(Dentro; mientras que habla,
Leonor expresará las diversas emo-
ciones que el discurso de Iturbide
produce en su ánimo.)

«¡Mexicanos! Estais en el momento
de saludar á nuestra patria libre
como en Iguala os anuncié. La gloria
condujo á nuestro ejército invencible
á la justa conquista del derecho

«que á las naciones de la tierra asiste
«para dignificar sus jerarquías
«sin romper del honor el noble límite.
«Estais emancipados! ¡Dios lo quiso!
«Ya conoceis el modo de ser libres:
«toca á vosotros señalar ahora
«el que ha de haceros á la paz felices, (2)
«enalteciendo de la patria el nombre.»

DENTRO.—(Aclamaciones entusiastas
del pueblo.)

¡Viva el libertador! Viva Iturbide!
[En este momento da Leonor la
vuelta para bajar al proscenio y
se encuentran con Marchena.]

LEO.—[Sorprendida y aparte.]

¡Marchena!... ¿Qué haceis aquí?
[A él.]

MAR.—(Con ironía.)

Escuchar, como escuchais.

LEO.—[Señalándole la puerta con im-
perio.]

¡Salid!

MAR.—¿Por qué me arrojais
si también un tiempo fui
vuestro adorador, señora?

[2] Palabras de Iturbide en su manifiesto
á la nacion al consumir la independencia
el 27 de Septiembre de 1821.

LEO.—¡Callad, que vuestro lenguaje me horroriza

MAR.— ¿Es un ultraje el que yo recuerde ahora que vuestra hermosa beldad no fué tan esquiva un día para escucharme? . . .

LEO.— Tenía entonces necesidad de vuestros servicios. Hoy

MAR.— Me pagais con el desprecio.

LEO.— Vos lo decís

MAR.— Tuve precio, pero ahora, nada soy.

LEO.— Salid, ó llamo

MAR.— (*Aparte.*) Saldré, ya que por hoy nada puedo.

LEO.— Idos pronto!

MAR.— (*Con sangrienta ironía.*) ¿Teneis miedo?

LEO.— No á vos.

MAR.— (*Lo mismo.*) Yo me vengaré del noble libertador y de la mujer liviana.

LEO.— Teneis el alma villana para infundirme pavor.

(*Al salir Marchena por la derecha entra Iturbide por el fondo.*)

ESCENA IV.

Leonor, Iturbide.

ITU.— ¡Leonor!

LEO.— ¡Agustin! dichoso momento.

ITU.— Trémula os miro

LEO.— Es que os amo y os admiro como nunca.

ITU.— Venturoso quien se siente amado así.

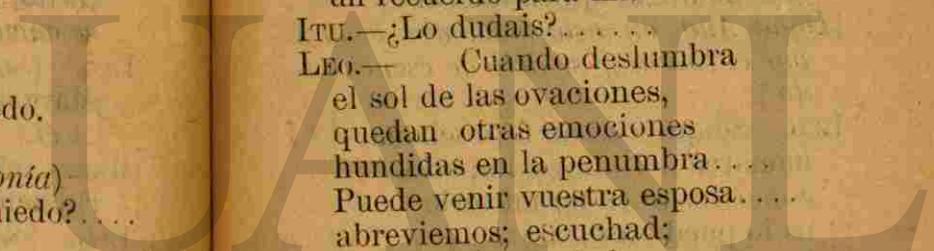
LEO.— En medio de tanta gloria, ¿tuvisteis en la memoria un recuerdo para mí?

ITU.— ¿Lo dudais?

LEO.— Cuando deslumbra el sol de las ovaciones, quedan otras emociones hundidas en la penumbra Puede venir vuestra esposa abreviemos; escuchad; á deciros la verdad viene mi alma pesarosa.

Encumbrada posicion vais á tener, perdonadme, y de léjos recordadme pues lo quiere la razon;

ITU.— De léjos! ¿por qué, si os amo?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEO.— Callad: prefiero
 el recuerdo verdadero
 al amor que yo . . . no sé
 si después existirá . . .
 Pero al deciros adios,
 sabed que mi vida en pos
 de la vuestra siempre irá.

ITU.— Leonor! . . .

LEO.— Otorgadme ahora
 el postrer favor que os pido:
 ¿lo haréis por mí . . . ?

ITU.— Concedido:
 ¿Puede negar quién adora?

[Doña Ana en este momento asoma
 por el fondo y se detiene escuchan-
 do.]

LEO.— Sé que os van á proclamar
 monarca del nuevo imperio;
 como ya no es un misterio
 os lo puedo asegurar.

Vos aceptareis ¿no es cierto?

Os quiero tan grande yo!

ITU.— Nunca, Leonor: eso no!
 Fuera el mayor desacierto.

LEO.— Es mi súplica postrera
 (Tomándole una mano.)

¿La rechazais . . . ?

ITU.— Sin remedio.

No veis que sería el medio
 que arrebatarme pudiera
 laureles de tal cuantía,
 que por conservarlos yo,
 diera todo, todo . . . no . . .
 hay algo que no daría . . .
 Vuestro amor.

LEO.— Por él os ruego
 que la corona acepteis.

ITU.— ¡Ah, Leonor, me enloqueceis!
 Por favor, dejadme; el fuego
 debe apagarse.

LEO.— (Despechada). Sí . . . adios! . . .

ITU.— (Arrepintiéndose le toma la ma-
 no).

¿Nos volveremos á ver? . . .

LEO.— Acaso . . . pudiera ser . . .

El satélite va en pos
 del astro que le da vida.

ITU.— Y vos me la dais á mí . . .

Decidme que no es aquí
 nuestra eterna despedida.

LEO.— De vos depende. Alguien lle-
 ga . . .

Adios, y pensadlo bien.
 (Váse Leonor.)

ITU.— De la fortuna el vaiven
 todavía no me ciega.

ESCENA V.

Iturbide, Doña Ana.

ANA.—Perdonad, esposo mío,
Si os interrumpo. . . .

ITU.— No á fé:
un momento me ausenté
de vosotros. . . . vamos.

ANA.—(Con intencion.) Fío,
como siempre, en la lealtad
del cumplido caballero.

ITU.—¿Qué quereis decir?

ANA.— Yo quiero
que me digais la verdad
acerca de lo que oí
en ciertas conversaciones
que atañen á vos. . . .

ITU.— Versiones:
hubo hoy tantas aquí. . . .

ANA.—Pero ésta me preocupó.

ITU.—Decídmela.

ANA.— Mucho abarca.

ITU.—Y bien?

ANA.— Que seréis monarca
de México.

ITU.—(Aparte.) La escuchó.

ANA.—Y yo vengó á interponer
una súplica amorosa,

si es que aún vuestra esposa
tiene para vos valor.

Si es que el cariño sagrado
de vuestros hijos conmueve
alma para mí de nieve
que fuera un tiempo dechado
de dulce amor: no acepteis
esa corona funesta
que aún no existe y presta
terror á mi mente.

ITU.— Veis
un peligro, esposa mía,
en una suposición.

ANA.—Lo aseguran.

ITU.— La nacion,
sabrà elegir en su día.
No es tiempo aún de pensar
en eso.

ANA.— Vos lo decís,
pero mañana, lo ¿ois?
todos han de proclamar
monarca al libertador:

pensadlo bien. yo quisiera
veros grande, pero fuera
del poder deslumbrador.
Escuchadme: Desechad
ambiciones que destruyen
la paz del alma; que huyen

ante la triste verdad.
Ah! . . . yo no tengo experiencia,
pero mi alma de mujer,
de esposa y de madre, á ser
guardian de vuestra existencia
me condujo á vuestro lado

ITU.—(Con tierna gratitud.)

Ana mía, no temais

ANA.—Si vos me lo asegurais
será temor infundado.

ITU.—Oídme un instante. El sér
humano siempre ambiciona
noble y honrosa corona
que le dé nombre y valer.

Yo . . . no sé si mi ambicion
es grandiosa ó baladí,
sólo se que siento en mí
anhelos que el corazon
presiente sin darles forma;
quiero á mi patria servir,

mirar que lo porvenir
la sublima y la transforma;
y vacilo entre dejar

la escala que voy subiendo,
ó arrojarme en el estruendo
de la política y dar
á la obra de mi mano
el brillante colorido

que mi mente ha concebido
con un pincel soberano.
ANA.—Acaso la obscuridad
será la mejor grandeza,
pesa mucho en la cabeza
una corona.

ITU.—(Aparte.)

Es verdad.

(Con fuego y animacion.)

Yo sueño con esa gloria,
en los héroes tan fecunda,
que de dicha el alma inunda
y nombres graba en la historia.

Ella, el honor y la fé
han sido siempre mi guía
Terminemos, Ana mía

La corona rehusaré,
si es verdad lo que decís.

ANA.—¡Oh, gracias, gracias, señor! . .

(Aparte.)

Ya que me roban su amor,
que no lo pierdan. (A él.) Oís?

[Se escuchan aún las aclamaciones
del pueblo.]

ITU.—Entusiasmo, aclamaciones

ANA.—No cambiéis la realidad
de tanta sinceridad
por mentidas ilusiones. (Váse.)

ESCENA VI.

Iturbide.

(Siguiendo con la vista á su esposa.)

Va llorando . . . y ha tenido
la discrecion de ocultarme
lo que puede reprocharme
su corazon ofendido!

Ella . . . es la voz del amor

la otra . . . de la vanidad

¡oh! . . . ¿cuál será la verdad

en este abismo traidor

de grandeza y pequenez

en donde el hombre naufraga,

vorágine que se traga

glorias, honores y prez?

En este fatal dilema

el vértigo nos atrae,

y desdichado el que cae

al peso del anatema

popular que se desborda

cual impetuoso torrente;

y feliz quien ve sonriente

que ese mismo pueblo borda

con flores nuestro camino,

levantando un pedestal

á la memoria inmortal

que labró nuestro destino.

(Pasea la escena con aire reflexivo.)

Claridades que deslumbran,
producen sombra más densa;
cuanto más el hombre piensa
más las ideas lo encumbran
y más la ambicion le ofrece
Olimpo de gloria eterno,
para abrirle del infierno
el antro donde perece

(Pausa.)

¡Libertador! ¡Soberano!

Desvarío seducciones

Volcan de ardientes pasiones

en un cuerpo de gusano!

(Con noble resolucion.)

¡Patria! No quiero perder
el prestigio que me abona.

¿Para qué quiero corona
si tú me debes el sér? (1)

Sé feliz como te cuadre;

no pretendo gratitud

¿Exije al hijo virtud

para quererlo su padre?

Trono, grandeza, esplendores,

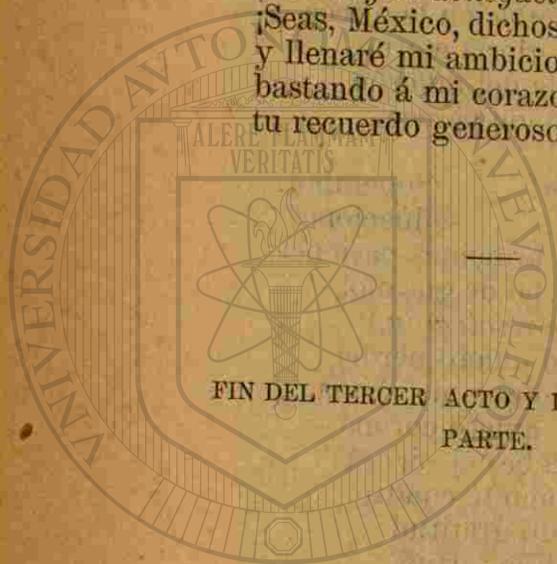
[1] Iturbide rehusó en efecto la corona dos veces. La primera el mismo 27 de Septiembre de 1821, y la segunda el 27 de Octubre del mismo año, día en que se juró solemnemente la independencia. ®

ú olvido y obscuridad;
del pueblo la libertad,
ó servilismo y favores

(Con digna abnegacion.)

Seas, México, dichoso,
y llenaré mi ambicion,
bastando á mi corazon
tu recuerdo generoso!

Telon.



Segunda parte.

El Monarca.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

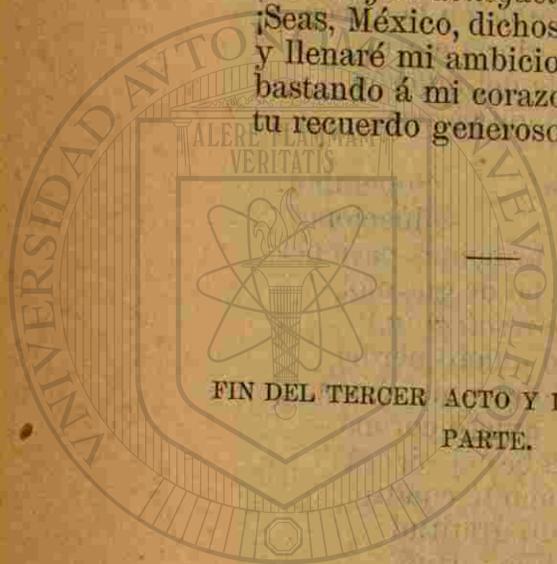


ú olvido y obscuridad;
del pueblo la libertad,
ó servilismo y favores

(Con digna abnegacion.)

Seas, México, dichoso,
y llenaré mi ambicion,
bastando á mi corazon
tu recuerdo generoso!

Telon.



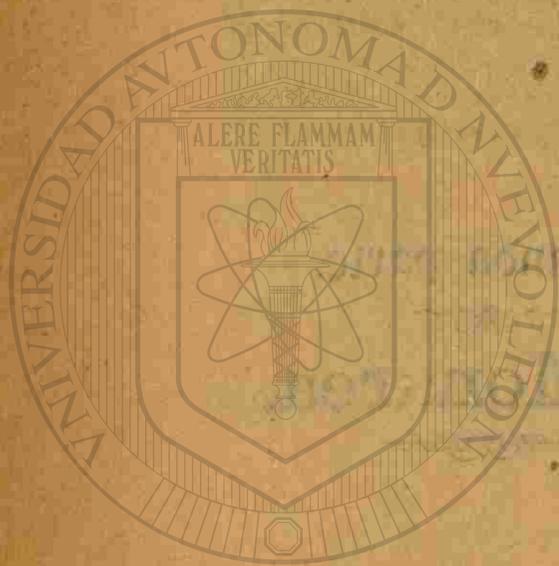
Segunda parte.

El Monarca.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Personajes

ITURBIDE, Emperador.

D^a ANA MARÍA HUARTE,
Emperatriz.

D^a LEONOR DE CASTRO.

MEDINA, Ministro de Ha-
cienda.

SOTARRIVA, Ministro de
Guerra.

SANTA MARÍA, Ministro de
Colombia.

NAVARRETE, Ministro de
Justicia.

ECHÁVARRI.

CORTAZAR.

RAMIRO.

SANTA-ANNA.

VALERO.

UN UGIER.

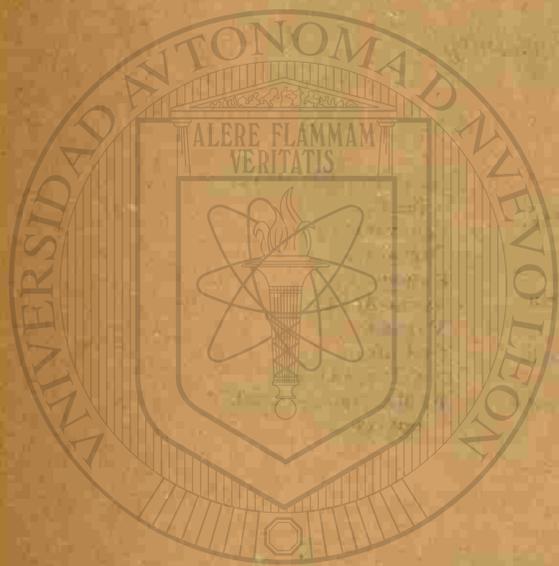
DOS AYUDANTES.

EL MAESTRO DE CERE-
MONIAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

*La acción principia en 1822 y con-
cluye el 19 de Julio de 1824.*

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ACTO PRIMERO.

NUBES DE BORRASCA.

*Sala contigua al Salon del Trono.
Puerta al fondo: una á la izquier-
da que da entrada al Salon, y dos
á la derecha. Muebles de lujo de la
época. Algunos cuadros. Mesa ele-
gante con escribanía y papeles, pe-
riódicos, etc. Sitiales.*

ESCENA I.

Medina, Sotarriva.

ME.—La ocupacion de los fondos
destinados á la Habana
y que autorizó el Congreso
indicándolo al monarca

en nota particular,
sirve ya de justa causa
á los descontentos que
difunden graves alarmas.
Esos fondos terminaron:
están vacías las arcas.

So.—Pero el préstamo pedido
á los consulados?

ME.— Vana
medida. Conjeturábase,
mejor dicho, se esperaba
medio millon.

So.— Y.....

ME.— Resulta
la cantidad desmembrada.
Cuarenta y ocho mil pesos:
pues con anterioridad
y violencia inusitada
extrajeron esos fondos
de las consulares cajas.
Desengañaos: las cosas
se complican y se agravan
poniéndose cada día
el Congreso y el Monarca
en situacion tan violenta...
que ningun medio los salva
de un rompimiento.

So.— Ya tiene

su majestad varias cartas
que comprometen á muchos
diputados y órden dada
para su aprehension.

ME.— Medida
ineficaz.

So.— Necesaria.

(*Bajando Medina la voz.*)

ME.—El Congreso ha despertado
y ahora protesta en masa
contra la dura presion
que ejercieran en la Cámara
el ejército y el pueblo,
para proclamar monarca
al Emperador y aquella
presion funesta es la causa
de la situacion actual.

So.—Presion decís?.....

ME.— Así llaman
al acto aquel.

So.— Impostura:
nunca fué tan espontánea
una eleccion; y si pudo,
sin que esté justificada,
haber presion del momento,
nadie impidió á la Cámara
sobre sus pasos volver,
disolverse, si violada

fué su autoridad, y enérgica protestando, se salvaba de responsabilidad que quiere eludir, de la espontánea manifestacion que hizo por medio de su proclama á la nacion, prodigando un linaje de alabanzas á Iturbide, bien impropio de quienes hoy lo atacan.

ME.— El no debió consentir, ni aceptar el trono.

So.— Claras muestras dió de abnegacion, rehusando dos veces. (1)

ME.— Vaya... ¿por qué aceptó la tercera?

So.— Cuando sesiente en el alma anhelo de bien y el hombre piensa que puede á su patria de la anarquía salvar; y el pueblo quiere y aclama á quien libertad le dió, para que gobierne, paga aceptando con nobleza del pueblo la confianza.

[1] Histórico, véase la nota 1, Ser. acto de la primera parte.

Además, la exaltacion de Iturbide al trono, entraña nada ménos la completa libertad de nuestra patria. El Plan de Iguala y Tratado de Córdoba nos ligaban á la Metrópoli. Rotos por el Sargento Pío Marcha esos lazos, proclamando un mexicano monarca, quedamos independieutes al fin de la madre España. (1)

¿Qué importa que los partidos conspiren? La mano franca del Emperador, el cetro hará respetar mañana. (Tono de conviccion.)

Será la conspiracion del Congreso escarmentada. Ya vereis, vendrá muy pronto la tranquilidad.

ME.— En calma suele estar la superficie del lago, miéntras el agua agítase allá en el fondo

[1] Véase la exactitud de esta apreciacion, en «México á través de los siglos.» Tomo IV. Cap. IX.

preparando la borrasca.
 ¡Tranquilidad! Un erario
 sin fondos. Amenazada
 la propiedad; el gobierno
 sin prestigio ni confianza;
 el fuego de los partidos
 dentro de la misma Cámara:
 el trono nacido ayer
 ya vacilante; exaltadas
 las lógicas que van minando
 la monarquía; no bastan
 á tranquilizar los ánimos.

So.—Tenemos sobre las armas
 un ejército.

ME.— ¡El ejército!
 Este hará lo que le mandan
 sus jefes ya demasiado
 turbulentos por desgracia.

So.—Entonces podemos creer.....

ME.—Que la mina pronto estalla.
 Ya sabeis, la gratitud
 de los hombres tiene alas
 y es voluble.

So.—(Aparte.) En él mismo
 hay una prueba palmaria.

ESCENA II.

*Ugier por el fondo para anunciar á
 la Emperatriz.*

UG.—Su majestad la Emperatriz.

ME. Ah!

So.—(Aparte.) Llega
 á tiempo de cortar conversaciones
 imprudentes.... Señora!.....

EM.—(Que sale seguida de D^a Leonor
 de Castro, la que se distingue por
 su lujo deslumbrante; damas de ho-
 nor y el Maestro de Ceremonias, ofi-
 ciales, etc. Se dirige á los ministros.)

Os encontrais
 muy apartados hoy de los salones..

ME.—Su Majestad nos convocó á la
 (junta
 y aquí esperamos sus augustas ór-
 denes.)

So.—La fortuna entre tanto nos ofrece
 de veros el honor.

EM.— Gracias, señores.

So.—Y vuestra majestad ¿cómo se en-
 cuentra?

EM.—Cuanto es posible, bien, si los
 (temores
 de lo que pasa en el Congreso ahora,

no me inquietaran
 So.— Son nubes informes
 que se van disipando. No temais.
 Tiene el emperador millares de hom-
 (bres
 que le aman y obedecen.

EM.— Dios lo quiera.
 (Al Maestro de ceremonias.)
 ¿Están en el salon las comisiones
 provinciales?

MAE.— Aguardan la presencia
 de vuestras majestades, en el orden
 que se les indicó. Tan sólo falta
 que llegue el Soberano.

ME.—(Aparte.) Adulaciones! . . .

—
 ESCENA III.

Dichos, un ugier que sale por la
 derecha á anunciar al Emperador,
 que viene con él, seguido de Echá-
 varri y dos ayudantes.

EM.—(Mirando á la derecha.)

Ya llegó.

UG.—(Anunciando.)

Su majestad

el emperador.

(Deja pasar á dichos personajes y
 se retira.)

ITU.—(Saludando á los demás que se
 inclinan, se dirige á la Emperatriz,
 que al notar un movimiento de Do-
 ña Leonor, la dirige una mirada
 de altivez.)

Señora,

¿os satisfizo el paseo?

EM.—Mucho. Pero estuve sola
 sin vos. . . .

ITU.— Lo siento; ya veis,
 no me pertenezco ahora.

EM.—(Mirando á Doña Leonor que
 habla con Echávarri.)

En efecto, los negocios
 del Estado ocupan toda
 vuestra atencion por desgracia.

UG.—(Anunciando.)

El Ministro de Colombia.

—
 ESCENA IV.

Dichos y Santa María.

ITU.—(Aparte.) Audacia tal! . . .

S. MA.—(Besando la mano de la Em-
 peratriz.)

Guarde el cielo

á la Soberana.

ITU.—(Ap.) Hipócrita!

S. MA.—Beso á vuestra majestad las manos.

(Iturbide lo saluda con una fría inclinacion.)

ITU.—*(A D^a Ana.)*

Quereis, señora, recibir, miéntras termino, á los delegados?

S. MA.—*(Aparte.)* Toma su seriedad mal carácter para mí.

(Iturbide acompaña galantemente á su esposa hasta la derecha, por enmedio de las filas de damas y cortesanos. Al pasar la Emperatriz por cerca de Doña Leonor, le lanza una mirada, que ésta esquiva fijándola en el Emperador.)

ITU.—*(Mirando á Doña Leonor y ap.)*
¡Deslumbradora!

(Vánse todos ménos los siguientes.)

ESCENA V.

Iturbide, Medina, Sotarriva, Echávarri, Santa María, Ramiro y los ayudantes.

ITU.—*(A Santa María con marcada intencion.)*

Me dijeron que deseábais regresar á vuestra patria, señor Ministro, y queriendo daros gusto, esta mañana mi secretario expidió vuestro pasaporte. *(Ap.)* Basta de tolerancia.

ME.—*(Ap.)* ¡Qué humillacion! . . .

ITU.—Siento que sea mal sana esta atmósfera y un viaje os hará provecho.

S. MA.— Gracias.

ITU.—*(Le señala la puerta.)*

Id, señor Santa María . . .

S. MA.—*(Con furor reconcentrado dice yéndose, ap.)*

Te haré sentir mi venganza. (1)

ESCENA VI.

Dichos, ménos Santa María.

ITU.—*(Sentado cerca de la mesa.)*

Y bien, señores: ¿habeis encontrado la manera

(1) Santa María fué en efecto desterrado, se unió á Santa Anna que proclamó la Republica y fué el autor del plan llamado de Casa Mata.

de conjurar esta crisis
hacendaria, que presenta
tan grave aspecto?

ME.— Esperanzas
hay de que aumenten las rentas.

El préstamo derramado
en las provincias, iglesias
de la Capital, creacion
del nuevo papel moneda,
y acaso, si lo quereis,
la medida siempre extrema,
aunque necesaria, de
confiscar las riquezas
del Marquesado del Valle, (1)
salvarán de pronto nuestra
penuria.

ITU.— ¡De pronto!

ME.— Sí.

ITU.— Entre tanto, se sublevan
algunos cuerpos, por falta
de haberes. . . ¿lo oís? . . . y mientras,
el Congreso no se ocupa
sino en dar mayores muestras
de ineptitud y pueriles

[1] Los bienes de los descendientes de Cortés fueron secuestrados por orden de Iturbide; paso impolítico sin ningún resultado práctico para la situación pecuniaria de aquellos días.

disposiciones, que llenan
de indignacion; conspirando,
dejando las providencias
de interés, en el olvido
y la obligacion primera
de formular cual debían
la Constitucion.

(Mirando á Sotarriva.)

¿De Guerra
el Señor Ministro tiene
algo que decir, acerca
de los últimos disturbios?

So.— Tiene la lista completa
Vuestra Majestad, de los
conspiradores. Si ordena
su aprehension, ejecutada
será.

ITU.— Ya de la presencia
del Ministro de Colombia
estamos libres. Si fuera
esto sólo Es necesario
de la hidra la cabeza
cortar á tiempo. Ramiro,

(Dirigiéndose á él, y luego á Sotarriva.)

al Secretario de Guerra
entregadle los papeles
que ha poco firmé. Son éstas

las órdenes. Sobre todo,
los padres Mier y Marchena,
cuidaréis que asegurados
queden hoy mismo. Se precian
de populares . . . veremos
«si manda el Emperador
que ya no se le obedezca.» (1)
En seguida, ordenaréis
que inmediatamente venga
aquí el Coronel Valero.
Id, señor ministro.

ME.—(Ap.) Negra
la nube se va poniendo.

ITU.—Conjuraré la tormenta.
(Váse Sotarriva.)

ESCENA VII.

*Dichos, ménos Sotarriva, luego un
ugier y el Ministro de Estado, que
trae un rollo de papeles.*

UG.—(Anunciando.)
El Secretario de Estado.

(1) Estas palabras aparecieron en un pasquin que se atribuyó el Padre Mier, el cual decía textualmente. «Manda nuestro emperador que ya no se le obedezca.» Estas frases aludían al juramento de Iturbide al coronarse, en el cual dijo, «que si faltaba á sus deberes, no quería que se le obedeciera.»

ITU.—Con afán os esperaba.
Hay algo nuevo?

MI.— Señor,
documentos que la Cámara
á su Majestad envía
para que apruebe. Otras cartas
llenas de adhesión profunda
al emperador, firmadas
por los señores Guerrero,
Bustamante y Santa-Anna,
todas modelo fiel
de lealtad. (1)

ITU.— Bien: contestadlas
cual merecen militares
que honran á nuestra patria.

MI.—Además, el Brigadier
Señor López de Santa-Anna
anuncia venir en breve
á la corte.

ITU.— Bien: ¿Zavala
terminaría las notas
de la cuestión hacendaria?

MI.—Hoy asistirá á la Junta

(1) Cartas rigurosamente auténticas, llenas de encomios y humilde adhesión al Emperador, pero que desdichan de la conducta observada después por Santa-Anna y Guerrero respecto de Iturbide.

las órdenes. Sobre todo,
los padres Mier y Marchena,
cuidaréis que asegurados
queden hoy mismo. Se precian
de populares . . . veremos
«si manda el Emperador
que ya no se le obedezca.» (1)
En seguida, ordenaréis
que inmediatamente venga
aquí el Coronel Valero.
Id, señor ministro.

ME.—(Ap.) Negra
la nube se va poniendo.

ITU.—Conjuraré la tormenta.
(Váse Sotarriva.)

ESCENA VII.

*Dichos, ménos Sotarriva, luego un
ugier y el Ministro de Estado, que
trae un rollo de papeles.*

UG.—(Anunciando.)
El Secretario de Estado.

(1) Estas palabras aparecieron en un pasquin que se atribuyó el Padre Mier, el cual decía textualmente: «Manda nuestro emperador que ya no se le obedezca.» Estas frases aludían al juramento de Iturbide al coronarse, en el cual dijo, «que si faltaba á sus deberes, no quería que se le obedeciera.»

ITU.—Con afan os esperaba.
Hay algo nuevo?

MI.— Señor,
documentos que la Cámara
á su Majestad envía
para que apruebe. Otras cartas
llenas de adhesion profunda
al emperador, firmadas
por los señores Guerrero,
Bustamante y Santa-Anna,
todas modelo fiel
de lealtad. (1)

ITU.— Bien: contestadlas
cual merecen militares
que honran á nuestra patria.

MI.—Además, el Brigadier
Señor López de Santa-Anna
anuncia venir en breve
á la córte.

ITU.— Bien: ¿Zavala
terminaría las notas
de la cuestion hacendaria?

MI.—Hoy asistirá á la Junta

(1) Cartas rigurosamente auténticas, llenas de encomios y humilde adhesion al Emperador, pero que desdicen de la conducta observada despues por Santa-Anna y Guerrero respecto de Iturbide.

devengados desde Iguala,
hasta la coronacion
de su Majestad.

ITU.—(Con ironía.)

La Cámara
prodiga muchos caudales
y están vacías las arcas.
Contestad que yo rehuso
todo cuanto me señala
en estas notas; (1) primero
hay obligacion sagrada
de cubrir otras partidas
del presupuesto: mi casa
no debe tener millones
cuando al ejército faltan
sus haberes y al empleado,
huérfano, viudas y tantas
asignaciones precisas
que actualmente no se pagan.

ME.—Está bien, señor.

ITU.— Dejemos
lo demás para mañana,
y en la junta de esta tarde

(1) Rigurosamente histórico. Sus mismos
enemigos le reconocen el noble desinterés
con que obró desde que empuñó las riendas
del gobierno, en lo cual no ha tenido muchos
imitadores.

nos presentará Zavala
su plan hacendario. Ahora,
dad mi respuesta á la Cámara.
(Váse Medina inclinándose res-
petuosamente.)

ESCENA IX.

Dichos, ménos Medina.

ITU.—Quedaos, señor Echávarri.

(A los ayudantes.)

Id á mi Secretaría
á recibir unos pliegos
que os entregará Medina.

(Vánse los ayudantes.)

ESCENA X.

Iturbide, Echávarri.

ITU.—(Tomando un tono confiden-
cial.)

Al fin estamos solos: no creía
que tan pronto punzaran en mi

(frente

las espinas que tiene la corona
que débil acepté, que ya no puede
soportar mi cabeza. Vos, Echávarri,
sois mi amigo leal, mi confidente,
y hablaros puedo como tal.

ECHÁ.— Me tiene
mi soberano adicto hasta la muerte.

ITU.—Lo sé por experiencia: pero aho-
(ra

no me deis tratamiento; me conmueve
y satisface hablaros como en días
de goce y sufrimiento: pero siempre
gratos para los dos y ménos tristes
que los actuales, demasiado crueles.

ECHÁ.—Nada temais, señor, miéntras el
(pueblo
y el ejército os amen y respeten.

ITU.—No lo creais, Echávarri: en el se-
(no

de la Cámara, agítanse rebeldes
numerosos partidos que trabajan
cada cual para sí, pero que tienen
un punto capital: hundir el trono,
y más que el trono, á mí; no lo dudeis.
Garza se ha sublevado en Tamauli-

(pas,
y aunque pronto á la córte se pre-
(sente

y le perdone yo, la llama queda
para ejemplo.

ECHÁ.— Señor, si se resuelve
el soberano á obrar con energía
y sin temor la Cámara disuelve,

el trono salvareis.

ITU.— No.

ECHÁ.— ¿Qué lo impide?

ITU.—Mi conciencia, mi honor y mis
(deberes.

ECHÁ.—Vuestro deber consiste en que
(la patria

libre de la anarquía se conserve
con el poder que dió al proclamaros
de la Nacion Emperador y jefe.

Ordenad, y yo mismo, os lo aseguro,
disolveré el Congreso.

ITU.— Los rebeldes
ya están asegurados: la medida
un dique ha de poner á la corriente.

ESCENA XI.

*Dichos un. Ugier y luego el Coro-
nel Valero.*

UG.—El Coronel de dragones
Don Juan Valero.

ITU.— Adelante.

VA.—Vuestra Majestad me llama...?

ITU.—Dejadnos solos, Echávarri.

(Váse éste.)

ESCENA XII.

Iturbide, Valero.

ITU.—Vos que el uniforme honrais,
ostentando en vuestro pecho
cruces, que os dan el derecho
de ser lo que aparentais,
decidme: si un militar
conspira y en el secreto
de las lógias, un decreto
de muerte acude á jurar
y se nombra ejecutor
él mismo, del atentado,
y deja de ser honrado
convirtiéndose en traidor,
¿cuál debe ser el castigo
que le depare su suerte?.....

VA.—[*Turbado.*] Señor.....

ITU.— Contestad.

VA.— La muerte!..

ITU.—Lo decís; yo no lo digo,
y pues que vos lo decís,

no os extrañéis, vive Dios,

de que yo os aplique á vos

lo mismo que decidís.

En masónica reunion,

vos mi muerte habeis jurado, (1)

(1) Histórico. Al presidir Valero una lógiá, juró asesinar á Iturbide.

y á palacio os he llamado
para daros la ocasion.

Heridme: solos estamos.

No llamaré; lo aseguro.....

¿Vacilais?.....

VA.— ¡Sire!

ITU.— Perjuro

sois entónces: vuestros amos

cobarde os han de llamar.....

VA.—[*Arrodillándose.*]

¡Perdon!.....

ITU.— Alzad, Coronel;

el Emperador, más cruel

que vos, manda ejecutar

vuestra sentencia; miradla....

[*Toma de la mesa un papel y lo da á Valero.*]

El reo debe saber

su crimen....

VA.—[*Tomando el papel maquinalmente. Lee y se sorprende.*]

De Brigadier

el despacho!..... (1)

ITU.— Ejecutadla,

(1) Valero tuvo que huir á España, pues las lógias lo perseguían creyendo que el despacho de Brigadier lo había obtenido vendiéndolos. Iturbide lo hizo así para desorientar á las lógias.

señor Coronel Valero,
y confesad sin rubor,
que olvida el Emperador
y perdona el caballero.

VA.—Permitid que vuestra mano
bese, y os jure morir
por vos, que sabeis vivir
como egregio soberano!

Y... perdonad que maldiga
mi error ó mi ceguedad.

ITU.—Una y el otro olvidad.
Id con Dios.....

VA.— El os bendiga! (*Váse.*)

ESCENA XIII.

Iturbide.

Para sostener un trono
es preciso ser tirano;
prescindir de ser humano
y proceder con encono.
¡Imposible! yo juré
que si olvidaba algun día
mis deberes, no quería
gobernar... lo cumpliré!

(*Transicion.*)

Vuestra cabeza, me dijo
Bataller, es la primera
que cortará la certera

mano del verdugo (1) y fijo
tengo el presagio en mi mente
y fijo de aquel oidor
el adios conmovedor,
el vaticinio elocuente.

ESCENA XIV.

Dicho, un Ugier y Santa-Anna.

UG.—(*Anunciando.*)

El Brigadier D. Antonio
López de Santa-Anna.

ITU.— El cielo
guarde al amigo.

STA. AN.— Señor,
quise ofrecer mis respetos
á mi augusto soberano,
y aquí me teneis.

ITU.— A tiempo
llegais á la corte, pues
que daros en ella quiero
honroso puesto á mi lado.

(1) Cuando Iturbide decía á Bataller que se quedara en México, asegurándole que con su cabeza le respondía del buen éxito en todo, aquel Oidor le respondió «Triste seguridad, señor de Iturbide; la cabeza de usted es la primera que ha de caer en este país.» Este vaticinio se cumplió tres años despues.

STA. AN.—Bien, señor. (*Ap.*) Ah! lo sos-
[pecho:

me aleja de Veracruz,
por que me teme. . . . Veremos!

[*A Iturbide.*]

Apénas llegué á la corte
he sabido que el Congreso
no está con el soberano
en el más perfecto acuerdo.

ITU.—Es verdad y se comprende;
en un país como el nuestro,
que no tuvo vida propia,
és natural que inexperto
el poder legislativo
(*Con ironía.*)
tenga demasiado celo. . . .
nubecillas que muy pronto
se disiparán.

STA. AN.— Si puedo
serviros, como decís,
yo disolveré el Congreso.
Deme Vuestra Majestad
sus órdenes y le ofrezco
que no os arrepentireis. . . . (1)

ITU.—De pensarlo queda tiempo.

[1] Santa-Anna dijo á Iturbide que disol-
vería el Congreso á bayonetazos.

ESCENA XV.

*Dichos y Echávarri que llega agitado
con un oficial de órdenes.*

ECHÁ.—Grupos amenazadores
y numerosos rodean
la Cámara y disolver
la diputacion intentan,
vitoreando vuestro nombre.
Una comision compuesta
de diputados y pueblo,
de palacio está á la puerta,
pidiendo veros, en tanto
que como feroz marea
hácia acá el pueblo avanza.

Oíd, señor. . . . ya se acerca. . . .
[*Murmillos y voceríos dentro, sobre-
saliendo los gritos de ¡Viva el Em-
perador! ¡Abajo el Congreso!*]

ITU.—La comision del Congreso,
que pida en forma la audiencia.
En cuanto al pueblo, decidle
que tiene franca la puerta.

(*Váse Echávarri.*)

ESCENA XVI.

Dichos ménos Echávarri.

OFR.—(*Viendo que Santa-Anna va á
sentarse.*)

Perdon, señor Brigadier,
pero ante su majestad
nadie se sienta. (1)

STA. AN.—(*Levantándose corrido.*)

Señor,
excusadme de ignorar
usos de la corte. . . (Ap.) ¡Orgullo!
tiranía y vanidad!

ESCENA XVII.

Dichos, Echávarri seguido de un grupo de pueblo de ámbos sexos, que al ver al Emperador se descubren respetuosos, adelantándose ante él un hombre y arrodillándose.

ITU.—No de rodillas. . . alzáid. . . .

HOM.—Señor, pedimos audiencia. . . .
nos devora la impaciencia
por conocer la verdad.

Se dice que abandonais
al pueblo que os aclamó
su soberano, y creyó

[1] Este episodio pasó en el viaje que Iturbide hizo á Jalapa. El mismo Santa-Anna lo refería. La destitucion del mando que este último tenía en Veracruz, le obligó á proclamar la república, sin conviccion y sólo debido á su carácter inquieto y turbulento.

que cariñoso le amais.

ITU.—¿Que yo os abandono?

HOM.— Sí.

¿Por qué, si el pueblo os aclama
su libertador y os llama
su padre. . . .

ITU.— Quien siente así
merece la estimacion
que os profeso. Yo no sé
si en lo porvenir tendré
que abandonar el timon
de nave tan combatida,
mas si alguna vez os pierdo,
no dudeis: vuestro recuerdo
siempre halagará mi vida.

HOM.—Oíd lo que el pueblo piensa.

Antes que veros partir,
sabremos, señor, morir
en vuestra justa defensa.

ITU.—Ningun peligro cercano
me amenaza, os lo aseguro.

HOM.—¿No partireis?

ITU.— Del obscuro

porvenir, ¿quién ve el arcano?

Id tranquilos, sin temor. . . .

Me amais y estoy satisfecho.

Sólo reclamo el derecho,
en nombre de vuestro amor,

de exigir que respetéis
lo que yo mande y decida;
no creáis que nunca pida
sacrificios que podéis
juzgar injustos. . . .

HOM.— Señor!
mande vuestra majestád. . . .

ITU.— ¡Respeto á la autoridad!

PUE.— ¡Viva nuestro emperador!
(*Váse el pueblo.*)

ESCENA XVIII

Y ÚLTIMA.

Dichos, ménos el pueblo.

ITU.— (*A Echávarri.*)

El Brigadier Cortazar,
á disolver el Congreso.

(*A Santa-Anna.*)

Y vos, que mostrais exceso
de adhesion, id á entregar
el mando y volved aquí.
Os necesito.

STA. AN.— Vendré. . . .

(*Ap.*) Y entónces me sentaré
ante todos y ante tí! (1)

[1] Santa-Anna refirió que al despedirse de Iturbide en el camino de Jalapa á México, al ver desaparecer al Emperador trás una loma, dijo en tono de amenaza: «Veremos si nadie se sienta delante del Emperador.»

[*A Iturbide hipócritamente.*]
Dios guarde al Emperador.

ITU.— [*Yéndose por la derecha.*]

Hasta la vista, señores.

(*Santa Anna se despide con una inclinacion de cabeza y se va por el fondo.*)

ECHÁ.— (*Siguiéndolo con la vista.*)

De un monarca los favores
son el delito mayor.

TELON RÁPIDO.

Fin del acto primero de la segunda parte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

ACTO SEGUNDO.

—
¡EL DESPERTAR DE UN SUEÑO!

—
Personajes.
—

ITURBIDE.
DOÑA ANA MARÍA HUARTE.
EL PRÍNCIPE HEREDERO.
—
NAVARRETE, MINISTRO.
Pío MARCHA, (Capitan.)
UN AYUDANTE.

(Casa del Emperador Iturbide en Taj
cubaya. Salon amueblado y decora-
do con elegante sencillez. Puerta a-
®

fondo; dos ventanas á la izquierda y una puerta á la derecha. Mesa con escribanía y papeles esparcidos; una lámpara con velador, un sillón cerca de la mesa. Es de noche.)

—
ESCENA I.

Iturbide.

(Sentado ojeando papeles.)

¡El Plan de Casa Mata! ¡La república cuyo estandarte levantó Santa-Anna!

Al cerebro volcánico de ese hombre límite alguno á contener no basta.

No es rebelde al imperio á quien ser-
(vía;

es rebelde á sí mismo y á la patria

¿Acaso puede ser republicano de corazón, el hombre que proclama un sistema que ignora; que no sabe ni lo que significa esa palabra?

(Pausa y transición.)

¡Como sombras fatídicas de un sueño en mi agitada mente se levantan de dos terribles años las memorias, los hechos, los dolores y esperanzas, el conjunto fatal de mi destino que hacía el obscuro porvenir me
(arrastra!

(Sigue mirando papeles.)

¡Guerrero! Cortazar, Parres, Victoria y Echávarri también. ¡El! lo dudara si no estuviese aquí puesto su nombre! . . . (bre! . . . (1)

¿Por qué las decepciones nos arrancan los afectos profundos que formaron cuanto ambiciona de grandioso el alma? . . . (ma?

¡Amistades y amor! bellos tesoros que la perfidia de los hombres gasta y derrocha, y en cieno los convierte siendo de Dios la generosa dádiva.

¡Gloria, tronos, grandezas y ovaciones, imagen fiel de la miseria humana! Sólo el honor, la dignidad y el nombre deben limpios quedar de toda mancha.

[1] Iturbide en su manifiesto á la nación, fechado en Liorna el 27 de Septiembre de 1823, dice hablando del Brigadier Echávarri, que se puso de acuerdo con Santa-Anna para proclamar la República, lo siguiente:

“ Echávarri me había merecido las mayores pruebas de amistad le había tratado siempre como á un hermano, le había elevado de la nada en el orden político al alto rango que ocupaba, le había hecho confianzas como á un hijo mío y siento verme en la necesidad de hablar de él, porque sus acciones no le hacen honor.”

¡Salvemos el honor! Aún era tiempo
de que mi autoridad se respetara...
¿Quién lo puede impedir?... ¿Revo-
(luciones?..

estoy acostumbrado á sofocarlas,
á vencer enemigos poderosos,
á disputar la gloria con las armas...
Pero entónces, la voz de mi conciencia
con elocuente grito reprochaba
el juramento que ante Dios me impuse
al empuñar el cetro. ¿No la Francia
abandonó tambien á Bonaparte
en su cruel infortunio? ¿No las auras
de gloria que aclamaron á Bolívar
libertador, llevaron á su estancia
después el injurioso vocerío
de la turba asesina que llamaba
tirano al héroe, cuya noble sangre
quisieron derramar aquellas masas?...
¡Envidia! ¡ingratitude! Cáliz amargo
que apura el infeliz en la desgracia!

(Pausa reflexiva.)

¿He de verter, por conservar el trono,
á torrentes la sangre mexicana?...
No! perezca la púrpura: mi cetro
haré pedazos: dejaré mi patria...
Si fué ambicion lo que llevóme al sólio,
sea desprendimiento el que me aparta

de la Guerra civil. Habrá quien diga
que tuve miedo... ¡miedo!... sólo falta
que ahora, ¡vive Cristo! nueva injuria
tenga yo que apurar. No; tal infamia
no harán mis enemigos... ¡Dios Eterno!
mira la lucha que sostiene mi alma!

(Gae abatido en el sillón.)

ESCENA II.

Dicho y Doña Ana.

ITU.—*(Al oír el ruido trata de repo-
nerse.)*

Ah! ¿sois vos, esposa mía?...

ANA.—¿Por qué os encuentro tan páli-
[do?..

ITU.—¿Lo creis?... Razon no tengo.

ANA.—Yo juzgaba lo contrario.

Perdonad.

ITU.— Vamos, decidme,
padre y Agustin llegaron?

ANA.—Están en mi habitacion.

¿Quereis que llame?

ITU.— No. Acaso
después los vea.

ANA.— Pediros
quiero una gracia.

ITU.— Sentaos.

Una gracia vos, que todas

las teneis de vuestra mano?

ANA.—La que yo deseo ahora,
tan sólo de vos depende.

ITU.—De mí?

ANA.— Sí.

ITU.— Pues ya se entiende . .

Concedida está, señora.

ANA.— Quisiera por unos días
de la Côte descansar.

ITU.— ¡Vos! ¿Y por qué?

ANA.— Para estar
del bullicio y alegrías
que ya me abruma, distante;
os lo suplico.

ITU.— Y si yo
os suplicara que no
me dejarais ?

ANA.— Vacilante
entre vuestra voluntad
y mi deseo . . . no sé
pero mucho tengo que
roba mi tranquilidad,
en la corte

ITU.— (Ap.) Sí Leonor
Si supiera que la infame

[A Doña Ana con ternura.]

¿No basta que yo os ame?

ANA.— Si deveras el amor

fuera vuestra negativa

pero teneis demasiado

(Con intencion.)

con los negocios de Estado

lo veo, señor, en la activa

existencia que llevais:

y porque en tal existencia,

para mí la indiferencia,

para otros

ITU.— (Interrumpiéndola.)

Os engañais

(Se pone de pie; toma la mano de
Doña Ana, con cariño, y se acercan
á la ventana de la izquierda.)

Escuchadme. ¿Veis ahora

los primeros nubarrones

que anuncian ya los turbiones

de la estacion?

(Comienzan á escucharse truenos le-
janos, precedidos de algunos relám-
pagos.)

ANA.— Brilladora

del relámpago la luz

rasga la sombra á lo léjos;

ya lo veo: sus reflejos

alumbran negro capuz.

Pero, no hay analogía

entre esto y mi peticion.

ITU.—Pues figuraos que son
vuestra existencia y la mía;
cielo de sombra invadido,
valle que inunda el torrente,
árbol que dobla la frente
por el huracan herido.

Figuraos la verdad
en las intrigas políticas,
y os explicareis las críticas
luchas de la adversidad.

ANA.—Me asustais, señor....

ITU.— Yo mismo
me asombro de lo que pasa....

En derredor de esta casa
no hay, señora, sino abismo.
Apénas dueños por hoy
somos de este corto espacio,
desvaneciósse el palacio
y monarca ya no soy.

ANA.—¡Y me habíais ocultado
la verdad! ¿No desde Puebla
me dijísteis que era niebla
que se había disipado
aquella revolucion...?

ITU.—Jamás un día se parece
á otro.

ANA.—(Llorando.)

¡Dios mío! Si son

mis ruegos por vos oídos,
partamos de aquí; dejad
ese poder: renunciad
á todo, Señor....

ITU.— Perdidos

en la terrible marea
de opiniones encontradas
todos mis esfuerzos, dadas
están mis órdenes... Sea.
Dios lo quiere y es en vano
luchar con la Providencia.

ANA.—Sálvese vuestra existencia
y perezca el Soberano!

ESCENA III.

Dichos, un ayudante anunciando.

AYU.—El Ministro de Justicia
espera vuestro permiso
para entrar.

ITU.— Que pase.

(A Doña Ana.)

Dejadnos, os lo suplico.

(La tempestad continúa lenta.)

ESCENA IV.

Iturbide.

(Elevando los ojos al cielo.)

¡Señor, no digo que aceptes

~~es preciso decirlo~~
el último sacrificio,
porque no lo es para mí. . .
mas dame valor, Dios mío!

ESCENA V.

Dicho y Navarrete.

ITU.—Perdonad si os he obligado
á venir con esta noche.

NA.—¿Cómo puede haber reproche
en lo que habeis ordenado?

ITU.—Gracias, y tomad asiento.

NA.—¿Ante vuestra majestad?

ITU.—Las fórmulas hoy dejad.

NA.—Vos lo quereis.

ITU.— Lo consiento.

(Arrecia la tempestad.)

(Ap.) Oh! si la naturaleza
está de acuerdo en fingir
tormenta que el porvenir
amontona en mi cabeza.

(A Navarrete.)

Los jefes republicanos
rehusan toda conferencia
conmigo, aunque mi conciencia
me obligaba como hermanos
á tratarles.

NA.— Se comprende;
ninguno de ellos podría

miraros, ni sostendría
ojos que hablan.

ITU.— Depende
por fin, la resolucion
de nuestro neutral tratado,
de que cumpla lo pactado
el Congreso. La Nacion
quise yo de la anarquía
salvar, evitando así
que se dijera de mí
que gobernar no podía. . . .
No lo quisieron.

NA.— Señor,

al frente de vuestros fieles
poneos; nuevos laureles
ceñirá el emperador.

Venced, castigad, sois fuerte. . . .

Quién vuestro valor iguala?

ITU.—¿Luto! . . ¿sangre? . . no; la escala
descendamos, que la muerte
es preferible á escuchar
desde una alta posicion
la terrible maldicion
que nos viene á perturbar.
Mañana se ha de reunir
el Congreso nuevamente;
mañana solemnemente
[*Se levanta y toma un pliego.*]

es preciso decidir
de todo, la salvacion.
Tomad; dentro de este pliego,
con caracteres de fuego
va escrita mi abdicacion.

NA.—(Sorpresa.)
Vuestra abdicacion decís?...
¡Imposible!

ITU.— ¿Qué lo impide?

NA.—Vuestra conciencia no mide
el paso que decidís?

ITU.—El Cuerpo Legislativo
me dió el cetro y la corona,
se los devuelvo y me abona
para el paso decisivo
que doy, mi propio decoro.

NA.—Señor, pensad....

ITU.— Todo en vano.

Ni una frase más; es llano
que yo no quiero el desdoro.

(Toca una campanilla y se presen-
ta un ayudante.)

ESCENA VI.

Dichos, un ayudante.

ITU.—Llamad á mi hijo Agustín.

NA.—No busqueis nuevo tormento...

ITU.—Va á firmar un documento
que pone al asunto fin.

NA.—(Es muy grande en el dolor.)

ESCENA VII.

*Dichos y el Príncipe. Estosaluda á
Navarrete.*

ITU.—No podeis hoy comprender

• lo que es aún el deber
del súbdito y del señor.

Pero vais á demostrar
con un voluntario hecho
que renunciáis al derecho
que os permitía heredar
a corona que yo deajo. (1)

AGU.—Mía es vuestra voluntad.

ITU.—Nada somos ya.... firmad.

NA.—Qué haceis, señor?....

ITU.— Aconsejo

y practico del deber
la sagrada obligacion.

(El Príncipe firma.)

Esta es vuestra salvacion.

AGU.—Y con esto puedo ver
que ya no llore mi madre?...
ni mi abuelo?....

ITU.— Sí.

NA.—[Suplicante.]

Señor!....

[1] Este documento lo firmó en efecto el
príncipe, aunque no la misma noche de la ab-
dicacion [19 Marzo de 1823.]

ITU.—No os opongais, por favor,
á la voluntad de un padre.
(Truenos, relámpagos de la tempestad y á la vez algunas detonaciones lejanas de artillería.)

Qué es esto? Violan así
los rebeldes el tratado?

—
ESCENA VIII.

Dichos, Doña Ana que sale precipitadamente.

ANA.—Señor: ¿habeis escuchado?
Huid, por piedad!

ITU.— Aquí
permaneceré: el honor
ántes que todo, salvar
debo. Hasta aquí de llegar
no han de tener valor.

—
ESCENA IX.

Dichos y el Capitan Pio Marcha, que sale precipitadamente sin anunciarse.

MAR.—Pido á Vuestra Majestad
perdon por haber entrado
sin anunciarme.

ITU.— Cuitado
estais; pronto . . . hablad.

MAR.—Ordenad, señor, que luego
con vuestros fieles soldados
bata yo á los sublevados
que rompen activo fuego
sobre nuestras avanzadas
que de Armijo han contenido
la marcha.

ITU.— Hemos oído
las detonaciones.

MAR.— Dadas
Vuestras órdenes, señor,
Os juro que

ITU.—*(Interrumpiéndole.)*
Capitan,

creedme; no avanzarán.

NA.—Ordenadle por favor . . .

ITU.—*(A Marcha.)*

Vais á evitar el conflicto
y que más sangre se vierta.

MAR.—¡Señor!

ITU.—¡Capitan! La puerta
tienen franca. El interdicto
rompen y le son infieles.

MAR.—Si con la mayor presteza
os poneis á la cabeza
de vuestros amigos fieles,
el triunfo nuestro será.

ITU.—(*Poniendo familiarmente la mano en el hombro de Pío Marcha.*)

Capitan, ya no es misterio:
la hora postrer del imperio,
muy en breve sonará.

MAR.—¡Ah!!

ITU.— Partid; obedecedme
y de vuestro afecto en nombre
no al Monarca, sino al hombre
tended la mano. Ofrecedme
(*Le estrecha la mano que Marcha le tiende.*)

impedir que siga el fuego;
mañana iremos en pos
de nuevo destino. Adios!

MAR.— Señor. . . .

ITU.—(*Señalando la puerta.*)

Partid; os lo ruego!

TELON LENTO.

FIN DEL ACTO SEGUNDO DE LA SEGUNDA PARTE.

ACTO TERCERO.

LA PROSCRIPCION.

Personajes.

ITURBIDE.	DOS OFICIALES.
DOÑA ANA.	UN JAROCHO.
D. JOAQUIN DE ITURBIDE.	EMPLEADOS DE LA ADUANA DE VERACRUZ.
VARIOS NIÑOS, (hijos de D. Agustin.)	SOLDADOS DE BRAVO Y SOLDADOS FIELES A ITURBIDE.
BRAVO.	DOS SACERDOTES.
VICTORIA.	VARIAS PERSONAS QUE ACOMPAÑAN A ITURBIDE.
EL P. MARCHENA	
D. PEDRO DEL PASO Y TRONCOSO.	

ITU.—(*Poniendo familiarmente la mano en el hombro de Pío Marcha.*)

Capitan, ya no es misterio:
la hora postrer del imperio,
muy en breve sonará.

MAR.—¡Ah!!

ITU.— Partid; obedecedme
y de vuestro afecto en nombre
no al Monarca, sino al hombre
tended la mano. Ofrecedme
(*Le estrecha la mano que Marcha le tiende.*)

impedir que siga el fuego;
mañana iremos en pos
de nuevo destino. Adios!

MAR.— Señor. . . .

ITU.—(*Señalando la puerta.*)

Partid; os lo ruego!

TELON LENTO.

FIN DEL ACTO SEGUNDO DE LA SEGUNDA PARTE.

ACTO TERCERO.

LA PROSCRIPCION.

Personajes.

ITURBIDE.	DOS OFICIALES.
DOÑA ANA.	UN JAROCHO.
D. JOAQUIN DE ITURBIDE.	EMPLEADOS DE LA ADUANA DE VERACRUZ.
VARIOS NIÑOS, (hijos de D. Agustin.)	SOLDADOS DE BRAVO Y SOLDADOS FIELES A ITURBIDE.
BRAVO.	DOS SACERDOTES.
VICTORIA.	VARIAS PERSONAS QUE ACOMPAÑAN A ITURBIDE.
EL P. MARCHENA	
D. PEDRO DEL PASO Y TRONCOSO.	

CUADRO PRIMERO.

Sala del alojamiento de Iturbide en Tulancingo. Puerta al fondo y laterales. Un balcon á la izquierda. Muebles sencillos

ESCENA I.

Iturbide de pie, cerca del balcon. D. Joaquin y Doña Ana, sentados en el lado contrario. Se escuchan hácia sse lado algunas detonaciones.

ITU.—¡Ah! lo que yo me temía.
(*Se oyen gritos dentro, de ¡Viva el Emperador!*)

JOA.—¿Qué sucede?...

ITU.— Los soldados que nos acompañan fieles, y el pueblo, se sublevaron contra la escolta.

ANA.— ¡Dios mío! qué desgracia! Retiraos del balcon.

ITU.—(*Ap.*) El infortunio tiene tambien sus halagos.
(*Bravo que sale muy agitado por el fondo.*)

ESCENA II.

Dichos y Bravo.

BRA.—El gobierno permitió que siguieran vuestra marcha oficialidad y tropa que su adhesion demostraban acompañándoos.

ITU.— Y bien; ¿qué mal han hecho?

BRA.— Que acaban de promover un motin, sofocado por las armas de la república! ¿Qué significa esta asonada?

ITU.—Adhesion: vos lo decís, yo sostengo la palabra.

BRA.—Permitir ya no me es dable adhesiones tan extrañas.

ITU.—Estais en vuestro derecho y ejecutad como os plazca las órdenes que teneis, y sólo os pido que nada hagais en contra de hombres que sinceramente me aman.

BRA.—Yo soy el ejecutor de voluntad soberana hacia un reo del Estado.

JOA.—(Ap.) ¡Qué situacion tan amarga!

ITU.—(Con noble dignidad.)

Señor Brigadier, yo mismo
os escogí para guarda
de mi persona, fiado
en vuestra nobleza de alma.

No escoltais á ningun reo,
acompañais á un monarca
que al abdicar la corona
por voluntad espontánea,
creyó que le guardarían
lo que pide la desgracia:

respeto. ¿Me habré engañado? [1]

BRA.—Como se suceden tantas
rémoras y contratiempos,
que parecen estudiadas

ITU.—Os prohibo que dudeis
de mi lealtad!

BRA.— Con las armas
evitaré todo intento
á que gentes obcecadas
den lugar.

ITU.— Como gustéis
(Váse Bravo bruscamente.)

ANA.—(Ap.) Su sola vista me daña!

[1] Es de extrañarse que Bravo obrase así con Iturbide, cuando éste al escogerlo para que lo escoltase le hacía merecida honra. Sólo puede disculpar á Bravo la pasion politica.

ESCENA III.

Dichos ménos Bravo.

ITU.—Ni el respeto á la mujer
y al anciano han contenido
á quien más noble juzgué
de todos mis enemigos!

ANA.—Procurad que aceleremos
nuestra partida. (Ap.) ¡Dios mío!
tanta humillacion; siquiera
no la han tenido mis hijos!

ESCENA IV.

Dichos, Pío Marcha, un sargento y
un cabo.

MAR.—Permitís, señor?

ITU.— ¡Ah! . . . ¿Vos? . . .
¿qué os pasa?

MAR.— Que el Brigadier
mandó desarmarnos.

ITU.— Bien;
obedecedle.

MAR.— Señor

SAR.—Pero si eso es imposible.
Vuestra majestad

ITU.— ¡Silencio!

MAR.—Salvaros el pueblo pide.

ITU.—Pero yo admitir no debo.
Consumad el sacrificio

como yo lo he consumado.
Volveos, amigos míos,
á vuestros hogares. Vamos:
(Profundamente conmovido.)
recibid del compañero
de días más venturosos,
el último abrazo.

[Los abraza.]

MAR.— Al menos
permitid que en el penoso
viaje que emprendéis, sigamos
como siguen los lebreles
do quier los pasos del amo
que los acaricia y quiere. . . .
(Se enjuga los ojos.)

ANA.— ¡Almas generosas!

ITU.— Marcha,
debeis quedaros; el cielo
ha de querer que en la patria
otra vez juntos estemos.
(Se oye ruido de armas por el fondo. Se abre la puerta de él; penetra un oficial, quedando en ella los soldados armados que trae consigo.)

ESCENA V.

Dichos, oficial y tropa.

ITU.— ¿Qué es esto? . . .

OFI.— Señor: por orden
del Brigadier, las personas
que en esta casa se encuentran
y ninguna de ellas forma
parte de vuestra familia,
deben seguirme.

(Pío Marcha, el sargento y el cabo hacen un movimiento para arrojar-se sobre el oficial, pero Iturbide los contiene con una mirada.)

ITU.— *(Dominándose profundamente.)*

Bien: ¿todas?

OFI.— Sin excepcion.

ITU.— *(Señalando la puerta.)*

Vuestras órdenes

ejecutad.

(Penetra el oficial por la derecha.)

Gota á gota

el cáliz váse apurando!

(Pasado un momento salen por la derecha dos ó tres caballeros, dos sacerdotes y los hijos de Iturbide.)

ANA.— *(Arrojándose sobre sus hijos y apartándose con ellos á la derecha, protejiéndolos.)*

Hijos míos! no!
OFI.—(Ap.) Penosa
comision.

ITU.—(A todos los que tienen que salir.)

Señores, gracias.
De separarnos la hora
llegó: vuestro fiel recuerdo
conservará mi memoria.

¡Adios!

UN SAC.— El cielo os bendiga.
(Todos se despiden conmovidos de Iturbide y marchan en silencio. Iturbide los sigue con la vista y se despide por última vez. Pío Marcha sale el último.)

MAR.— Aunque me aguarde la horca . . .

¡Que viva el emperador!

ANA.— ¡Adios, alma generosa!

(Váse Marcha.)

ESCENA VI.

Iturbide, D. Joaquin, Doña Ana y los niños.

JOA.— También es ya preciso que yo [parta.

ITU.— ¿Vos? . . ¡ah! si, es verdad, ¿cómo (exponeros

á viaje tan penoso? . . mas, creedme; seríais vos en mi dolor, el cielo de serena mirada que calmase las tormentas horribles del destierro.

JOA.— Mi bendicion te seguirá doquiera. (ra.

Ella es, Agustin, último aliento de una llama que muere. . . .

ITU.— ¡Padre mío!

JOA.— Y que ya no verás en este suelo.

(Se abrazan y lloran.)

(Iturbide se arrodilla: Doña Ana y los niños lo imitan: D. Joaquin, de pié, eleva las manos al cielo, luego las posa sobre las cabezas de Iturbide y Doña Ana.)

¡Dios Eterno! Bendícelos y acepta mi postrer sacrificio! Sí, protéjelos; que la mar los aleje de borrascas políticas, llevándolos al puerto donde sean dichosos!

ITU.— (Elevando sus ojos al cielo.)

Su existencia
consérvame, Señor: yo teloruego! . .
(D. Joaquin se va lentamente; los niños le siguen y al llegar á la puerta del fondo, los besa por última vez. Iturbide y Doña Ana permanecen de rodillas.)

MUTACION.

CUADRO SEGUNDO.

La escena representa por el fondo y laterales en perspectiva el «Paso de San Vicente» en el «Río de la Antigua,» que se verá en el fondo; algunos botes, y chozas á derecha é izquierda; camino á uno y otro lado.

ESCENA I.

El P. Marchena y un Jarocho saliendo por la derecha.

MAR.—Sois torpes y mereceis la horca, más que la paga; perder así la ocasion....

JAR.—Vuestra mercé no contaba con que entre tanto soldao como á Iturbide acompaña era imposible. Se hizo lo que se púo....

MAR.—Sí; falta lo que se debió hacer.

No sé cómo aquí proclaman odio al tirano y pudiendo darle muerte se os escapa de marcharse al otro mundo.

JAR.—Vuestra mercé tenga calma

y ejcuche. Loj capitanej Brito, Troncoso y Villaá, no dejaron por la noche ni un momento abandonaás laj portañuelaj malditaj de la calesa y la tabla que tienen detráj loj cochej.

MAR.—¿Y el oficial que á la estancia introdujiste despues, que hizo, pillastre?

JAR.—Naá.... el mijmísimo Iturbide lo sorprendió y....

MAR.—(Aparte.) ¡Canallas! ¿A dónde está el oficial?

JAR.—Lo llamaré.

MAR.—Sí, despacha. [Le da de una bolsita.] Toma y silencio.

JAR.—Dejcuide vuejtra mercé. (Yéndose.) Tiene un (alma

el frailecico....

MAR.—¿Murmuras?... pronto el oficial. Acaba. (Váse el jarocho.)

ESCENA II.

Marchena, solo.

¡Ah! tenía razon el padre Mier.
Para Iturbide, horca, no destierro: (1)
cortar esa cabeza que ha de darnos
trabajo dominar. ¡Perder el éxito
de tan brillante obra estos bandidos!
¡Monarca improvisado! Ya veremos
si escapais de mimano. La venganza
arde en mi corazon: hierve en mi pe-
cho!
Política y amor, son el abismo
que á los dos nos separa. Yo no pue-
do
perdonar desengaños que en el alma
serpientes son de matador veneno
que roén mi existencia de precito..
Política febril, ardientes celos,
en mi ardoroso corazon el odio
en momentos de lucha introdujeron!
Lo veré convulsivo ante mis plantas,
piedad pedir en su postrer momento!

[1] Histórico. El Padre Mier decía que de-
bían ahorcar á Iturbide, no desterrarlo.

ESCENA III.

Marchena, un oficial.

OFL.—Estoy á vuestras órdenes.

MAR.—(*Serenándose.*)

Faltado

habeis á la consigna, caballero.

OFL.—Contra mi voluntad. . .

MAR.— O por sobrada

cobardía. . .

OFL.—(*Llevando la mano á la espada.*)

Señor, yo no tolero. . .

MAR.—(*Haciendo un signo misterioso
con la mano sobre el pecho.*)

OFL.—(*Ap.*) ¡El hermano terrible!

[*A Marchena.*]

Perdonadme. .

MAR.—¿Podreis obedecer lo que os or-
(deno?)

OFL.—Mandad lo que gustéis.

MAR.—(*Mirando á todos lados y en voz
baja y reconcentrada.*)

A la fragata

Rowlings que surta en el cercano

(puerto

ha de darse á la vela para Europa
al proscrito Iturbide conduciendo,
ireis en el acto. Entre la gente
que la tripula, ved al despensero

y haciéndole este signo, le direis,
(*Le hace un signo, y le da un pequeño pomo de cristal.*)
que de este frasco el contenido luego vierta en una botella preparada con medicina, que usa el prisionero diariamente, ¿lo oís?

OFI.— ¿Y si rehusa?..

MAR.—Bastará que digais que yo lo ordeno. (1)

[*Le indica que se retire, y se va por la izquierda.*]

ESCENA IV.

Marchena.

Nunca dirá la Lógia «Arquitectura moral,» que tuvo á la venganza miedo el «Hermano Terrible.» No, por Cristo! Ni tampoco Alaman que soy inepto para desempeñar las comisiones

(1) Algunos autores convienen en que se pretendió asesinar á Iturbide en el camino y que tambien se envenenó, una botella de amargos de Inglaterra que usaba Iturbide por medicina. D. José Ramon Malo, testigo ocular, lo refiere en sus memorias.

encomendadas á mi ardiente celo. (1)
¡Yo seguiré incansable su camino!
¡Yo he sido y seré, la sombra, el genio del sañudo destino que acompañe á Iturbide doquier para perderlo!
Ahora, á Veracruz, al mar, á Europa, á los antros candentes del infierno hasta lograr el fin. ¡Tiembra, guerrero, libertador, amante, soberano...
¡Gran Oriente seré si con tu sangre pago á la Lógia mi supremo grado!
(*Váse lentamente por la izquierda.*)

MUTACION.

CUADRO TERCERO.

Embocadura del «Río de la Antigua» cerca de Veracruz. En el fondo último término, anclada la Fragata «Rowlings;» en la orilla 2º término, el bote que espera á Iturbide y su familia. Algunas chozas á las márgenes del río en ámbos lados. A la izquierda la tropa que custodia á Iturbide. Saldrán á poco por la derecha varios mozos cargando el

(1) Véase la correspondencia del P. Marchena á D. Lucas Alaman.

equipaje de Iturbide, y por la izquierda dos guardas de la Aduana de Veracruz.

ESCENA I.

Mozos, Guardas y Tropa.

GUAR. 1º—Os digo que el equipaje hemos de ver sin tardanza; las órdenes son precisas y órdenes son de la Aduana.

MO.—Presentadlas por escrito para saber si se acatan.

GUAR. 2º—Ea, quitad! . . Romperemos los cofres . . vamos, en marcha.
[*Tratan de forzar las cerraduras.*]

ESCENA II.

Dichos é Iturbide.

ITU.—¿Qué es esto? . . ¿qué haceis?

GUAR. 1º— Cumplir las órdenes de la Aduana.

ITU.—[*Ap.*] Cuanta humillacion!

GUAR. 1º— Se dice que aquí conducen á Italia las riquezas nacionales.

ITU.—¡Vive Dios! de insultos basta! . .
(*Domínase de pronto y se dirige al jefe de la escolta.*)

Señor oficial, os ruego impidais que se nos abran estos cofres y avisad al Brigadier que deseara verlo aquí, para entregarle las llaves y con la Aduana cumplir.

OFI.— Con vuestro permiso
(*Ap.*) Es muy justa su demanda.
[*Váse el oficial.*]

ESCENA III

Dichos, ménos el oficial.

ITU.—Es así como se cumplen de la Sábía Providencia los mandatos, los castigos de su Justicia Suprema
¡El hombre! . . ¡Cuántas ruindades!
¡El hombre! . . ¡Cuántas grandezas!
Y siempre materia y alma entre humildad y soberbia!

ESCENA IV.

Dichos, Bravo y Oficial.

BRA.—Me teneis á vuestras órdenes.

ITU.—Gracias. Me dicen ordena la Aduana, que se revise mi equipaje, porque lleva

los tesoros de la patria
 al extranjero. En presencia
 del Señor Bravo, que se abran
 los cofres y las riquezas
 robadas devolvereis
 á quienes les pertenezcan.
 Tomad las llaves.

[Dádoselas.] (1)

BRA.—[Mirando con enojo á los guardas, y mordiéndose los labios.]

— ¡Señor!

perdonad; estas severas
 órdenes, á vos no atañen.
 Guardad vuestras llaves.

ITU.— Sea

BRA.—[A los mozos.]

• Podedis trasportar á bordo
 los equipajes. (A Iturbide.) Espera,
 para zarpar la fragata,
 vuestras órdenes.

ITU.—[Haciendo una inclinacion de cabeza.]

En ella
 pronto estaremos.

BRA.—(A los guardas.)

(1) Toda esta escena es rigurosamente histórica. Bravo libró á Iturbide de esta humillacion.

Marchaos. [Se van.]

[A Iturbide.]

Servido está su excelencia.

(Váse Bravo.)

(Los mozos llevan el equipaje al bote, quedando en escena Iturbide, Oficial y tropa.)

ESCENA V.

Iturbide. (Paseando, abatido.)

Ayer, esplendor y gloria,
 hoy soledad y abandono:
 mañana, acaso el encono
 denigrando mi memoria
 Pero nunca de la historia
 podrá mi patria borrar,
 que si no la pude dar
 la dicha que yo anhelé,
 con amor la emancipé
 y supe su honor salvar.
 ¡Pobre, infeliz, desterrado
 voy de mi patria muy léjos,
 y apenas vagos reflejos
 de su sol idolatrado,
 mostrarán á mi cuitado
 corazon, en lontananza,
 el único bien que alcanza
 á ver en su nostalgia

quien apura la agonía
de su dolor. ¡Esperanza!
Esperanza de volver
á morir donde nací,
bajo este cielo ¡ay de mí!
que voy á dejar de ver!
*(Transición súbita encargada á la
inteligencia del actor.)*

Si me arrebatara el ser
en su cólera ese mar!
fuera mejor descansar
en esa tumba gigante
que tener siempre delante
un pasado que llorar!

ESCENA VI.

Dicho, Doña Ana.

ANA.—Paréceme haber oído
la voz de Bravo?

ITU.— En efecto,
acaba de retirarse.

ANA.—¿Y pretendía . . . ?

ITU.— De nuevo
anunciar que la fragata
nos espera.

ANA.— Lo celebro.

Estais muy triste?

ITU.— Razon,

Ana, para estarlo tengo.

ANA.—Si pensais en los peligros
de que nos salva el destierro,
no lo estaréis. La corona
—os lo dije bien á tiempo,—
pesa mucho en la cabeza. . . .
¿os acordais?

ITU.— No es el cetro
que empuñó débil mi manó
y espontáneamente pierdo
lo que me inspira tristeza.
*(Comienza á oírse el ruido que pro-
duce el mar que empieza á agitarse
cuando sopla el viento Norte; este
ruido seguirá hasta fin del cuadro.)*
Es, Ana mía . . . No hablemos
más del asunto. Decidme:
¿queréis que partamos?

ANA.— Luego.

ITU.—No está la mar muy tranquila . .

ANA.—¿Qué importa? Soportaremos
el enojo de las olas
mejor que los elementos
que se amontonan en tierra
contra nosotros.

ITU.— Marchemos.

ESCENA VII.

Dichos, el Gral. Victoria y D. Pedro del Paso y Troncoso, que salen por la izquierda.

ITU.—[Yendo á encontrarlos.]

Ah, señores: no creía en esta hora suprema ver á mi lado un amigo que de mí se despidiera.

VIC.—Son dos en lugar de uno: ya lo ve vuestra excelencia.

ANA.—Gracias por tanta bondad.
(Iturbide y D. Pedro hablan en voz baja.)

VIC.—¿Vais luego á partir?

ANA.— Quisiera haberlo hecho desde ayer; he sufrido tanto!

VIC.—(Aparte.)

Apena verlos padecer así.

[A Doña Ana.]

Pero amenaza tormenta; mirad. . . .

[La señala el mar.]

ANA.— Sí, furioso norte.

Se aplacará; hay en tierra borrascas más peligrosas

y que la calma aparentan.
Permitid. . voy por mis hijos.
(Váse.)

ESCENA VIII.

Dichos ménos Doña Ana.

ITU.—(A D. Pedro que le da varias cartas.)

Os doy los gracias y espero pronto poderos pagar el favor. . . .

PE.— No hay que hablar de favores.

ITU.— El dinero es dinero, amigo mío.

[A Victoria.]

Y á vos?

VIC.— A mí?

ITU.— Qué os dijera que en lo porvenir cumpliera, si lo veo tan sombrío?

VIC.—El recuerdo y amistad son las dádivas mejores.

ITU.—[Estrechándole su mano.]

Contad con ellas, sus flores crecen en la adversidad.

Y si algo pueden valer

para vos, en la memoria,
Señor General Victoria,
guardadlas.

VIC.—[*Conmovido.*]

Es mi deber.

ESCENA IX.

Dichos, D^a Ana y sus niños.

ANA.—Estamos dispuestos.

VIC.—(*Ap. mirando el grupo.*)

Ah!

quisiera no haber venido.

ITU.—(*Aparte.*)

¡Dios mío! tú lo has querido!

ANA.—Nada nos detiene ya.

[*A Victoria.*]

Señor General, en pos
vais de fortuna y de gloria,
conservad en la memoria
nuestro postrimer adios.

Yo, jamás olvidaré,
séame el cielo testigo,
que sois el último amigo
que en esta tierra encontré.

Teneis alma generosa,
y Dios os bendecirá.

VIC.—El, Señora, cuidará
vuestra existencia preciosa.
(*En estos momentos se escucha gran
alboroto en la fragata y baja á la
playa un marinero despavorido.*)

ESCENA X.

Dichos y un marinero.

ITU.—¿Qué alarma es esa?

MARI.— Señor,
que ha muerto envenenado
de vuestra excelencia un criado.

ANA.—¡Ah!

ITU.— ¿Cómo?

MARI.— Con un licor
que preparó el despensero
con amargos de Inglaterra
para vos. . . .

VIC.— Que venga á tierra
el infame.

MARI.— Ya en velero
buque partió, acompañado
del padre Marchena. El dió
el veneno y se embarcó
al ver moribundo al criado.

ANA.—Infame! Partamos ya,
os lo suplico.

ITU.—(A Victoria y Troncoso.)

¡Que Dios

os acompañe!

PE.—

¡Y á vos

os proteja!

VIC.—

El salvará

de peligros vuestra vida.

[Despedida breve y emocionada para todos. Iturbide y su familia suben al bote, llegan á la fragata y permanecen de pie vueltos hacia Victoria y D. Pedro. A poco suena el pito de maniobra y luego el cañonazo de partida. D^a Ana y los niños se arrodillan, quedando de pie Iturbide, quien saluda con el pañuelo.)

ITU.—¡Adios!

VIC.—

¡Ha muerto una idea!...

PE.—

¡Quiera el cielo que no sea eterna su despedida! (1)

(La fragata se aleja lentamente;

(1) El Gral. Victoria y D. Pedro del Paso y Troncoso fueron los únicos amigos que acompañaron á Iturbide antes de embarcarse. Iturbide regaló á Victoria un reloj, y éste á Iturbide una mascada que conservó hasta su muerte.

Victoria y D. Pedro se despiden por última vez. El oficial de la escolta ordena la marcha, suena un redoble de caja y la tropa desfila.)

Telón lento.

FIN DEL TERCER ACTO DE LA SEGUNDA PARTE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTO CUARTO.

ACTO CUARTO.

PADILLA.

Personajes

ITURBIDE.

BENESKI.

D. FELIPE DE LA GARZA.

EL P. MARCHENA.

EL P. GUTIÉRREZ DE LA

R.A. (Presidente del

Congreso de Tamau-

pas.)

D. GORDIANO CASTILLO,

(Ayudante de Garza.)

D^a ANA.
PÍO MARCHA.
ESPINO.
MARINEROS Y TROPA.

CUADRO PRIMERO.

La escena representa la rada de «Soto la Marina.» En el fondo el mar y anclado en él, el bergantín «Spring» en el que vino Iturbide. Chozas de pescadores á derecha é izquierda. Salidas por el foro derecha: entradas foro izquierda.

ESCENA I.

Aparecen el P. Marchena y Espino.

MAR.—Decíais que regresó al bergantín el inglés que al General de la Garza esta tarde vino á ver?

ES.—Hará poco más ó menos una hora.

MAR.—(Ap.) Me retardé.
[A Espino.]

Y que le diera permiso del desembarque sabéis?
ES.—Mostrómelo en toda regla.
MAR.—(Ap.) Es extraño! Yo veré á Garza. (A Espino.) Escuchad: se (sabe que disfrazado de inglés D. Agustín de Iturbide viene á México.)

ES.—Pardiez!
¡Iturbide! No lo creo.

MAR.—Lo dicen y yo lo sé.

ES.—Entonces . . . ?

MAR.—Si desembarca, lo mandareis aprehender.

ES.—Yo?

MAR.—Sin duda: hay un decreto que vos debéis conocer, por el cual se le declara traidor, fuera de la ley, si bajo cualquier pretexto aquí pretende volver.

ES.—Consultaré al comandante.

MAR.—Consultad y obedeced si haceros reo de Estado con el reo no queréis.

Id; que yo, dentro de poco, á Padilla partiré,

y si no cumplís, pudiera
pesaros.

Es.— Puedo saber
quién sois vos para ordenar?....

MAR.— Soy un fraile; ya lo veis.

Es.— Pero, vuestro nombre....?

MAR.— Basta
que conozcais mi poder:

y si dudais, imponeos
de lo que vale. Leed.

(Le da un papel.)

Es.— *(Leyendo.)*

(Fray José María Marchena....

Lógia del Rito Escocés.....

Agente.... Hermano Terrible....

Poderoso debe ser;

pero yo no entiendo nada

de cuanto dice el papel.)

Tomad, padre..... convencido
estoy.

MAR.— ¿Obedeceréis?

Es.— Llegado el caso.. *(Ap.)* Veremos.

(A él.) Con vuestro permiso iré
para ver al comandante.

MAR.— Id y cuando regreseis,
no perdais el bergantín
de vista.

Es.— Vigilaré. *(Váse.)*

ESCENA II.

Marchena.

(Dirigiéndose á la orilla del mar.

Comienza á declinar la tarde.)

Ya estás en mi poder: seguí tu huella
y pude adelantar la travesía,

vigilando tus pasos en Europa,

como Satán al pecador vigila,

sabiendo desde allí de tus parciales

para volverte el trono las intrigas...!

Ven á ver ese trono: de Damócles

sobre él está la espada suspendida..

Pon en tierra tu planta.. no vaciles,

que si á venir á México te animan

tus viles partidarios; sus esfuerzos

no evitarán de la venganza el día!...

[Baja al centro del proscenio.]

Yo gozo con el mal: en él encuentro

un bien que satisface, que me incita

á consumir el crimen; que arrebató

mi libertad; mi libertad omnimoda

hasta romper el límite que pone

á la conciencia, la moral mentida!

Aborrezco á Iturbide, porque entraña

las ideas absurdas, las doctrinas

que la Francia mató, vertiendo sangre,

al golpe destructor de la cuchilla!...

Yo perdonara, acaso, en el político

el error de monárquicas teorías! . . .
pero al que arrebatóme afortunado
de Leonórel cariño. . . ? no, . . . mentira!
Ya no será mi mano la que corte
el hiló aborrecible de su vida:
será la ley, la ingratitude humana
con el disfraz de nacional justicia!
Nada la forma significa: muere . . .
porque debe morir: si no, sería
para la libertad, una amenaza,
que tolerar no debe la política.
[*Vuelve á la orilla del mar: ha obs-
curecido y sólo alumbra la escena
el crepúsculo y la luna en sus pri-
meros reflejos.*]

Un bote se ha desprendido
del bergantin. Los remeros
vigorosos, enderezan
hacia acá la proa. Ellos
deben ser. ¿Oculto
los veré llegar? . . . No; debo
adelantarme á Padilla . . .
trabajar en el Congreso.

(*Sale Espino por la derecha.*)
Aquí está mi hombre, bien;
secundará mis deseos.

ESCENA III.

Dicho y Espino.

MAR.—(*Llevándolo de la mano hacia
el mar.*)

¿Distinguí un bote?

Es.— Sí.

MAR.—Acaso en él venga el reo.

Es.—Descuidad.

MAR.— Voy á Padilla.

Si no cumplís.

Es.— Ya comprendo.

[*Vase Marchena.*]

ESCENA II.

Espino.

Por Dios que yo no me explico
de este fraile los deseos,
ni que tenga de aprehender
á Iturbide tanto empeño.

¡Iturbide! sueña el fraile.

¿Cómo ha de venir á México
si sabe que aquí le aguarda
tan fulminante decreto?

El salvoconducto ví
me lo mostró el extranjero
y en él dice: *dos ingleses*.
y por qué no han de serlo?
(*Frotándose las manos.*)

Está la brisa pesada
Voy á regresar al pueblo,
que al fin deben ir allá
en busca de alojamiento.

(Va hacia el mar.)

Pero ya se escucha cerca
el golpear de los remos.
Me ocultaré entre la sombra.

[Va distinguiéndose el bote.]

Ya están aquí: serán ellos? . . .

[Se oculta y el bote se atraca á la orilla.]

—
ESCENA V.

Espino oculto: Iturbide y Beneski, embozados. Saltan á tierra.

BE.—Nadie . . . solos por fortuna.

ES.—*[Oculto.]* No tanto.

ITU.—*[Dirigiéndose á los marineros.]*

Jorge, regresa
al buque, y dí á la señora
que nos quedamos en tierra.

(A Beneski.)

Dispusisteis los caballos?

BE.—Cerca de aquí nos esperan.

ES.—*[Oculto.]* Pero si hablan español
estos ingleses . . . Si fuera . . .

ITU.—Vamos, Beneski. ¡Dios mío!

ya que tu bondad suprema
me permitió que á la patria
el desterrado volviera
tú, que ves mi corazon,
proteje mi noble empresa.
[Vanse por la izquierda.]

—
ESCENA VI.

Espino saliendo de su escondite.

El es; no hay duda: veré
al comandante y de cerca
lo seguiremos razon
tenía el padre Marchena. (1)

(Cae un teloncillo.)

[1] Los historiadores están de acuerdo en que quien conoció á Iturbide en Soto la Marina por la manera airosa de montar á caballo, fué el Teniente Coronel D. Juan Manuel de Azúnzulo, que casualmente se encontraba allí de paso. Comunicó su certeza al Cabo del Resguardo Jorge Espino, quien destacó dos dragones en seguimiento de Iturbide. El autor pone aquí al P. Marchena, porque fué el constante espía de aquel, y quien lo siguió á Europa por orden de D. Lucas Alaman, Ministro de Relaciones en aquella época.

MUTACION.

CUADRO SEGUNDO.

Aparece la antesala del Congreso del Estado de Tamaulipas en San Antonio Padilla. Puerta al fondo y laterales.

ESCENA I.

Garza y un oficial, por la izquierda.

GAR.—(Aparte.)

Es posible que la esposa de Iturbide, acompañada de varias personas, llegue. Conducidlos á la sala que cerca de la prision está.

OFI.— Bien.

GAR.— Y vigiladla.

(Váse el oficial.)

ESCENA II.

Garza, sumamente preocupado.

¡Fatal incertidumbre! Continúa

la sesion del Congreso. Son las doce

(Ve el reloj.)

y no he podido aún saber el fallo. Inapelable debe ser. Pasiones, política, partidos; hervoroso cráter que agitan ódios y rencores, ó justicia quizá, levanta airado contra la sola personalidad de un

(hombre,

llama voraz que consumirlo espera! De este caos terrible, los horrores asaltan mi conciencia y me repre-

(den

debilidad, temor, vacilaciones, ligereza fatal en darle el mando de tropas mías, que confiado y noble aceptó, para verse conducido como reo despues á estas prisiones. Pude haber evitado la catástrofe devolviéndolo al buque. Pero entón-

(ces

yo sería el reo en quien cayese el rigor de la ley. ¡Horrible noche la del remordimiento! ¡Cruel batalla que libran aquí dentro los dolores, la conmiseracion y el egoismo. . . . Haré el postrer esfuerzo. Ese hombre ignoraba el decreto; es inocente. .

Lo sostendré aún. Escucho voces.. [1]
(Se acerca á la puerta del fondo, á tiempo que sale de ella el Padre Lara.)

—
ESCENA III.

Garza y Lara.

GAR.—Ah! padre: ya terminaron?

LA.—No, porque están divididas las opiniones.

GAR.—(Con ansiedad.)

Y vos
que decís?

LA.—Opinion mía es que Iturbide ignoraba el decreto y en justicia, aplicársele no debe.

GAR.—(Ap.) Es verdad.

LA.—Lo que decida el Congreso, lo sabreis muy pronto. (Ap.) Viva impresion se le nota.

GAR.—Vos, el presidente.

[1] Garza fué débil y esta circunstancia perdió á Iturbide. En rigor aquel general no obró lealmente ante su conciencia, por más que pretenda disculparse de la manera con que procedió con el hombre á quien estaba obligado.

LA.— Miras de otro género, mi voto han hecho que salve. Obliga al sacerdote el deber.

¡Adios! (1)

GAR.— ¿Os vais?

LA.— Me contristan ciertas cosas; General, quedad con Dios.

GAR.—(Saluda maquinalmente.)

El me asista.

La.—(Al irse.) (Ap.)

Su preocupacion es justa; el asunto se complica.

ESCENA IV.

Garza.

Acabe la incertidumbre; voy á la sesion; pondré todos los medios que cumple al hombre honrado poner.

(Váse por el fondo.)

[1] No votó la muerte de Iturbide y esto dió lugar á que se admitiera el absurdo de que siete es mayoría de doce y esta mayoría condenara á muerte á Iturbide. ¡Lástima que el acta se haya perdido ó la hayan quemado sus autores!

ESCENA V.

Un oficial por la derecha con un pliego.

OFI.—¡Ah! no está mi general. . . .

¿Qué haré? . . . las amenazas
de las tropas y el pueblo
tienen á todo en alarma.

Por la suerte de Iturbide
inquietos llenan la plaza
y mucho temo que intenten
un conflicto con las armas.

¡Oh! no pueden olvidar
pueblo y tropa á su monarca,
á su ídolo. Dos años

hace que le coronaban
con gran pompa, en Catedral:
cuán rápidamente cambia
el destino de los hombres!

*(Al oír rumor de voces dentro, se
acercó á la puerta.)*

La sesion está animada,
borrascosa. Oigo la voz
del General de la Garza. . . .
Lo aguardaré.

(Se oyen algunos tiros lejanos.)

(Luego rumor de voces.)

Ah! . . . qué es esto?

Gritos! . . . Ya me lo esperaba.
(Sale un sargento violentamente.)

ESCENA VI.

Dicho y el sargento.

SAR.—Mi capitan, han llegado
en un coche hasta la plaza
la Señora de Iturbide,
el Capitan Pío Marcha
y dos caballeros más
que á la señora acompañan.

OFI.—Bien, ¿y qué?

SAR.— El oficial
que está en la prision de guardia,
los aprehendió al llegar
y al ver aquesto, las masas
de pueblo y alguna tropa
han pretendido salvarla,
gritando: ¡Viva Iturbide!
y amenazando á la guardia,
que hizo fuego. . . .

OFI.— Bien. Canallas!
*(Continúan los tiros y los rumores,
y voces de ¡Viva Iturbide!)*

SAR.—Oid: continúa el desórden.
(Sale Garza violentamente.)

ESCENA VII.

Dichos, Garza.

GAR.—¿No escuchais? pronto á las ar-
(mas!

OFL.—Tomad, señor, este pliego.
(*Vánse el oficial y el sargento.*)

GAR.—(*Abriendo el pliego.*)
«Sucumbió Guadalupe;
el partido iturbidista
queda ya sin esperanza.»
(*Se va rápidamente.*)

MUTACION.

CUADRO TERCERO.

Prision de D. Agustin de Iturbide, en Padilla. Puerta al fondo y dos laterales á derecha é izquierda. La de 2º término de la izquierda estará continuamente cerrada y sólo se abrirá cuando la escena lo pida. Una mesa tosca y dos ó tres sillas ídem. Sobre la mesa tintero y papeles. Aparece Iturbide, sentado, apoyado un brazo en la mesa y en la mano derecha una pluma.

ESCENA I.

Iturbide.

Cara suele pagar en esta vida el mortal atrevido la confianza en su propio valer. Sueña, concibe empresas que el espíritu agigantan, y que ruedan cual masa deleznable al golpe cruel de la miseria humana. ¿Qué negro, qué profundo es el abismo oculto en lo recóndito del alma! . . .

(*Se pone de pie y pasea la estancia.*)

El recuerdo fatal de mis grandezas, en Europa encendió de la nostalgia el incendio voraz que consumía lentamente mi vida. De la patria á través de los mares, el cariño con elocuentes voces me llamaba bajo formas distintas. ¿Quién resiste al incentivo de la gloria y fama? ¿Quién al ver que peligran libertades por el esfuerzo propio conquistadas aun á costa del sér brazo y espada? ¿Y quién en el destierro, perseguido, no busca ansioso bienhechora playa para salvar su combatida nave del terrible huracan que le amenaza?

ESCENA VII.

Dichos, Garza.

GAR.—¿No escuchais? pronto á las ar-
(mas!

OFL.—Tomad, señor, este pliego.
(*Vánse el oficial y el sargento.*)

GAR.—(*Abriendo el pliego.*)
«Sucumbió Guadalupe;
el partido iturbidista
queda ya sin esperanza.»
(*Se va rápidamente.*)

MUTACION.

CUADRO TERCERO.

Prision de D. Agustin de Iturbide, en Padilla. Puerta al fondo y dos laterales á derecha é izquierda. La de 2º término de la izquierda estará continuamente cerrada y sólo se abrirá cuando la escena lo pida. Una mesa tosca y dos ó tres sillas ídem. Sobre la mesa tintero y papeles. Aparece Iturbide, sentado, apoyado un brazo en la mesa y en la mano derecha una pluma.

ESCENA I.

Iturbide.

Cara suele pagar en esta vida el mortal atrevido la confianza en su propio valer. Sueña, concibe empresas que el espíritu agigantan, y que ruedan cual masa deleznable al golpe cruel de la miseria humana. ¿Qué negro, qué profundo es el abismo oculto en lo recóndito del alma! . . .

(*Se pone de pie y pasea la estancia.*)

El recuerdo fatal de mis grandezas, en Europa encendió de la nostalgia el incendio voraz que consumía lentamente mi vida. De la patria á través de los mares, el cariño con elocuentes voces me llamaba bajo formas distintas. ¿Quién resiste al incentivo de la gloria y fama? ¿Quién al ver que peligran libertades por el esfuerzo propio conquistadas aun á costa del ser brazo y espada? ¿Y quién en el destierro, perseguido, no busca ansioso bienhechora playa para salvar su combatida nave del terrible huracan que le amenaza?

Así he venido yo. Si las pasiones
del hervoroso cráter se levantan
y arrojan sobre mí densa corriente
de asoladora y encendida lava,
será que necesita el sacrificio
purificar de lo pasado á mi alma....
Será que de la paz la noble oliva
debe pagarse demasiado cara.
Pero la lucha, de los tronos surge
bajo la forma de la Santa Alianza,
mientras allende el Bravo nos acecha
otra liga fatal para la patria....
Reconquista los tronos europeos
intentan en la tierra americana....
influencia en su destino los sajones
pretenden con sus lógias execradas!
Y en tanto los partidos se sortean
las santas vestiduras de la patria!....
¡Ah! si blandir pudiera todavía,
libre y feliz la victoriosa espada,
si esta cárcel estrecha se rompiese
por mano del Congreso!....

[Pausa breve.] ¡Cuánto tardan
en decidir mi suerte todavía!
¿Aplicarme un decreto que ignoraba?...
¿Decir al mundo que Iturbide vino
en busca de la dicha que le falta,
y tuvo en vez de hospitalario techo

el horror del patíbulo?... ¡No, vana,
idea calumniosa. Mis hermanos
no son capaces de la vil infamia.
¿No flota aún honrado y bendecido
el trigarante pabellon de Iguala?
¿No vive mi recuerdo todavía
de mis hermanos en las nobles almas?..
(Momentos de reflexion.)

Léjos, léjos el triste pensamiento
de la traicion, envidias y venganza..
Ahora soy el hijo y el soldado;
el monarca murió; murió el monarca.
(Cambiando tono.)

Garza vendrá y en su promesa fío;
él me trajo á Padilla... La esperanza
es bien del infeliz, rayo celeste
que de la duda las tinieblas rasga...
tabla de salvacion en el naufragio,
ó promesa feliz de otra morada....
(Por el fondo el ayudante Castillo
seguido de una escolta que queda
en la puerta.)

—
ESCENA II.

Iturbide, Castillo y escolta.

ITU.—¡Ah! por fin voy á saberlo!
CAS.—Vengo á cumplir un deber.
(Le da un pliego.)

ITU.—(Toma el pliego y lee unos instantes.)

¡¡Estoy condenado á muerte!!

¡La ejecucion á las seis! . . .

(Dominándose.)

CAS.—(Aparte.)

¡Qué noble serenidad!

ITU.—(¿Por qué me ha de estremecer la idea del sacrificio?)

CAS.—Si algo que mandar tenéis . . .

ITU.—Suplicad al señor Garza se sirva tener á bien concederme una entrevista.

CAS.—No me es posible acceder á vuestro justo deseo.

ITU.—Si me explicáis por qué . . .

CAS.—El General de la Garza no está en Padilla.

[Se oyen tres campanadas.]

ITU.— ¡Las tres!

CAS.—Al partir dejó sus órdenes y con ellas cumpliré, anunciándoos que tres horas tenéis para disponer vuestros asuntos.

ITU.— Quisiera, si fuese posible, que la ejecucion suspendiesen

hasta mañana. ¿Podeis trasmitirle mi deseo?

Mañana recibiré los sacramentos en misa, y tranquilo moriré. (1)

CAS.—No admiten mis instrucciones dilacion ninguna.

ITU.— Bien.

Entonces, me resta sólo decir que supliqueis al Presbítero señor

Gutiérrez de Lara, que su cristiano ministerio venga conmigo á ejercer,

y si aún fuera tiempo, os rogaría tambien dijerais al Señor Garza

perdonase al Coronel Beneski, la vida, si es que mi postrera súplica puede en su favor valer.

CAS.—Será como lo deseais.

Dios os guarde.

ITU.— Hasta despues.

(Vase Castillo.)

[1] Nada de cuanto pedía Iturbide se le concedió. Garza decía que la demora era aventurar el paso, por la ternura general.

ESCENA III.

Iturbide.

[Sumido en honda meditacion.]

¡Bataller! está cumplida
tu funesta prediccion.
Yo lo quise y es razon
para que pierda la vida.

(Pausa breve.)

¡Dios mío! rompes al fin
esta humana ligadura
haciendo que de la obscura
eternidad el confin
ilumine tu mirada

misericordiosa y bella
para que siga tu huella
el alma regenerada!

Que aliente mi corazon
para olvidar los agravios
la palabra de tus labios
en el Gólgota: ¡Perdon!

¡Tres horas para llorar
mi pasado borrascoso;
para adquirir el reposo
y tu piedad alcanzar!

Si lo íntimo de mi vida
cual lo público estuviera,
en tres horas adquiriera

la tranquilidad perdida. (1)
(Se sienta: toma la pluma, escribe y habla.)

Terminaremos. ¡Adios,
hijo mío muy amado!

Hoy la muerte ha colocado
un abismo entre los dos!

No creí que en esta carta
recibieras de mi vida
la postrera despedida

que de lo humano me aparta!

Mas ya que Dios lo ha querido,

ya que huérfano te dejo,
graba mi último consejo

en tu corazon herido.

Ama y respeta á tu madre.

como á tu mejor amiga.

y . . . que . . . el cielo te bendiga. . .

cual te bendice tu padre.

[Dobla la carta.]

¡Solo! . . . solo! . . . ;Qué ansiedad! . . .

[Escribe y habla.]

El último pensamiento
te consagró en el momento
de mi mayor soledad.

Perdóname, esposa mía,

(1) Palabras textuales de Iturbide.

extravíos del pasado
 bastante los he pagado
 en esta cruel agonía!
 ¡Adios! . . . mi postrer mirada . . .
 es para tí en este suelo!
 ¡Quiera Dios abrir, del cielo,
 á tu esposo la morada!
 (Dobla la carta y se pone de pie.)
 Con el mundo he terminado . . .
 El sacerdote vendrá
 y su voz aplacará
 este latir agitado.
 [Aparece el P. Marchena por el fondo:
 trae la capucha calada.]

ESCENA IV.

Iturbide, Marchena.

ITU.—(Sorprendido.)

¡Ah! . . . ¿quién es? . . .

MAR.—(Con hipocresía.)

Un religioso

que desea conversar
 con vos, para levantar
 vuestro espíritu medroso.

ITU.—(Ap.) ¡Esa voz! . . (A él.) Diga su
 nombre,

¿Os conozco?

MAR.—(Descubriéndose.)

¡Sí. Mirad.

ITU.—¡Marchena! ¡Fatalidad!

MAR.—¿Qué veis en mí que os asom-
 bre? . . .

ITU.—Nada más vuestra presencia
 en este lugar.

MAR.— Es llano,
 soy sacerdote, un hermano
 necesita mi asistencia,
 y . . . se la vengo á ofrecer.

ITU.—Gracias por vuestro favor,
 ya vendrá mi confesor,
 dejadme solo.

MAR.— Perder
 no debéis tiempo precioso;
 dos horas teneis de vida,
 no rehuséis la despedida
 del humilde religioso.

(Con marcada hipocresía.)

ITU.—Comprendo de vuestro ardid
 el satánico veneno.

MAR.—Mi corazón está lleno
 de amor para vos

(Más marcada la ironía.)

ITU.— ¡Salid!

MAR.—(Cambia de tono.)

No ántes que me escucheis.
Ya que vuestra sombra fuí
en Europa, y vine aquí
para veros.

(Con cinismo.)

ITU.— ¿Qué quereis?

MAR.— En este cruel momento
de vuestra justa expiacion,
vengo á ser la tentacion
que engendra el remordimiento!
Vengo á veros expirar
ya que yo no puedo daros
la muerte, para evitaros
el trabajo de pensar
en arrepentiros tarde
de los daños que habeis hecho.

ITU.— Bien mostrais que en vuestro pe-
(cho,

hay un corazon cobarde!
Insultar la desventura
es propio de almas ruines!

MAR.— Si obtuvimos nuestros fines,
¿qué importa vuestra amargura?
¿Cómo he de compadecer
al que una noche intentó
matar despues que robó
el amor de una mujer
á quien hoy cuenta le pide

de ese amor desventurado?
¿Cómo ha de ser perdonado
el ambicioso Iturbide,
si cadenas y prisiones,
odio, orgullo y tiranía
forman la noble hidalguía
de su escudo y sus blasones?
Tuvo razon Alaman (1)
y la ha tenido el Congreso,
de confiar en el exceso
de mi celo y de mi afan.
Vais á morir La esperanza
que tanto halagó mi vida,
he llegado á ver cumplida
y cumplida mi venganza!
Sábelo! yo denunciaba
á las lógias y al gobierno
tus pasos, mi odio eterno,

[1] Ya se dijo que Marchena fué el espía de Iturbide. Puede verse la correspondencia del primero dirigida á D. Lucas Alaman en la obra «México á través de los Siglos», Tomo IV, cap. IX, páginas 104 y 105 nota, y las instrucciones del gobierno á Marchena para que vigilara al desterrado. Es de advertir que en esas instrucciones se habla á Marchena del bien de la patria, como si aquel aventurero peruano hubiera amado á México como su patria.

en acumular gozaba
pruebas, ciertas ó mentidas,
de que eras conspirador. . . .

ITU.— ¡Miserable! Dan horror
tus palabras fementidas!

Vete, ¡Satanás! de aquí. . . .

(La puerta secreta se mueve, oyéndose crujir la cerradura.)

MAR.— Al fin estoy satisfecho!

ITU.— Te perdono!

(Mostrándole la puerta con dignidad.)

MAR.— *(Con cínica ironía.)*

Noble pecho
teneis. . . ¡adios! ya cumplí! . .

[Con feroz satisfacción.]

Y como pudiera ser

que la tropa defendiera

tu vida, y se resistiera

á mirarte perecer,

el recto gobernador

desde una próxima altura

te dará muerte segura. . . .

y. . . . saciará mi rencor! (1)

(Váse por el fondo.)

[1] Puede verse lo que acerca del Gobernador de Tamaulipas, D. Bernardo Gutiérrez de Lara, dice D. Carlos María Bustamante en su «Historia del Emperador Iturbide.»

(La puerta izquierda del segundo término se abre y aparece el capitán Pio Marcha con semblante pálido, trayendo en la mano el puñal que le sirvió para romper la cerradura.)

ESCENA V.

Iturbide y Pio Marcha.

ITU.— ¡Ah!

MAR.— ¡Señor!

ITU.— ¡Marchal! ¡Dios mío!

¿Vos aquí? . . . ¿Cómo. . . . ?

MAR.— *(Mirando á los lados con cautela.)*

Estoy preso:

oí vuestra voz y quise
abrir esa puerta á tiempo,
para castigar al fraile
que os insultaba.

ITU.— ¡Silencio!

olvidad lo que escuchásteis. . . .

y decidme, ¿cómo es esto?

¿cómo vinisteis?

MAR.— Enviado
por Bustamante, creyendo
que vendrías por Tampico.

en acumular gozaba
pruebas, ciertas ó mentidas,
de que eras conspirador. . . .

ITU.— ¡Miserable! Dan horror
tus palabras fementidas!

Vete, ¡Satanás! de aquí. . . .

(La puerta secreta se mueve, oyéndose crujir la cerradura.)

MAR.— Al fin estoy satisfecho!

ITU.— Te perdono!

(Mostrándole la puerta con dignidad.)

MAR.— *(Con cínica ironía.)*

Noble pecho
teneis. . . ¡adios! ya cumplí! . .

[Con feroz satisfacción.]

Y como pudiera ser

que la tropa defendiera

tu vida, y se resistiera

á mirarte perecer,

el recto gobernador

desde una próxima altura

te dará muerte segura. . . .

y. . . . saciará mi rencor! (1)

(Váse por el fondo.)

[1] Puede verse lo que acerca del Gobernador de Tamaulipas, D. Bernardo Gutiérrez de Lara, dice D. Carlos María Bustamante en su «Historia del Emperador Iturbide.»

(La puerta izquierda del segundo término se abre y aparece el capitán Pio Marcha con semblante pálido, trayendo en la mano el puñal que le sirvió para romper la cerradura.)

ESCENA V.

Iturbide y Pio Marcha.

ITU.— ¡Ah!

MAR.— ¡Señor!

ITU.— ¡Marchal! ¡Dios mío!

¿Vos aquí? . . . ¿Cómo. . . .?

MAR.— *(Mirando á los lados con cautela.)*

Estoy preso:

oí vuestra voz y quise
abrir esa puerta á tiempo,
para castigar al fraile
que os insultaba.

ITU.— ¡Silencio!

olvidad lo que escuchásteis. . . .

y decidme, ¿cómo es esto?

¿cómo vinisteis?

MAR.— Enviado
por Bustamante, creyendo
que vendrías por Tampico.

ITU.—¿Y despues?

MAR.— Cerca del pueblo
donde Garza os aprehendió,
ocultéme para veros;
no pude lograrlo. A poco
á vuestra esposa me encuentro
que venía en busca vuestra,
y á todos nos aprehendieron
al llegar.

ITU.— Y... ella?... ella!...
adónde está?...

MAR.—(Señalando la puerta.)

Ahí dentro:

¿quereis verla?...

ITU.—(Vacilando.)

No... decidla...
que no me visteis... ya siento
pasos... (Oyense pasos.) huid!... si lle-
(gan,

os perderé... nos veremos...
(Se entra Marcha y cierra la puer-
ta por dentro.)

ESCENA VI.

El P. Lara é Iturbide.

LA.—Me teneis á vuestras órdenes.

ITU.—Ah! padre mio... gracias!

El náufrago ya se acerea

á la salvadora playa.
Permitid que deposite
en vuestro seno, de mi alma
la postrera confesion;
fortaleced mi esperanza:
¿qué criatura puede estar
ante Dios justificada?

LA.—En las grandes amarguras
el corazon se levanta
y la luz de lo infinito
inunda nuestra mirada.
Orad!... la oracion consuela...
Perdonad.

ITU.— Con toda mi alma
lo hice ya; pero siento
que mi conciencia rechaza
la traicion que se me imputa
y que á mis labios arranca,
á pesar de que perdono,
una terrible palabra.
Escuchadme, padre mio:
no quiero que horrible mancha
sobre mis hijos imprima
el anatema del pária.
Voy á presentarme á Dios,
á Dios á quien no se engaña;
por El juro que serví
siempre leal á mi patria,

á quien voy á dar la sangre
de mi vida calumniada. (1)

LA. — [Ap.] No es culpable, Señor,
quien así justicia clama!

(A él.) Dejad á la Providencia
que del tiempo en las mudanzas
con la luz de la verdad
del error la sombra opaca.

ITU. — Me habeis comprendido, padre.

LA. — Tranquilizaos.

ITU. — (Con efusion.)

Oh! Gracias!

(Aparece el ayudante Castillo por
el fondo.)

ESCENA VII.

Dichos y Castillo.

CAS. — ¿Habeis terminado ya?

ITU. — Un momento mas. (Al padre.)
(¿Quereis

pasar, padre?

(1) Torpemente se ha querido arrojar sobre Iturbide la mancha de traicion. Nada más falso que esta aseveracion, y véase lo que un escriptor liberal, de buen criterio, D. Juan de Dios Arias, dice á este respecto en «México á través de los Siglos», Tomo IV, Cáp. IX, págs. 109 y 110.

LA. — Vamos.

ITU. — Terminemos.

CAS. — (Ap.) Me conmueve.
(Vánse Iturbide y el P. Lara)

ESCENA VIII.

Castillo.

En lugar de condenarle
al destierro, hace un año,
lo debieron procesar,
y en seguida ejecutarlo.
Disculpable hubiera sido
la justicia de aquel acto,
ante el mundo. Hoy no lo es.
Entónces era un tirano;
hoy es un mártir, no hay duda,
de todos abandonado.
Entónces tenia poder;
hoy está indefenso; vamos,
la república es injusta.
¿Y por qué Garza lo trajo
en vez de volverlo á bordo
de nuevo al destierro enviándolo?
Siempre ha sido la política
oscuro y tortuoso caos.
Vale más blandir la espada
con rudeza de soldado,
y no las manos lavarse

como lo hizo Pilatos.
(Ve el reloj.)
 ¡Qué veloz transcurre el tiempo!
(Se acerca á la primera puerta de la izquierda.)

El pueblo está aglomerado
 en la plaza; honda tristeza
 se advierte en la tropa. El caso
 es doloroso en verdad. (1)
 Matar un hombre, por malo
 que sea, siempre es terrible;
 pero cuando ha disfrutado
 de poder, gloria y prestigio
 en el pueblo mexicano;
 cuando se llama Iturbide
 y en tiempo ménos amargo
 de libertador el nombre
 le dieron, es cruel pensarlo.

ESCENA IX.

Dicho, Iturbide y el P. Lara.

CAS.—¡Ellos! impone su aspecto.

ITU.—La clara vision descubre
 á mis ojos, padre mío,

(1) No costó poco trabajo evitar que la tropa y el pueblo se sublevaran para impedir la ejecucion de Iturbide.

la inmortalidad del cielo.
(Se acerca á la mesa y toma dos cartas.)

Permitidme todavía
 el último pensamiento
 para el mundo.

LA.— Sí; hablad.

ITU.—*(Sacando del bolsillo el reloj: se quita del cuello un rosario y se los entrega al P. Lara.)*

Dos cartas y estos objetos (1)
 para mi esposa y mi hijo
 Agustín, os recomiendo.

Esta es la única herencia
 que en este mundo les dejo.

Aceptad, padre, mi súplica,
 y dadles mi adiós eterno!

(Dominándose, pero con energía, al ayudante.)

Señor ayudante. vamos!

(El P. Lara, emocionado y dando á Iturbide un crucifijo.)

LA.—¡Tomad la llave del cielo!

[Castillo ordena á la tropa formar en dos hileras en la puerta del centro. Salen Iturbide y el P. Lara, se—

(1) Rigurosamente histórico.

guidos de Castillo. A este tiempo Doña Ana entra á la escena, pálida y desencajada; la sigue Pio Marcha: aquella, despues de rebuscar en la escena, se dirige á la puerta del fondo.]

ESCENA X.

Doña Ana y Marcha.

ANA.—¡Agustin, esposo mío!

ITU.—(Volviéndose hacia ella rápidamente.)

Ana de mi corazon!

ANA.—Yo quiero morir tambien!...

No me abandones!...

(Se arroja al cuello de su esposo: pasan unos breves instantes abrazados: se desprende de ella Iturbide, la contempla con éxtasis un momento, le da un beso en la frente, la señala el cielo, y se va con rapidez. Dos soldados cruzan los fusiles en la puerta para detener á Doña Ana que pretende salir.)

ITU.—(Cuando la señala el cielo.)

¡¡¡Adios!!!

ESCENA XI.

Doña Ana y Marcha.

ANA.—¡Se fué!... me impiden seguir-
(lo!..

¡Horrible ansiedad!

MAR.— Señora.....

Calmaos.....

ANA.— ¡Si van á matarlo!.....

¿no lo veis?... ¡me vuelvo loca!...

Salvémoslo, por piedad!.....

MAR.—¡Imposible!

ANA.—[Se oye el redoble de tambores.]

Oid!... ya tocan

su agonía esas cajas

que el corazon me destrozan!

(Sale Marchena por el fondo.)

ESCENA XII.

Dicha, Pio Marcha y Marchena.

Pio.—(Al verlo.)

¿Qué venís á hacer aquí?

ANA.—¡Oh!.....

MAR.— A ver la ejecucion del reo, en aquel balcon.....

Pio.—(Aparte, como inspirado.)

¡Ah! mi deseo cumplí!.....

Voy á acompañaros yo

ANA. —¿Vos tambien? . . .

Pio. — Sí; descuidad.

MAR. —¿Qué quereis decir? . . .

Pio. —(Con resolucion.) ¡Entrad!

(*Entran ámbos y Marcha cierra por dentro.*)

ANA. —¡Yo quiero verlo! . . no . . no . .

(*Cesa el redoble de tambores.*)

ESCENA XIII.

Doña Ana, poco despues Marcha.

ANA. —¡Qué horrible silencio! . . Nada! . .

(*Se arrodilla.*)

¡Virgen de Dolores pía!

Arranca la vida mía

de esta tierra desdichada!

¡Esposa y Madre de Dios,

mira mi llanto de fuego,

y que juntos, te lo ruego,

juntos muramos los dos!

¿Y mis hijos? . . . ¡ah! Señora,

necesitan mi existencia,

como yo de tu clemencia

en esta terrible hora.

¡Protéjelos tú, despues

en medio de la orfandad,

por la triste soledad

que padeciste á los pies

del Hijo Crucificado

No puedo más . . . Virgen pura,

recibe hoy en tu altura

á mi esposo desdichado,

[*Suenan seis campanadas y á poco la descarga. Doña Ana da un terrible grito y cae desmayada. La puerta por donde entraron Marcha y Marchena se abre violentamente al peso del cuerpo del Padre Marchena, muerto por Pio Marcha, quien con el traje y cabello en desórden penetra á la escena teniendo aún en la mano el puñal, que arroja al suelo para socorrer á Doña Ana.*]

Pio. —(*Dirigiendo la vista al cielo.*)

¡Perdona, Señor, si hollé

con matar á ese traidor

un precepto! En mi dolor

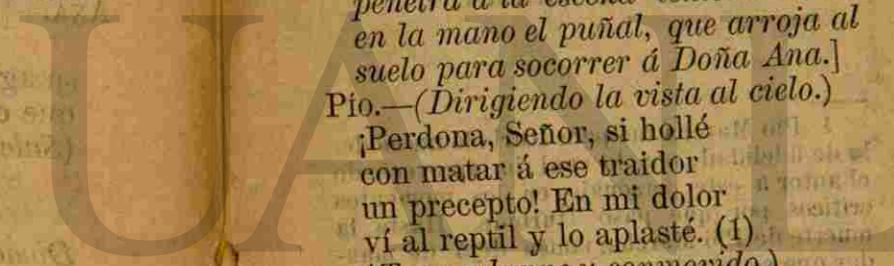
ví al reptil y lo aplasté. (1)

(*Tono solemne y conmovido.*)

¡Iturbide! yo lucir

—

(1) Como resorte dramático pone aquí el autor la muerte del tristemente célebre padre Marchena, acaecida algunos años despues en México. Murió asesinado por sus compañeros de conspiracion, en un sótano de esta capital.



ví la gloria en tu camino;
hoy el amargo destino
me trajo á verte morir!
Vítima de tu lealtad
al pueblo que mucho amaste,
¡descansa en paz! hoy sellaste
aquí tu inmortalidad. (1)
*(Toma á Doña Ana en sus brazos
para alejarse y cae el telon.)*

FIN DEL DRAMA.

1. Pío Marcha fué para Iturbide un modelo de fidelidad, por lo cual ha aprovechado el autor á este personaje en los momentos críticos por que pasó Iturbide. Hasta la muerte de Pío Marcha, jamás dejó de mandar que se le aplicaran misas al candillo de Iguala, todos los años el 19 de Julio, aniversario de su ejecucion.

Doña Ana María Huarte, esposa de Iturbide, tampoco presenció la catástrofe, pues la víspera desembarcó en Soto la Marina, donde recibió la funesta noticia y de donde salió para los Estados Unidos, su nuevo y último destierro, pues murió en Filadelfia el 21 de Enero de 1861.

UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

0

00